Sophie Saint Rose

Desterrada

Paris Vikingos

Desterrada

Sophie Saint Rose

Capítulo 1

—¡Hela, a tu derecha! —gritó su hermano Ragnar, riendo cuando la vio apuntar con su arco al venado a la vez que cabalgaba sobre Témpano sin errar el tiro.

Los hombres rieron tirando de las riendas alrededor de la pieza mientras ella soplaba un mechón rubio de la cara antes de acercarse.

—Hermana, cada día lo haces mejor.

—No es cierto, es que tú cada vez lo haces peor y notas la diferencia.

Los hombres rieron y Ragnar palmeó la espalda de su hermano mayor Oleif que gruñó dándole un codazo. Sonriendo radiante se puso el arco a la espalda y miró al cielo con sus preciosos ojos verdes. —Debemos volver. Va a nevar.

—Empieza el invierno —dijo Oleif molesto. Hela le entendía perfectamente. En unas semanas el encierro sería casi obligatorio por las bajas temperaturas de los fiordos.

Hela se ajustó la piel en el cuello y su hermano la miró preocupado con sus mismos ojos verdes. —¿No tendrás frío?

—Estoy bien.

—¡El verano pasado enfermaste! —exclamó como si fuera un sacrilegio—. Regresemos. Padre nos mataría si vuelves a enfermar por salir a cazar.

—No seas pesado, fue un resfriado de nada.

—Casi te mueres, Hela —Ragnar apretó los labios preocupado.

—Pero estoy aquí, ¿no? Y tenemos carne para el invierno. Moved el trasero y recoged la pieza. Soy una tierna y delicada dama que no puede hacer ese trabajo tan pesado.

Los hombres se echaron a reír. —¿Tú tierna y delicada?

Fulminó con la mirada a Ragnar. —¡Oye, si digo que soy delicada, es que soy delicada! —Le dio una patada en el costado que le tiró del caballo haciendo reír a los demás. —¡Eso para que aprendas a tratar a una dama!

—Cuando te pille —siseó con la mejilla sobre la húmeda hierba.

—¿Y qué diría padre de eso? —preguntó con burla sintiéndose

protegida por el Jarl. Se echó a reír volviendo su caballo cuando Ragnar se levantó de golpe.

—¡Hela, ya puedes correr!

Ragnar se subió a su caballo lanzándose a galope y Oleif gritó —¡Ya recogemos nosotros la pieza! —Puso los ojos en blanco antes de mirar a sus hombres que no se habían movido de sus monturas. —¿A qué rayos esperáis? ¿A que nieve?

Hela miró hacia atrás y chilló al ver que su hermano se acercaba mirándola como si quisiera matarla. Se echó a reír pasando a galope por la aldea, casi arrollando a Erna que llevaba una cesta de ropa. —¡Lo siento! —Se disculpó llegando ya a la casa del Jarl.

—¡Niña, un día vas a matar a alguien! —Dio un paso adelante y chilló cuando Ragnar pasó casi rozándola. Erna gruñó —¡Estos niños son incorregibles! ¡Ragnar, el tejado!

—¡Te lo arreglo en cuanto le dé una buena paliza a Hela!

—Estupendo, pues entonces tendré goteras.

Hela abrió la puerta de su casa riendo, y quitándose el arco de la espalda y la piel, corrió atravesando el enorme salón donde estaban comiendo. Se acercó al banco de las mujeres de la familia y se sentó entre Sigrid y Frikka que levantaron una ceja mirando a su hermana como si fuera

un desastre.

Ragnar entró en la casa y se detuvo en seco al verlos en la mesa. Gruñó señalándola con el dedo como diciéndole que ya la pillaría.

—Hija, ¿qué has hecho? —preguntó su madre divertida sentada a la izquierda del Jarl.

Miró a sus padres radiante. —He matado un venado.

—¿Has salido a cazar? —preguntó el Jarl haciendo carraspear a la mesa por su tono. Y no le había gustado nada por como la miraba con esos ojos verdes que a otro le pondrían los pelos de punta. Pero a ella no.

—Sí, padre —dijo cogiendo un pedazo de pollo con la mano antes de llevárselo a la boca y morder un buen pedazo—. Y tenía que verlo. Es enorme.

Su padre movió la cabeza de un lado a otro gruñendo y agitando su cabello negro, antes de mirar a Ragnar que se sentaba a su lado para comer. Le dio una colleja en la nuca molesto. —¡Padre!

—¿Qué te había dicho?

—¡Se empeñó, padre! Nos siguió. ¿Qué íbamos a hacer?

Todos miraron hacia ella, que se encogió de hombros antes de que su hermana Frikka susurrara —Se va a enfadar.

—No.

—¡Hela! ¡Te ordené que no salieras de caza!

—Es que aquí me aburro, padre… —Hizo un mohín mirándole con pena y su madre se echó a reír ganándose una mirada de advertencia de su marido.

—¡Esto no puede seguir así! ¡Si yo ordeno algo, debes cumplirlo como todo mi pueblo!

—Ya, pero es que para ellos eres el Jarl, pero para mí eres mi padre. —Sonrió como si eso lo explicara todo. —Un padre al que quiero mucho, mucho.

El Jarl se sonrojó y su hermana Frikka reprimió la risa ganándose una patada en el tobillo para que disimulara.

—Bueno… ¡Qué no vuelva a ocurrir!

—Hala, ¿ya está? —protestó Ragnar indignado.

—¡Come y calla!

Hela observó a su familia cuando empezaron a hablar de las cosas que ocurrían en la aldea y del próximo matrimonio de Sigrid que estaba muy emocionada. Su madre apartó su cabello rubio de su cara para meterlo tras la oreja. Observó ese gesto fascinada por lo femenina que era. Miró a sus hermanas sentadas a su lado. Ambas tenían el cabello castaño y los bonitos ojos verdes que habían heredado todos los hijos del Jarl. Iban ataviadas con

vestidos de calidad que ellas mismas se habían hecho y siempre estaban hermosas.

Su hermano, sentado frente a su madre, era el único aparte de ella que tenía el cabello rubio. Era muy apuesto y sería la mano derecha de su hermano Oleif cuando fuera él quien mandara. Sus hermanas se casarían con los hombres que habían elegido y sus hermanos tenían un destino ya marcado. ¿Pero y ella? Mordió su pollo molesta por esos pensamientos. Pues ella viviría allí tan contenta. Tenía que dejar de pensar cosas absurdas. Le encantaba su vida, aunque…

—¿Sabes Hela? La madre de Asbjom me va a regalar la cama matrimonial. Ha encargado al ebanista un cabecero con nuestros nombres grabados y la he visto esta mañana. Es tan hermosa…

—Me alegro mucho. Te mereces lo mejor.

—Menos mal que vuestra nueva casa se ha terminado antes del invierno —dijo su padre satisfecho—. La próxima que se case, que avise con más tiempo.

Las chicas soltaron una risita, pero Hela miró a su hermano que puso los ojos en blanco como si ese tema no le interesara en absoluto. Reprimió una sonrisa agachando la mirada cogiendo un pedazo de pan. —La próxima será Frikka —dijo Sigrid como si guardara un secreto.

Todos miraron a la aludida que se sonrojó con fuerza. —Cállate… —siseó avergonzada.

El Jarl entrecerró los ojos. —¿Frikka? ¿Qué nos ocultas?

—Nada, padre.

—Uy, uy, Arneot. Marido, aquí algo huele mal —dijo su madre mirando a sus tres hijas intentando descubrir el secreto. Gyda se levantó porque no las veía bien y rodeó la mesa para mirarlas de frente cruzándose de brazos—. ¿Qué has querido decir, Sigrid?

—Nada, madre. —Agachó la mirada y Frikka la miró como si quisiera matarla mientras que Hela miraba de un lado a otro sin enterarse de nada. Ella siempre había estado más unida a sus hermanos que sus hermanas, que se contaban sus secretos. Hela levantó la vista hacia su madre que las observaba como un perro a un hueso y se encogió de hombros antes de seguir comiendo. Gyda suspiró exasperada colocándose ante Frikka. —Me estás haciendo perder el tiempo. ¿Tienes un pretendiente al que le has dado alas?

—No, madre —susurró intimidada porque cuando su madre ponía esa cara, era para temerla.

—¿Me estás mintiendo?

Frikka se sonrojó y su madre jadeó volviéndose hacia su marido que golpeó la mesa con el puño haciendo saltar las jarras. Sus hermanas se

sobresaltaron, pero ella miró a su hermano interrogante. Al ver que reprimía la risa, supo que él algo sabía. ¿Es que a ella ya no le contaban nada?

—No, madre no te estoy mintiendo. No me hace caso.

—¿Quién se atreve a no hacer caso a la hija del Jarl? —preguntó su padre indignado—. ¿Quién es ese hombre?

Hela levantó una ceja rubia interrogante hacia su hermano, que al darse cuenta de lo que le preguntaba cogió la jarra bebiendo su cerveza de golpe. Abrió los ojos como platos antes de mirar a su hermana. —¿No será Ivar?

—Cállate, Hela —dijo Frikka poniéndose como un tomate.

Su madre se llevó la mano al pecho mirando a su marido que apretó los labios antes de dar otro fuerte golpe sobre la mesa. —¿Estás loca, mujer? ¡Cómo vas a casarte con Ivar si es como otro hijo para mí!

Frikka se echó a llorar y salió corriendo del salón, subiendo las escaleras de madera que llevaban a la habitación que compartían las tres.

—Qué boca más grande tienes —dijo Sigrid con rencor.

—¡Boca grande la tuya! ¡Si no hubieras dicho nada, esto no hubiera pasado!

El Jarl se volvió hacia su mujer que estaba realmente preocupada. —Vete a hablar con ella. Procura quitarle esa idea de la cabeza, mujer. Lo

ordena el Jarl.

Hela apretó los labios perdiendo el apetito del todo. Ragnar se levantó. —Voy a ver si todo está preparado para el invierno.

Su padre le cogió por el brazo deteniéndole. —Quédate un momento. Hijas…

Se levantaron porque era obvio que querían quedarse solos. Sigrid susurró mientras iban hacia las escaleras —No imaginaba que le iba a sentar tan mal. Si le adora.

—Ivar se va a casar con Shelby, tonta.

Sigrid se detuvo en la escalera mirándola con los ojos como platos. —¿Qué dices?

—En cuanto llegue del viaje al sur.

—¿Por qué no nos lo has contado antes?

—¿Yo qué sabía que Frikka se encapricharía con él? Además, Shelby me dijo que le guardara el secreto porque Ivar quería hablarlo con padre. Y el Jarl les ordenó que dejaran la boda para después del viaje. Eso fue hace meses. Este año se está retrasando. —Frunció el ceño. —Espero que no les haya pasado nada.

—Cuando Frikka se entere de esto…

Un lloro desgarrado en su habitación les dijo que se acababa de

enterar y Hela hizo una mueca. No soportaba los lloriqueos de sus hermanas por tonterías. Y lo de Frikka no lo entendía. Se veía a la legua que Ivar estaba enamorado de su mejor amiga desde que empezó a convertirse en mujer y jamás trató a Frikka de otra manera que no fuera de un modo fraternal. Sigrid siguió subiendo y la miró. —¿No vienes?

—Uff…

Miró hacia abajo pero no podía pasar por el salón porque su padre se enfadaría y ya se había librado ese día de un castigo. Dos veces sería tentar a la suerte. Resignada la siguió haciendo crujir sus pantalones de cuero al subir los escalones. Sigrid abrió la puerta lentamente y vio a su hermana tumbada boca abajo en la cama que compartían, llorando a lágrima viva mientras su madre sentada a su lado le acariciaba la espalda intentando consolarla. Frikka levantó la vista hacia ellas cuando las escuchó entrar y la miró directamente con sus ojos verdes enrojecidos de dolor. —¿Tú lo sabías, verdad? ¡Shelby te lo dijo!

—Sí, me lo dijo en cuanto le pidió matrimonio. Padre no quería que se hablara de esos esponsales con un viaje que hacer. No quería mal agüero.

Gyda apretó los labios y pudo ver en sus ojos que estaba preocupada porque Ivar no había llegado. —Madre, no debes preocuparte. Estarán al llegar.

—Sí, seguro que sí —dijo forzando una sonrisa antes de mirar de nuevo a Frikka—. No sé por qué te has hecho ilusiones con tu hermano.

—¡No es mi hermano! —gritó Frikka.

—Como si lo fuera —dijo su madre fríamente—. Y te aconsejo que te guardes ese tono conmigo, hija.

Frikka la miró angustiada. —Le quiero.

—Eso no puede ser. Ivar ha elegido y Shelby es la esposa aprobada por tu Jarl. No hay más que hablar.

—No es justo.

Asombrada miró a Sigrid que hizo una mueca. Pero ella no se podía callar. —¡Lo que no es justo es que nos hagas pasar por este trance cuando él nunca te ha dado esperanzas! ¡Te estás comportando como una niña caprichosa!

—¡Sí me ha dado esperanzas!

Las tres se quedaron sin aliento mirando a Frikka que se pasaba la mano por debajo de la nariz antes de echarse a llorar de nuevo tirándose en la cama.

—¿Cómo que te ha dado esperanzas? —preguntó su madre poniéndose nerviosa. Cogió a su hermana del hombro obligándola a volverse —. ¡Mírame! —Frikka levantó la vista hacia su madre. —¿Qué esperanzas?

—Me hizo el amor.

—¡Estás mintiendo! —gritó Hela furiosa con ella por intentar dañar a su hermano—. ¡Ivar jamás haría eso ofendiendo a nuestra familia para después comprometerse con otra!

—¡Es cierto! —gritó Frikka.

—Madre no la creas —dijo asustada por Ivar—. Él no haría lo que dice. Está mintiendo.

Su madre se incorporó muy tensa. —Levanta las faldas.

Frikka se apartó asustada. —¿Qué?

—¡Levanta las faldas! Vamos a ver si todavía eres pura. —La agarró por su melena castaña sentándola en la cama haciéndola chillar. —¡Levanta!

—Madre… —Sigrid se acercó muy nerviosa.

—No te metas en esto. —Señaló a Frikka con el dedo. —Más te vale que no me hayas mentido con algo tan grave, porque como sea así no te vas a levantar de la cama en una semana de la paliza que te va a meter tu padre.

Frikka palideció rogando con la mirada a Sigrid que agachó la cara. Hela se cruzó de brazos sin sentir ninguna pena por ella. Intentar dañar a alguien de su propia familia era el peor agravio que había. Su hermana lloriqueando levantó las faldas y su madre metió la mano entre sus piernas. Frikka chilló de dolor y su madre sacó la mano mirándola furiosa. —He

sentido la barrera de tu virtud. Has mentido.

—Madre por favor… —Se agarró a sus faldas desesperada. —Por favor, no sabía lo que decía. No le digas nada a padre. Por favor.

Gyda apretó los puños antes de pegarle un tortazo que le volvió la cara. —No pienso ocultarle eso a mi Jarl. Has insultado a la familia. Y te has insultado a ti misma al insinuar que te has entregado a un hombre dándole tu virtud.

Hela asintió y Frikka la miró llorosa con la mano en la mejilla. —No quería…

—¡No querías que se casara con Shelby! ¡Has mentido para frustrar ese matrimonio y obligarle a ser tu esposo! ¡No tienes vergüenza! ¡No busques que te ayude ante padre porque te mereces el castigo! —Salió de la habitación pegando un portazo y bajó las escaleras corriendo. Pasando ante los hombres, recogió sus cosas fuera de sí para salir de la casa.

Se subió a su caballo sin ver que Oleif llegaba en ese momento. —¿A dónde vas? Está helando.

Tiró de las riendas girando a Témpano. —Voy a ver a Shelby.

—Pero…

Su hermana se lanzó a galope y Oleif suspiró. —Padre se va a enfadar… —Movió la cabeza de un lado a otro bajándose de su caballo y

cogiendo las riendas para llevarlo a la parte de atrás con los demás animales. Frunció el ceño al escuchar un chillido y miró a los animales que estaban aparentemente tranquilos. Otro chillido le hizo mirar el muro que dividía la casa del establo y lo cruzó a toda prisa abriendo la puerta que llevaba al salón para ver a su padre golpeando a Frikka fuera de sí. Ya tirada sobre el suelo de piedra, la pobre recibió otro golpe de la vara en la espalda y Oleif corrió hasta él sujetándole el brazo. —¿Qué haces, padre? ¡La vas a matar!

—¡Es lo que se merece!

Temblando, Frikka lloraba en el suelo cubriéndose la cabeza y Oleif se agachó protegiéndola con su enorme cuerpo. —¿Qué ha hecho?

—¿Qué ha hecho? Ensuciar el nombre de esta familia con sus apestosas mentiras.

Oleif miró a su madre que permanecía impasible observando el hogar mientras que Ragnar seguía sentado a la mesa mirando el vaso que tenía ante él. —¿Qué ha dicho? ¿Qué mentiras han salido de su boca?

—Que Ivar la había mancillado —dijo su madre fríamente.

Se quedó tan sorprendido que miró a su hermana atónito. —¿Estás loca?

—¡Aparta Oleif! —ordenó el Jarl furioso.

—No, padre. Estás fuera de ti y puedes hacer algo irreparable. —Se

incorporó y cogió su vara. —Yo aplicaré el castigo.

—No me defraudes, hijo. Merece un castigo severo.

Oleif asintió mirando a su hermana en el suelo y empezó a golpearla con saña mientras su familia observaba. La golpeó una y otra vez hasta que perdió el sentido del dolor. Su padre asintió saliendo de la casa en silencio y Oleif se agachó cogiendo a su hermana en brazos. Gyda cerró los ojos y se echó a llorar tapándose la cara.

—Ragnar llama a la curandera —dijo Oleif yendo hacia las escaleras.

—¡No! —ordenó su madre mirando a su hijo mayor a los ojos—. No quiero que nadie se entere de esta afrenta. Tu hermana ya ha pagado su castigo. Si los demás se enteran, nunca será apreciada por su pueblo. Esto se acaba aquí. A quien pregunte por ella, está algo resfriada y se mantiene en cama.

—Sí, madre —dijo Oleif subiendo las escaleras. Sigrid estaba esperando ante la puerta de su habitación y se echó a llorar al ver su estado —. ¿Qué le dio para decir esa locura?

—No lo sé, pero cuando Ivar se entere la va a odiar por intentar perjudicarle.

—Madre ha ordenado que nadie cuente nada de esto.

—¿Se lo ha dicho a Hela?

—No estaba en ese momento. —La tumbó en la cama.

—Pues dudo que Hela se calle algo así y sobre todo a Ivar, que es su ojito derecho. Le ha defendido desde pequeña como una loba y ya sabes cómo se comportaba si alguien le hacía daño. De hecho, cuando se quedó huérfano fue ella quien convenció a padre para acogerle, ¿recuerdas?

—No dirá nada. Estoy seguro. Callará por no desasosegar a padre. Sabe cuándo mantener la boca cerrada.

Shelby, mirando a su amiga con sus ojos castaños al borde de las lágrimas, se quedó con la boca abierta. —No me mientes, ¿verdad?

—¿Cómo te voy a mentir? Se ha vuelto loca. Te aviso por si hace otra cosa antes de tu matrimonio. Ni se te ocurra creerla.

Su amiga se llevó la mano al pecho. —Ivar se va a disgustar mucho.

—Ah, no. A Ivar no se lo cuentes, porque se enfadará con ella y nunca la mirará igual.

—¡Quién no voy a mirarla igual soy yo! ¿Cómo se atreve?

—Tranquila, que conociendo a padre le ha dado un buen castigo. Ésta no se levanta en un mes.

Shelby sonrió al ver su enfado y cogió su mano sobre la mesa. —Tú sí

que eres una amiga. Aunque es tu hermana, has defendido a Ivar.

—Es mi hermano también.

—No, Hela… no lo es. Otro se hubiera posicionado al lado de su sangre.

Se sonrojó pensando en ello y se encogió de hombros. —Puede que no sea mi hermano de sangre, pero es mi hermano y le quiero como a los demás.

Shelby sonrió. —¿Incluso a Frikka?

—Claro que sí. Puede que se haya vuelto loca, pero eso no significa que no la quiera. Daría la vida por todos y cada uno. Incluida tú.

Su amiga sonrió emocionada. —Gracias.

La puerta se abrió en ese momento dejando entrar parte de la nieve que ya estaba cayendo y sorprendida miró al padre de su amiga. —Hauk, ¿ya estás aquí?

—Acabo de llegar, ¿no me ves? —preguntó divertido quitándose la piel de encima—. Niña, ¿no deberías estar en casa?

Chilló levantándose de golpe y abrió la puerta para ver una auténtica ventisca y que estaba oscureciendo. —¿Tan tarde es? ¡Me voy! —Cogió su piel metiendo la cabeza por ella antes de atársela con el cinturón y Hauk se echó a reír al ver la prisa con la que se armaba con el arco.

—Tu padre te va a dejar el culo rojo como esas brasas.

—No, seguro que no me pilla. Os quiero.

Cerró de un portazo y Shelby sonrió cruzándose de brazos. —Esperemos que no se pierda.

—¿Nuestra Hela? Es capaz de regresar a casa con los ojos vendados. Hija, ese guiso de liebre huele de maravilla. Vamos a catarlo.

Capítulo 2

Hela con los ojos entrecerrados guiaba a Témpano hacia la aldea y asegurándose de que iba por el camino correcto, se cubrió la cabeza con la otra piel que siempre llevaba en su montura. Era una pesadez que su mejor amiga no viviera en la aldea, pero su padre era un vigía del sur que guardaba las extensas aguas del fiordo para que no les atacaran sus enemigos y por eso tenían la casa allí. Estaba apenas a unos minutos a caballo, pero en días así era una auténtica molestia. Y más cuando se quedaban incomunicados. Estaba siguiendo la ribera y cuando llegó al puerto se le cortó el aliento al ver una barca que ella no conocía. Era pequeña comparada con sus barcos, pero podrían caber perfectamente cinco guerreros.

Miró a su alrededor atenta y guió a Témpano hacia el puerto, viendo unas huellas recientes porque todavía no se habían cubierto con la nieve que caía. Y caía en abundancia, así que estaba muy cerca.

Guió a Témpano siguiendo las huellas, que parecían ser de una sola persona, hacia la aldea. Se tocó la pierna a la altura de la bota asegurándose de tener su puñal y entonces vio algo oscuro que se movía tras un seto. Entrecerró los ojos viendo que las huellas iban hacia allí precisamente. Muy listo no era. Si quería robar sus provisiones, se iba a llevar una sorpresa. Se quitó la piel colocándola ante ella y se quitó el arco de la espalda cogiendo una flecha del carcaj. Apuntó hacia él y gritó a través del viento —¡Sal antes de que te atraviese con mi flecha! ¡Y te aseguro que tengo muy buena puntería!

—¡No me dispare! ¡Por favor no me dispare! —Levantó las manos y después la cabeza para mostrar a un muchachito moreno que parecía asustado. —Me he perdido. Regresaba a casa y no sé dónde estoy.

—¡Tu nombre!

—¡Galder! Galder Solberg!

Se le cortó el aliento porque era familia de Kol “El despiadado”. Kol Solberg era el Jarl de su pueblo, que vivía en el fiordo vecino. Si quería regresar a casa, tendría que rodear sus tierras a través del fiordo para llegar. Apretó los labios bajando el arco —¿Qué haces tan lejos de casa con este tiempo?

—Creo que me he equivocado de sentido.

No se fiaba. Kol no era alguien en quien se pudiera confiar y siempre habían tenido problemas porque tenía afán de conquista. De hecho, varios de sus hombres murieron en una trifulca por la venta de unas pieles en el pueblo del sur donde las vendían. Su padre quiso vengarse y le robó mucho ganado que llevaron hasta sus tierras. Eso había sido ese mismo verano y estaba segura de que su Jarl se vengaría.

Levantó el arco de nuevo apuntándole. —No te creo. ¿Qué haces aquí?

—¡Dónde estoy!

—Estás en las tierras del Jarl Amdahl. —El chico palideció y se levantó con las manos en alto, así que conocía la historia.

—Te juro por todos los dioses que venía de visitar a mi primo y he ido en dirección contraria. En cuanto empezó a nevar y vi el puerto, me detuve buscando refugio. No ha sido a propósito.

—¿Entonces por qué te escondías si no tenías nada que ocultar?

—Me asusté. Mi hermano me mataría si supiera que estoy aquí —dijo temblando—. Por favor, déjame ir.

—Ni hablar. Tu hermano va a pagar un buen rescate por ti. —Sonrió divertida. —Camina hacia la casa más grande, que se van a alegrar mucho de conocerte.

—Por favor, yo no he hecho nada.

—¡Murieron cinco hombres ese día! —gritó furiosa—. ¡Y nos robasteis las pieles!

—¡Os vengasteis!

—Ya, pero yo no tengo la culpa de que hayas venido hasta aquí. ¡Ahora muévete!

El chico se levantó mostrando una buena estatura para la edad que tenía, que no debía sobrepasar los diecisiete años, y caminó hacia la aldea dándole la espalda. Sin dejar de apuntarle, apretó las rodillas sobre el vientre de Témpano que le siguió lentamente hasta llegar a las casas. Él se volvió cuando llegaron al centro y varios ya habían salido de sus chozas para observarles. —¡Allí! ¡Date prisa, que me estoy helando!

Galder siguió caminando hacia la casa de su padre y Hela silbó con fuerza haciendo que su hermano Ragnar saliera hasta la puerta. Con el ceño fruncido mirando a su visitante, dijo algo dentro de la casa y cogió una espada acercándose a ellos. —¿Qué ocurre?

—¿Adivina quién es? —preguntó bajando el arco—. El mismísimo hermano del despiadado.

Su padre apareció en la puerta mientras que Galder se encogía intimidado. Su Jarl se acercó lentamente mirándole. —Vaya, vaya. Mira lo

que nos ha traído la tormenta.

—Padre, estaba escondido tras un seto. Acaba de llegar. Dice que se ha perdido al regresar a casa después de visitar a un primo.

—¡Tenemos un invitado! —dijo su padre encantado haciendo reír a los que se habían acercado—. ¡Y no es un invitado cualquiera, es alguien de postín!

Las risas continuaron y Hela sonrió bajándose del caballo, pegándole al chico una patada tras las rodillas y haciéndole caer al suelo. —¿Estás armado? —preguntó con burla sacándole el puñal de la bota y mostrándosela a su padre, que la admiró por ser de oro con piedras preciosas.

—Regalo de tu hermano, seguro. ¿A quién se la ha robado?

—Me la regaló por mi cumpleaños. La encargó para mí —dijo asustado sin levantarse del suelo.

—Por supuesto. Le sobra el oro que roba al otro lado del mar, ¿verdad? —preguntó el Jarl molesto—. Ésta me la quedo por las pieles que no he cobrado.

El chico asintió como si le estuviera pidiendo permiso y Jarl sonrió a su hija orgulloso. —Ven, hija. Te has ganado una buena jarra de hidromiel. —Le pasó el brazo por los hombros y gritó —¡Encerradle! ¡Y que no se muera! ¡Voy a sacar una buena cantidad de oro con él!

Hela miró sobre su hombro viendo como su hermano le cogió del brazo con fuerza levantándole. Al ver su gesto de dolor se sintió algo culpable. Había pedido ayuda y le habían recibido así. —No sientas piedad, hija. Él no la sentiría por ti. Te lo aseguro.

Levantó la barbilla sonriendo a su padre. —Tienes razón. Ellos mataron a nuestros amigos.

—No lo olvides nunca.

Entraron en la casa y su familia estaba a la mesa. Todos menos Frikka, pero no preguntó por ella. Su madre le hizo un gesto a su esclava, que le sirvió una jarra enseguida poniéndole delante carne caliente, pues ellos ya estaban terminando. Se quitó la piel mirando de reojo a Sigrid. —¿Dónde está Frikka?

—En la cama —susurró mirándola como si fuera la culpable de todo.

Bueno, aquello era el colmo. Se puso a cenar en silencio mientras su padre decía orgulloso cómo se iba a regodear ante el hermano de Galder.

—Kol Solberg se va a poner hecho una fiera cuando se entere de que tenemos a su hermano.

—¿Le conocíais? —preguntó interesada.

—Conocí a Galder cuando era un niño de unos diez años —dijo su padre—. Coincidimos en uno de mis viajes. Su padre estaba vendiendo el

pescado que habían salado. Kol también estaba. Él ya era un hombre y su padre observaba orgulloso cómo trataba la venta, cuando me vio y me saludó afable presentándome a sus hijos. Era una vida muy distinta a la de ahora. Nos llevábamos bien hasta que su hijo se hizo cargo y empezó a tener exigencias absurdas, como que nos uniéramos a él en los ataques del norte de las Highlands. Ahí empezaron los problemas.

—¿Por qué quería que os unierais a esos ataques? —preguntó confundida. Todos la miraron como si fuera tonta y miró a un lado y a otro sin entender—. ¿Qué? ¿Es algo que debería saber?

Su padre se echó a reír. —No, hija. No tienes por qué saberlo. Tú eras una niña.

—¿Qué ocurrió, padre? —preguntó interesadísima.

—Su padre murió en un saqueo allí y Kol no estaba precisamente contento. Quería arrasar con todo.

—Es un hombre sin sentimientos. Encima que ellos les habían atacado, buscaba venganza —dijo su madre negando con la cabeza preocupada—. Esto va a traer represalias, marido. ¿No temes por los tuyos al retener a ese chico?

—¿Acaso crees que no puedo protegeros? ¡Kol Solberg no es un Dios! ¡Es de carne y hueso como cualquiera!

Gyda se sonrojó por haberle ofendido y cogió su mano preocupada. —No quería decir eso, marido. Me preguntaba si esperas ataques.

El Jarl se calmó. —Se ha perdido. Seguramente no saben dónde está. Pediremos un rescate y le soltaremos, pero no tienen que saber que hemos sido nosotros.

Hela miró a su hermano Oleif a los ojos y éste apretó los labios. Estaba claro que no estaba de acuerdo con algo así. A Hela le daba la sensación de que se comportaban como cobardes al no decirle claramente que ellos tenían a Galder. —¿Y quién va a ser el valiente que se presente en sus tierras y le diga que queremos oro por su hermano? —preguntó ella sin disimular su ironía.

—Al mensajero le dejarán ir, porque temerán que si no regresa, su hermano termine muerto —dijo su hermano sorprendiéndola y su padre le dio la razón asintiendo.

—Dará el mensaje y le diremos que deje el oro en un punto. Nosotros soltamos al chico y le decimos que camine en una dirección.

—Es simple —dijo su hermana dándoles la razón—. Muy listo, padre.

Ragnar entró en ese momento y su padre vio sangre en sus nudillos. —¿No le habrás matado?

—No, padre. Es que me sacó de mis casillas gritando que su hermano

nos mataría a todos.

Su madre palideció mirando a Sigrid que perdió la sonrisa. Hela empezó a preocuparse de veras y temió que Galder no sobreviviera a su cautiverio. Muchos le odiaban por ser el hermano de quien era. Ella misma lo había hecho porque había perdido un amigo a manos de su Jarl, pero los problemas que podía provocar su muerte en sus tierras, empezaban a ponerle los pelos de punta. Además, no creía que Kol no se enterara en el futuro de quién había sido su secuestrador, porque si por un milagro sobrevivía, se lo diría el mismo Galder. Pero por la mirada de satisfacción de su padre, le daba la sensación de que su Jarl no iba a entregárselo vivo.

Se pasó en silencio el resto de la cena y cuando su padre preguntó a su hermano dónde le había dejado, se estremeció al escuchar que en la cabaña de los aperos de labranza encadenado a la pared. Moriría de frío. Miró a su madre que debía estar pensando lo mismo. Decidió retirarse cuando los suyos se reunieron ante el fuego. Su madre se volvió en su silla. —¿Vas a acostarte?

—Sí, estoy cansada.

—Espero que no hayas cogido frío, hija —dijo su padre preocupado.

—Claro que no. —Sonrió yendo hacia la escalera. —Buenas noches.

—Buenas noches —dijeron los demás.

En cuanto llegó a su habitación, vio a su hermana sollozando tumbada de costado dándole la espalda. Suspiró cerrando la puerta y en silencio se puso el camisón metiéndose en la cama en el otro extremo. Como no dejaba de sollozar, unos minutos después se volvió. —¿Te duele mucho?

—Sí —susurró hipando.

—Espera. —Se levantó y corrió descalza fuera de su habitación. Escuchó que todos seguían abajo hablando de su buena fortuna y fue hasta la habitación de sus padres, cogiendo la botellita que su madre tenía allí para aliviar los dolores de sus rodillas. Regresó a la habitación y la ayudó a sentarse. —Bebe una gotita. Ya verás como te deja dormir.

Frikka se mojó los labios y Hela sonrió. Corrió de nuevo colocando la botellita en su sitio antes de regresar a la cama. Su hermana la miró acostarse a su lado y Hela le acarició un mechón viendo el morado que tenía en el pómulo. —Hiciste mal. Lo sabes, ¿verdad?

—Sí. —Una lágrima cayó por su mejilla. —No sé lo que se me pasó por la cabeza.

—Intenta olvidarte de Ivar en ese aspecto. Es nuestro hermano.

Su hermana asintió. —No se lo dirás, ¿verdad?

—Claro que no. Esto se ha olvidado y nadie hablará del asunto. Pero se lo he dicho a Shelby, quiero que lo sepas. Por si escucha algo, que no se

disguste.

Frikka se echó a llorar de nuevo. Hela se acercó para abrazarla con cuidado porque seguro que debajo de ese camisón estaba llena de golpes. Se quedó dormida entre sus brazos y su hermana Sigrid llegó a la habitación cuando ella se estaba durmiendo. Se tumbó a su lado y se volvió con cuidado para no despertar a Frikka.

—¿Cómo está?

—Le he dado el tónico de madre.

Su hermana abrió los ojos como platos. —Como se entere… No quería que la tratara la curandera.

—No dirás nada.

—Claro que no, porque no sé nada.

—¿Qué opinas de lo del hermano del Jarl Solberg?

—Padre sabe lo que tiene que hacer. Ha dirigido a sus hombres desde hace años y nunca nos ha puesto en peligro como otros Jarl.

Suspiró poniéndose de espaldas y viendo el reflejo del fuego en el techo de madera. —Si le matan…

—No es tu problema, Hela. Duérmete. ¿No estabas cansada?

—Sí, que descanses.

Su hermana se volvió dándole la espalda y ella miró el techo pensativa, realmente preocupada con el plan de su padre. Kol Solberg se iba a tomar la justicia por su mano en cuanto se enterara de que su hermano había terminado allí. Además, le preocupaba que se desquitaran con un chico que no tenía culpa de nada. Apretó los labios porque el Jarl Solberg arrasaría con todo en cuanto la nieve desapareciera. De eso estaba segura.

Puede que no supiera las circunstancias en las que había muerto el padre de Kol, pero por supuesto que había escuchado historias sobre él, sobre todo después de la muerte de los suyos esa primavera. Su padre ideó el plan de invadir sus tierras para robar su ganado y eso fue suficiente para su gente, consiguiendo vengar a los suyos. Les llenaba la barriga y les hacía más ricos. Así que perfecto. Todavía recordaba una conversación que había tenido con Shelby, que estaba asustada por Ivar pues fue uno de los participantes en la incursión. Su amiga la miró fijamente a los ojos. —Recuerda mis palabras, esto no se va a quedar así. Tu padre cree que por robarle varias ovejas o vacas no va a pasar nada, pero de ese hombre no se ríe nadie. Todos los fiordos le temen y es por algo.

Esa frase le puso la piel de gallina y se arropó con las pieles sin poder sacarse el tema de la cabeza. Igual si devolvía a Galder todo se olvidaba. Incluso lo del ganado. Una señal de buena fe entre ambos pueblos. Se mordió el labio inferior escuchando el viento fuera. Miró hacia la ventana. El chico

moriría esa noche si seguía haciendo ese tiempo, de eso estaba segura.

Ese pensamiento la decidió y se incorporó muy despacio intentando no despertar a sus hermanas. Gateó hasta el final de la cama lentamente y bajó al suelo caminando de puntillas hasta su ropa. Se puso los pantalones lo más despacio que pudo y se calzó las botas de piel que le llegaban a las rodillas. Se quitó el camisón mirando a sus hermanas que seguían dormidas y cogió la túnica de lana que le llegaba al trasero antes de coger su piel y su cinturón. Estaba cerrando el cinturón cuando Frikka gimió en sueños. Se detuvo en seco al ver como Sigrid se volvía colocándose a la espalda de su hermana como si así protegiera su sueño. Tiró de la correa del cinturón lentamente y cogió su daga guardándosela en la bota. Fue hasta la puerta sin hacer ruido y la abrió lentamente mirando el pasillo por una rendija. Su padre ya estaba dormido. Podía escuchar su ronquido desde allí. Y si su padre se acostaba, su madre también.

Giró la cabeza para ver que la puerta de la habitación de sus hermanos estaba abierta y estaban durmiendo a pierna suelta. Al ver la cama vacía de Ivar apretó los labios. Él no estaría nada de acuerdo con lo que iba a hacer, porque siempre apoyaba las decisiones de su padre sin ponerlas en duda. Pero salió de la habitación sabiendo que hacía lo correcto y cerró la puerta suavemente. Pasó de largo una tabla del suelo que siempre crujía y llegó a las escaleras descendiendo sin hacer ruido.

En el salón chistó a uno de los perros que levantó la cabeza al verla y fue hasta la puerta a toda prisa. La abrió mirando hacia arriba porque el tablón que la cerraba hizo ruido al deslizarlo entre las agarraderas. Suspiró del alivio cuando no escuchó nada raro y salió rápidamente cerrando la puerta únicamente con el pestillo. Se mordió el labio inferior esperando que el viento no la abriera porque sino la descubrirían.

Decidió no perder el tiempo y corrió entre las casas lo que la nieve le permitía y con las mejillas heladas llegó hasta la choza donde guardaban las herramientas. Casi no se veía nada y tuvo que palpar la puerta para tirar del cierre que se introducía en la jamba. La puerta se abrió con la fuerza del viento y entrecerró los ojos intentando encontrar a su visitante. Un gemido le hizo ver una silueta al final y caminó con cuidado hasta él, agachándose a su lado. —¿Galder?

—Por piedad sácame de aquí —dijo tiritando de frío.

—Eso intento. —Le palpó los brazos y se dio cuenta que estaba atado con unos grilletes a la pared. —¿Quién tiene la llave?

—Un hombre rubio.

Ragnar. Pero él siempre lo perdía todo, así que seguro que la había dejado en un lugar donde la encontrara fácilmente. Miró hacia la puerta y supo que la había dejado sobre el marco porque su preso no llegaría nunca

hasta allí engrilletado como estaba. Se levantó caminando hacia la puerta y se estiró palpando el marco con los dedos entumecidos. Escuchó como la llave se deslizaba cuando la rozó y cayó al suelo. Se agachó palpando el suelo y casi chilla de la alegría cuando la encontró. Se acercó a toda prisa a Galder y le liberó las manos. Él gimió de nuevo al mover los brazos.

—Ahora escúchame. Tienes que irte. Tu barca debe seguir en el puerto. Solo tienes que regresar por donde has venido y continuar en esa dirección hasta llegar a tu casa.

—Gracias por liberarme —dijo Galder con voz ronca apoyándose en la pared para incorporarse.

—Date prisa.

—Claro que me la daré. —Le pegó un puñetazo en la cara que la tiró de espaldas al suelo y se tiró sobre ella, apretando las manos alrededor de su cuello. Hela intentó gritar, pero tenía una fuerza enorme. Estiró la mano llevándola a su bota y sacando su daga. Él debió ver su reflejo porque le sujetó la mano antes de que pudiera apuñalarle. Hela consiguió golpearle con la rodilla en el costado y él gimió cayendo al suelo de espaldas. Furiosa se puso sobre él a horcajadas, pero no soltó su muñeca con las dos manos impidiendo que clavara el cuchillo en el pecho. Galder soltó una de sus manos y la agarró por la trenza forzando su cuello antes de pegarle un puñetazo que la atontó. El chico le arrebató el cuchillo antes de clavárselo en

el costado, provocándole un dolor terrible que le robó el aliento. Él sonrió con maldad y siseó —Muérete zorra.

Dejó salir el aire que estaba conteniendo mirando sus ojos negros que tenía ante la cara antes de que la empujara con fuerza contra la pared, levantándose mientras Hela impresionada por su odio, vio como salía de la choza cerrando la puerta. Escuchó como corría el cerrojo y Hela gritó desgarrada temiéndose lo peor. Sintió como la sangre mojaba su mano y respiró hondo arrodillándose en el suelo. Consiguió levantarse chocando con algo que cayó sobre el piso con estrépito y la puerta se abrió con la fuerza del viento. Caminó lo más rápido que pudo gritando —¡Alarma! ¡Ayudadme! —El viento ahogaba sus gritos y caminó sobre la nieve hacia la casa de sus padres. Apenas había llegado cuando le vio salir. Se miraron a los ojos y Galder sonrió dejando caer el cuchillo al suelo lleno de sangre. —¡No! —gritó desgarrada cayendo de rodillas mientras él echaba a correr hacia el puerto. —¡No, por favor!

Escuchó gritos de dolor en su casa y Hela se dejó caer sobre la nieve sin poder soportarlo. No sabía lo que había ocurrido en el interior de su hogar, pero solo esperaba que la muerte se la llevara. Sin dejar de llorar no fue consciente de como varios de los suyos la rodeaban, gritando que llamaran a la curandera. Perdió el sentido dándole la bienvenida, porque el dolor de su alma era insoportable.

Al abrir los ojos vio a Sigrid a su lado. Tenía muchísimo calor y la boca seca. Sus labios agrietados se separaron gimiendo con la voz ronca. Sigrid le pasó un paño por la frente y susurró —¿Tienes sed?

—¿Qué ha pasado?

Los ojos rojos de Sigrid le indicaron que había llorado mucho. —Ese cerdo ha matado a padre. Le degolló en su cama.

Cerró los ojos sintiendo que el dolor era insoportable y las lágrimas corrieron por sus sienes. —Ragnar intenta encontrarlo, pero el mal tiempo se lo impedirá. Oleif es el nuevo Jarl.

—¿Madre...? —preguntó sollozando.

—No quiere verte más, Hela. Ya no eres su hija. —Sigrid agachó la mirada al ver el dolor de su rostro. —Y ya no eres mi hermana. Has traicionado a tu familia y ya no perteneces a nuestro pueblo.

Abrió los ojos mirando a su hermana. —Me han desterrado.

Sigrid asintió. —En cuanto puedas levantarte, debes abandonar nuestras tierras si no quieres que todos te apaleen por traidora.

Sin aliento intentó reponerse del golpe. Así que ya no formaba parte de su familia. La rechazaban porque había cometido un error y lo entendía.

Su padre había muerto por su culpa. Merecía la muerte. Una muerte lenta y dolorosa. —¿Por qué me habéis curado?

Sigrid se echó a llorar. —No podía dejarte morir a ti también.

Hela cogió la muñeca de su hermana. —Mátame Sigrid.

—¡No!

—¡No podré hacerlo yo! No tengo valor. Tienes que hacerlo, por piedad.

Su hermana se levantó saliendo de la habitación a toda prisa. Hela se echó a llorar y se tapó la cara con las manos ignorando el dolor de su cuerpo, cuando la puerta se abrió lentamente dando pasó a Shelby que entraba a hurtadillas.

—No deberías estar aquí.

Su amiga chistó acercándose y sentándose a su lado. La miró con pena. —¿Quieres morir?

—Sí. —Le rogó con la mirada.

—Entonces no te importará morir vengando la muerte de tu padre. —Los ojos verdes de Hela la miraron fijamente sintiendo que el odio la recorría. —Tú eres capaz de hacerlo. Más que ninguna mujer que conozca. Ese hombre debe morir y morirá por tu mano. Venga a tu familia y a tu padre. Si tienes la suerte de regresar con vida, puede que Oleif te admita de nuevo.

—Me matará el invierno antes de llegar.

—Tendrás que ingeniártelas. Sabes lo que tienes que hacer para sobrevivir. —Se acercó besando su frente. —Retrasa tu salida todo lo posible y reponte pronto. Vas a necesitar todas las fuerzas para enfrentarte al invierno antes de hacerlo con ese cabrón. No vuelvas a sentir remordimientos y acaba con él.

Hela apretó las mandíbulas con fuerza. —¿Por qué me dices estas cosas?

—Porque te conozco. Te han robado el amor de tu padre y el dolor no te deja pensar. Ahora solo quieres morir. Pero si es eso lo que quieres, mejor hacerlo de manera digna. —Shelby se levantó. —Que Odín te acompañe, amiga. Espero volver a verte algún día.

Dejó que se fuera sin contestarle porque no sabía qué decir. Miró el techo pues sintió que su padre estaría de acuerdo. Igual no lo conseguía, pero al menos moriría sin rendirse. Y no solo mataría a Galder. Ojo por ojo. Kol Solberg también perdería la vida si Odín le daba las fuerzas necesarias para llegar hasta él.

En los siguientes dos días no habló con nadie. Su esclava le llevó la

medicina y la comida. Intentaba reservar fuerzas porque sabía que Oleif llegaría en cualquier momento para echarla de la casa. La sorprendió un poco que al cuarto día no hubiera aparecido todavía y aprovechó para comer todo lo que le llevaban.

El quinto día por la mañana la curandera Aud se presentó en su habitación y la miró con sus ojos cristalinos sin decir ni una palabra. La anciana apartó las pieles y miró su herida. —Vístete. Es hora de irse.

Tragó saliva incorporándose con ayuda de los codos. —Los demás…

—No les verás. Ponte esa ropa, que es lo único que te llevarás de esta casa. Órdenes de tu hermano.

Se levantó con esfuerzo, sintiendo que se le retorcía el corazón por su frialdad cuando esa mujer la había traído al mundo, y vio su ropa. La misma que había llevado esa horrible noche. Incluso estaba manchada de sangre. Sin que la ayudara en ningún momento, se vistió lentamente para no abrir la herida. Cuando cerró el cinturón sobre la piel, levantó la vista hacia Aud que la observaba fijamente. —¿No puedo llevarme nada más?

—¿Qué te gustaría llevarte? —preguntó con ironía.

—El puñal de Galder. —Fríamente levantó la barbilla y Aud sonrió. —Es lo único que quiero.

—Espera aquí.

La anciana salió de la habitación y Hela miró a su alrededor. Aprovechando que estaba sola, escondió varias puntas de flecha dentro de su bota y se metió las provisiones que había guardado bajo las mantas dentro de su piel. Se colocó su larga cabellera sobre el hombro y se la trenzó observando el fuego con la mirada perdida, antes de atársela con una tira de cuero. —Ha llegado la hora, Hela. Vive o muere, pero hazlo dignamente.

La puerta se abrió de golpe y su hermano mayor entró en la habitación mirándola como si la odiara. Simplemente alargó la mano mostrándole el puñal de Galder y sin desviar la mirada lo cogió. Oleif le dio la espalda y Hela cerró los ojos por su rechazo intentando superar el dolor. Salió de la habitación y sus hermanas se volvieron a su paso. Reteniendo las lágrimas bajó los escalones donde varias personas esperaban para verla partir. Shelby era una de ellas y se dio la vuelta cuando llegó a su altura como todos los demás. Y tuvo que soportar lo mismo en el exterior cuando su pueblo se volvió uno por uno rechazándola. Caminó entre ellos sobre la nieve dejándolos atrás mientras las lágrimas corrían por sus mejillas, liberándolas cuando se aseguró de que ya no la veía nadie.

Al menos no nevaba, pensó agotada viendo la casa de Shelby cubierta por la nieve. Estaba muerta de frío y vio que la puerta se abría mostrando a

Hauk, que le hizo un gesto con la mano para que se acercara. El hombre miró a su alrededor mientras se aproximaba con esfuerzo y cuando llegó a su lado, la cogió por la cintura haciéndola gemir de dolor cuando tocó su herida.

—Shelby dijo que aparecerías por aquí —dijo metiéndola en la casa —. Tranquila no te ha seguido nadie. Para eso fue. Para asegurarte de que no te seguían y que te pudieras reponer aquí. —La sentó sobre la cama y Hela gimiendo se dejó caer sobre ella. Hauk la cubrió con varias pieles. —Estás helada.

—Gracias.

—Todo esto es una locura. Ya lo tenemos todo preparado. En unos días podrás continuar el viaje.

—No, si vienen…

—Nunca viene nadie por aquí y con este tiempo aún menos. —Su amigo se acercó a una olla que tenía al fuego y sirvió en un cuenco el cocido, acercándoselo a la cama. —Come. Está bien caliente y te sentará bien.

Se incorporó con su ayuda y se colocó a su lado para que se apoyara en su hombro, colocándole el tazón entre sus manos. —Huele deliciosamente. La echarás de menos cuando se vaya.

—Es ley de vida. —Sonrió con tristeza. —Estoy seguro de que vendrá a menudo para asegurarse de que no me falta de nada. El Jarl… —Hela cerró

los ojos. —Ey, ey… me apuesto la vida a que no lo hiciste con mala intención. Tienes un corazón enorme y me avergüenzo de que te traten así.

—Me lo merezco. —Cogió la cuchara y comió en silencio durante unos minutos.

—No. No te lo mereces. —Acarició su cabello rubio con cariño. —Siempre estás dispuesta a ayudar a todo el mundo y fue ese corazón enorme que tienes, el que te ha metido en este lío. Pero ahora no hay marcha atrás y debes vengar la muerte de tu padre.

—Ese cabrón… —dijo con odio—. Haré lo que pueda para que muera, eso te lo juro por todos los dioses.

Hauk asintió. —Sé que lo harás.

La puerta se abrió sobresaltándolos y respiraron del alivio al ver que Shelby se quitaba las pieles que cubrían su cabeza y sonreía al verla. Cerró la puerta por dentro con el tablón y se acercó a toda prisa. —Menos mal que has conseguido llegar hasta aquí. Al verte salir pensé que no lo conseguirías.

—Me iré en cuanto coma algo.

—Ni hablar, ¿verdad padre? Te quedarás hasta que te recuperes por completo. No hay prisa.

—Si alguien se entera…

—¿Quién se va a enterar? Por mi reacción hacia ti esta mañana, nadie

pensará que me he puesto de tu parte. Te di la espalda ante todos. No, no creen que estés aquí, eso seguro. —Se sentó a su lado y miró el tazón. —¡Come!

Hela sonrió. —Es una tirana.

—Dímelo a mí que tengo que soportarla todos los días.

Shelby se echó a reír. —Te quedarás hasta que te repongas. Ya lo hemos preparado todo.

Eso había dicho antes Hauk, pero no le había entendido. —¿Qué habéis preparado?

Shelby señaló un enorme bulto que había sobre el suelo al lado del hogar. —Ahí tienes todo lo que necesitas para sobrevivir bajo la nieve.

—No puedo cargar con todo eso.

—Claro que sí, porque te llevarás nuestra barca.

Sorprendida negó con la cabeza. —No puedo…

—Diremos que se ha hundido con el peso de la nieve y que se fue fiordo abajo.

—Pero la necesitaréis.

—No hasta la primavera e Ivar ya nos habrá hecho otra. Ahora come, que tienes que dormir. Quiero que solo te dediques a dormir y a comer para reponerte cuanto antes. —Le pasó la mano por la frente y suspiró de alivio.

—No estás caliente, eso es bueno.

—Hija, echa más leña al fuego.

Shelby se levantó de inmediato y cuando se volvió, asintió satisfecha al verla comer con ganas. —Así me gusta.

—No puedo retrasarme mucho. Cuanta más nieve, más difícil será el viaje.

Ambos asintieron, pero Shelby dijo —Si no se te cura la herida y tienes que pelear, será un problema.

—Me recuperaré por el camino. Tardaré al menos siete lunas en llegar.

—No serás capaz en estas condiciones de dominar la barca cuando salgas al mar. El oleaje te matará.

Hauk apretó los labios. —Ni un hombre con dos veces tu fuerza podría hacerlo. Y más en esta época del año.

—Entonces tendrá que llegar al mar y dejar la barca para continuar a pie. Más razón para que se recupere totalmente.

—Perdería muchos días. No pienso hacer eso. Me las arreglaré. —Le entregó el tazón ya vacío y su amiga iba a llenárselo de nuevo. —No, me gustaría descansar. Ya tengo la barriga llena, gracias.

—Pero…

—Déjala, hija. Si su cuerpo le pide dormir, es porque lo necesita.

Shelby asintió preocupada y dejó el tazón para acercarse a ella apartando las pieles para quitarle las botas.

—Perdona, no me di cuenta.

—Déjate de tonterías. —Le cubrió los pies con las pieles y su padre se levantó sentándose ante el fuego dándoles la espalda. Shelby se sentó a su lado y sonrió. —Lo conseguirás. Estoy segura.

Cogió su mano emocionada porque era la única que estaba de su lado. —Te quiero.

—Lo sé. Y yo a ti. Como si fueras mi hermana y ningún Jarl me va a hacer traicionar a mi familia. —Los ojos de Hela se llenaron de lágrimas de culpabilidad. —Ni se te ocurra pensar que les has traicionado.

—Sí lo he hecho. Si no le hubiera soltado…

—Sentiste pena por él y te dejaste guiar por tus remordimientos al ser tú quien le llevaste hasta ellos. ¿No has pensado que puede que hubiera matado a tu padre igualmente? ¿Para qué llegó hasta nuestro pueblo? ¿Se había perdido realmente? Yo no lo creo. Es casi un hombre y tiene que estar acostumbrado a recorrer su fiordo. Además, tuvo que salir al mar para llegar hasta aquí. ¿Qué estúpido no daría la vuelta al llegar al mar, dándose cuenta de que iba a entrar en otro fiordo? Fue una excusa, Hela. Además, si no

tuviera un fin esa visita, él hubiera huido en cuanto le liberaste por la necesidad de ponerse a salvo. Pero no, fue hasta tu padre para matarle como si fuera su misión.

Se le cortó el aliento. —¿Crees que venía con ese fin?

—Yo creo que en todo esto hay algo extraño. Y el robo de los animales en el verano no deja de rondar mi cabeza.

Hela pensó en ello. Parecía tan asustado cuando le encontró, pero en cuanto le liberó fue brutal y muy frío. En lugar de estar agradecido, se había comportado como un salvaje sin sentimientos. Puede que estuviera furioso con ella, pero lo que le acababa de decir Shelby caló muy hondo en ella. —Puede que tengas razón.

—Claro que la tengo.

Frunció el ceño. —¿Cuánto tardaría en atravesar las montañas hasta el otro fiordo en lugar de rodearlas?

Hauk se tensó volviéndose. —Imposible, niña. Todavía si fuera verano podrías arriesgarte, pero en invierno es algo imposible. Solo tienes una opción.

—¿Pero si lo hiciera llegaría antes que él?

El padre de Shelby miró a su hija. —Morirás helada antes de cruzar las montañas. No digas locuras.

—Pero llegaría antes que él, ¿verdad?

—No llegarías —sentenció Hauk—. Olvídate de eso.

—Mi tío murió aislado en las montañas por una ventisca, Hela. Debes ser lista. No te esperan, así que no tienes por qué llegar primero que él. No te precipites o perderás la vida. Ahora descansa. Tendrás mucho tiempo para pensar.

Su amiga se levantó acercándose a su padre y le acarició el hombro. Hauk llevó su mano hacia la de su hija acariciándola y Hela reprimió las lágrimas al ver ese gesto dándoles la espalda. Necesitaba llegar hasta el pueblo de los Solberg, pero era cierto, atravesar las montañas era una locura en esa época del año. Tendría que prepararse para remar.

Capítulo 3

Dos semanas después

Abrazó a Shelby con fuerza. —Se nota que te has recuperado. —Se echaron a reír y se apartaron mirándose a los ojos. —Cuídate.

—Dale a Hauk un abrazo como éste cuando le veas.

—Vigilará durante una hora más para comprobar que nadie está en esas aguas contigo y puedan sorprenderte.

Asintió metiendo un pie en el bote y cogió el fardo donde llevaba las provisiones. Con el carcaj a la espalda y el arco ante ella, se sentó sujetando el remo y levantó la vista hacia su amiga. —Si no vuelvo a verte, has sido muy importante para mí. Lo sabes, ¿verdad?

Shelby asintió reprimiendo las lágrimas. —Que los dioses te acompañen, hermana.

Hela empezó a remar y dejó que las lágrimas corrieran por sus mejillas sin volver la vista atrás. No quería preocuparla más de lo que ya lo estaba y ella tenía que cumplir su misión. Porque durante esas semanas se había dado cuenta de que si había ocurrido aquello, era para que ella matara a esos hombres. Era su destino y se enfrentaría a él hasta la muerte.

Gracias a que se había recuperado por completo, pudo mantenerse a buen ritmo durante varias horas, pero al llegar la tarde tuvo que detenerse porque le dolía la espalda horrores. Pero estaba satisfecha porque entre lo que había remado y la ayuda de la corriente había avanzado mucho. Lo difícil sería al llegar al mar. Las corrientes serían más fuertes y después tendría que subir el fiordo contra corriente cuando ya estaría agotada después de tantos días remando. Debía asegurarse de descansar los primeros días sobre todo antes de llegar al mar.

Se acercó a la orilla y tiró de la cuerda acercando la barca para amarrarla. Se preocupó por si las temperaturas seguían bajando y el agua del fiordo se congelaba. Casi nunca ocurría, pero si tenía esa mala suerte, entonces ya podía darse por muerta. Llevaba todo el día sin nevar y eso era bueno. Igual el tiempo le daba un respiro durante el viaje.

Cogió su fardo con el arco y caminó entre los árboles encontrando un lugar casi sin nieve debido a las copas. Miró hacia arriba estremeciéndose porque si se desprendían las ramas por el peso podía morir, pero ya que estaba jugando con la muerte desde que había liberado a Galder, decidió no pensarlo demasiado.

Como no podía hacer fuego pues no tenía leña seca, dejó la piel que le había dado Hauk para poner en el suelo. Estaba untada con grasa de ballena. Había repetido el proceso una y otra vez, así que le aseguró que el agua no traspasaría la piel y que al menos estaría seca.

Se sentó encima y sacó del fardo el pan y el pescado salado que Shelby le había preparado. Tenía suficiente para unos tres días, pero después debería pescar. No sería difícil pero lo peor era el tiempo que perdería.

Comió mirando a su alrededor. No se quedaría a pasar la noche. Necesitaba remar y cuanto más mejor. Lo haría hasta que oscureciera. Comió lo mínimo y recogió sus cosas para seguir su camino, pero cuando iba a subirse de nuevo a la barca vio el barco de su hermano Ragnar a lo lejos en dirección a casa. Se dio prisa en esconderse y juró por lo bajo al ver la barca en el agua. Juró por lo bajo de nuevo mirando el barco. Si la veían descubrirían que Hauk y Shelby la habían ayudado. A toda prisa se acercó agachada y cogió el extremo de la barca tirando con fuerza para sacarla del agua. Tiró una y otra vez hasta esconderla detrás de unas rocas y agotada se

dejó caer a su lado escuchando como los remos de los suyos se hundían en el agua una y otra vez.

No se movió escuchando ese sonido pasar ante ella y continuar de largo. Cerró los ojos del alivio y cuando se alejaron, levantó la cabeza lentamente para ver que no llevaban la cabeza de su enemigo clavada en una pica en babor. Una vez su padre persiguió a unos hombres que habían atacado la aldea y sus cabezas regresaron de esa manera. Estaba segura de que si Ragnar hubiera conseguido su objetivo, hubiera hecho exactamente lo mismo.

Apretó los labios girándose y apoyando la espalda sobre las rocas sintió alivio, porque si él le hubiera matado ella jamás tendría la oportunidad de regresar a casa.

Se pasó más de una hora allí sentada y como había perdido mucho tiempo no se detuvo cuando oscureció. La luz de la luna le permitía ver la orilla, siguiéndola para no adentrarse en aguas muy profundas. Nunca había nadado muy bien y si tenía que nadar desde el centro del fiordo hasta la orilla no lo conseguiría.

Cuando decidió irse a descansar, tuvo que sacar la barca del agua de nuevo, porque no se fiaba que mientras estaba dormida no la viera nadie. La cubrió como pudo y decidió dormir en su interior. Al menos así no dormiría sobre el frío suelo. Como era delgada pudo colocarse entre el tablón que

hacía de asiento y el suelo de la barca. Sonrió porque después de cubrirse estaba muy cómoda y cubierta del viento que pudiera soplar durante la noche. Entonces pensó que si nevaba podía darle la vuelta y meterse debajo. Costaría un poco, pero al menos no le caería la nieve encima. Satisfecha con su primer día se quedó dormida.

Una semana después ya estaba desesperada. Le dolía la espalda horrores y veía el mar abierto desde el sitio en que se había detenido para descansar. En ese punto de desesperación, ya pensaba que tenía que haber ido por tierra, adentrándose por las montañas para llegar al otro lado. De todas maneras estaba helada igual. Había llovido toda la mañana y había sido como si pequeñas agujas se clavaran en su rostro. Ya no sentía los dedos ni las piernas. Eso sí, la espalda la sentía. No había hecho ni la mitad del camino y su cuerpo le decía a gritos que ya no podía más.

Descorazonada se sentó sobre la piel deseando que la muerte se la llevara por los dolores que tenía que soportar. No tenía energías ni para pescar ni para sacar la barca, así que se cubrió con las pieles y cerró los ojos pensando en su familia. En su madre y los demás a los que puede que nunca volviera a ver. En su padre y en lo estúpida que había sido al ayudar al enemigo. Dejó que las lágrimas fluyeran y lloró durante un buen rato.

Entonces recordó el día que se había peleado con Oleif siendo niños y él por ser el mayor por supuesto había ganado, riéndose de ella cuando la vio sentada en el suelo llena de barro. Su padre se había acercado y se acuclilló a su lado mirándola con cariño. —No te has rendido. Él te ha vencido que es distinto. —Apartó un mechón rubio de su frente. —Has luchado con honor y siempre puede haber un enemigo más fuerte que tú.

—Solo me ha ganado porque es más fuerte y alto.

—Pues recuérdalo la próxima vez que te enfrentes a un enemigo más fuerte que tú, hija. Tendrás que ser más lista que él y buscar sus puntos débiles. Ahora todavía eres muy pequeña, pero me entenderás.

—No, si lo entiendo. —Se levantó y puso las manos en jarras haciéndole reír porque le miraba fijamente a los ojos dispuesta a intentarlo otra vez.

—¿Seguro que lo entiendes?

Ella le miró maliciosa. —Tengo que pillarle durmiendo.

Su padre se echó a reír. —No hija, eso no sería justo. Todos tenemos puntos débiles. Busca el punto débil de tu enemigo y habrás ganado la batalla. —La besó en la frente incorporándose. —Eso te lo aseguro.

En el presente, Hela se echó a llorar porque aprovechando que dormía, era como había sorprendido su asesino a padre. Maldito cobarde.

Pero había aprendido la lección. Puede que fuera una mujer sola, pero podría hacer a los Solberg mucho daño.

Durmió todo lo que su cuerpo le exigió y se levantó recogiendo sus cosas. Acababa de amanecer y suspiró mirando el mar antes de levantar la vista al cielo. No era mal día para arriesgarse. El cielo estaba despejado después de varios días y supo que Odín estaba de su lado. El dios de dioses no podía permitir que Galder se saliera con la suya.

Cogió la lanza que había fabricado con una punta de flecha y metió las piernas en el agua hasta la mitad lo que le permitían las botas. Un salmón pasó ante ella y tiró la lanza dándole de lleno. —Perfecto para llenar la barriga.

Levantó la lanza para ver como se movía ante su cara de un lado a otro y salió a la orilla cortándole la cabeza con su daga. Cogió el resto con ambas manos e hincó los dientes en el pescado. Le supo a gloria porque el día anterior no había comido nada.

En cuanto terminó se sintió vigorizada y se dijo que si iba a morir, ese era tan buen momento como cualquiera. Se metió en la barca y miró al cielo. —Odín dame la fuerza que necesito.

Quitó el amarre y empujó la barca con el remo. El agua del mar empezó a batirse por el empuje de las olas, que chocaban contra la pared

rocosa que empezó a elevarse a su lado. Ya no había vuelta atrás. No había orilla donde detenerse, así que ahora solo podía remar para salvar la vida. Para no acercarse demasiado a las rocas, tuvo que rodearlas, y varias veces su barca saltó sobre las olas poniéndole los pelos de punta y todavía ni había salido del fiordo. Remó todo lo fuerte que pudo para no dejarse llevar por el oleaje y parecía que no avanzaba, pero al mirar el acantilado chilló de la alegría al verlo en frente, aunque demasiado cerca. Una fuerte ola casi hace volcar la barca, pero consiguió agarrarse muerta de miedo, sujetando el fardo con el pie y chillando cuando el arco cayó al mar. No podía pararse a recuperarlo y gritó asustada cuando una ola vino por detrás impulsándola con fuerza. Se quedó sin aliento al ver que su barquita entraba en el fiordo y dejó de remar dejándose llevar, pues el propio oleaje la metió en él hasta llegar a aguas tranquilas. Asombrada por su belleza, miró hacia arriba a su izquierda viendo una cascada enorme parcialmente congelada. Era lo más hermoso que había visto jamás, pero era lógico, nunca había salido de sus tierras. Su barquita en medio del ancho fiordo navegaba sola y chilló de la alegría levantando el remo sobre su cabeza antes de reír como una loca. Lo había conseguido. —¡Gracias Odín!

Empezó a remar hacia su derecha para aproximarse a la orilla. Estaba tan excitada porque lo había conseguido que no se detuvo hasta que fue mediodía. Ahora tenía que tener cuidado. Puede que hubiera vigías para

alertar a Kol. Además, no tenía ni idea de donde estaba su pueblo. Podía estar cerca. Estaba sacando su barca cuando se dio cuenta de algo. Si Galder había pasado el mismo camino que había hecho ella dos veces, es que era realmente valiente. Aunque lo había demostrado al entrar en un pueblo enemigo para vengarse. ¿Qué motivación tendría para arriesgar la vida de esa manera? Debía tenerlo en cuenta. Era una persona sin escrúpulos y sin miedo a la muerte. Seguramente su hermano le había enviado. Claro que sí. Nadie le llevaría la contraria al Jarl. Hizo una mueca. Excepto ella, claro, y era un error que pagaría toda la vida. Que podía ser una vida breve como la pillaran. Así que desde ahora iba a poner todos sus sentidos en localizar vigías antes de que la vieran a ella.

Pensó en ello un rato sentada en su manta. Igual debería ir caminando. Miró la barca fijamente. Además, si tenía que escapar no podía llevar la barca hasta allí, porque podía delatar su presencia si la dejaba cerca de su pueblo. Sin embargo, si la dejaba allí y tenía la oportunidad de escapar con vida, solo tenía que seguir la orilla hasta encontrarla. Ya, pero si el trayecto era muy largo puede que no llegara. Pero era más fácil que un vigía no la sorprendiera si iba por tierra. Menudo dilema. Estuvo dándole vueltas un rato y decidió volver a la barca un rato más. Esperaba que el humo de los fuegos de los hogares, le diera el aviso que necesitaba para esconderse.

Estaba anocheciendo cuando vio a un niño al borde del agua

pescando. Asustada se acercó a la orilla lo más rápido que pudo y se escondió tirando de la barca tras unas rocas cubiertas de nieve. Tras ellas, se cubrió con las pieles su cabello rubio y sacó la cabeza para ver si la había visto. Estaba distraído ensimismado en lo que estaba haciendo y no parecía nada asustado. La sorprendió que un niño tan pequeño estuviera solo y no se fiaba. Miró a su alrededor y no vio ninguna aldea. ¿Viviría con su familia por allí? Se mordió el labio inferior decidiendo esperar. No quería meter la pata por precipitarse.

Una risa de hombre le erizó el cabello y miró hacia el niño de nuevo porque venía desde esa dirección. Entonces le vio salir de detrás de unos árboles y Hela separó los labios asombrada porque era enorme. Tenía el cabello negro que le llegaba a los hombros sujeto con dos pequeñas trenzas a ambos lados de las sienes. Y su cara no tenía barba, lo que le sorprendió porque todos los hombres que conocía la llevaban. Otra cosa que le llamó la atención fue que a pesar de la temperatura que hacía, llevaba un chaleco de piel que mostraba sus morenos y fuertes brazos, que cogieron al niño antes de cargárselo al hombro mientras el chico reía a carcajadas. Hela sonrió sin poder evitarlo. Se notaba que era un buen padre. Aunque su rostro era duro, tenía una sonrisa en la cara que la hizo suspirar.

Entonces escuchó más risas y su curiosidad la llevó a acercarse, ocultándose tras un árbol. Había al menos veinte niños con espadas de madera en la mano, practicando los unos con los otros y el hombre dejó al

niño sobre la nieve gritando —¡Lo hacéis muy bien!

Se le erizó el cabello al escuchar su voz y separó los labios sin darse cuenta observando cómo se movía. Cogió la espada de una niña rubia y le explicó cómo se usaba. Le recordó a su padre cuando lo hizo con ella años atrás. La niña miró el movimiento de la espada muy concentrada antes de asentir tomándoselo muy en serio y Hela sonrió. Cuando vio que él sonreía satisfecho, se movió queriendo verle mejor, pero una rama crujió bajo su bota. Él miró hacia allí y Hela se escondió detrás del árbol cerrando los ojos con fuerza. ¿Cómo podía ser tan estúpida y arriesgarlo todo por mirar a un hombre? Pero qué hombre. Le escuchó hablar con los niños y suspiró del alivio. Lo malo es que hasta que no se fueran no podía moverse de allí porque ya estaría al tanto. Se notaba que era un guerrero y ahora estaría alerta. Sobre todo por si era un animal y tenía que proteger a los niños. Algunos lobos podían entrar en las poblaciones porque la nieve les dejaba poca comida, debido a que los animales se resguardaban con las bajas temperaturas.

No supo cuánto tiempo estuvo allí, pero no le importó porque disfrutó de cada minuto escuchando su voz grave dando instrucciones a los niños. Sonrió varias veces con las bromas que se gastaban y a las que él se unía, aunque varias veces se puso serio con los niños rebeldes.

—Muy bien, hemos terminado. ¡Cada uno a su casa sin desviarse!

—Sí, Jarl —dijeron los niños antes de salir corriendo mientras reían.

Hela retuvo el aliento. ¿Jarl? Por Odín, ¿ese era Kol Solberg? Se tensó con fuerza porque por su despedida parecía que no se iba con ellos. Atenta por si se acercaba, se quedó muy quieta pendiente de cada sonido. Los niños se alejaron haciendo el silencio y Hela juró por lo bajo al sentir el sonido de su corazón tan fuerte que parecía que iba a estallarle.

—Muy bien, sal antes de que me enfade de veras. —La voz tras el árbol la sobresaltó y cerró los ojos con fuerza jurando por lo bajo. —No te lo digo más.

Hela no tenía otra salida y entonces supo lo que tenía que hacer, mentir como había mentido su hermano. Levantó la pierna hundiendo el puñal de su hermano en la bota y con los ojos como platos sacó un poco la cabeza sin moverse de detrás del árbol. El hombre frunció el ceño viendo solo un ojo verde antes de esconderse tras el árbol de nuevo.

—¡Qué salgas, muchacho! ¡No tengo todo el día!

Hela sacó toda la cabeza de nuevo mostrando su larga trenza rubia y él se tensó aún más mirando su rostro, pero ella solo pudo observar fascinada sus ojos grises rodeados de unas pestañas negras larguísimas.

—¿Hablas mi idioma? —preguntó poniendo los brazos en jarras.

Asintió sin ser capaz de hablar ni de dejar de mirarle, porque era algo digno de ver. Tenía unos brazos enormes y sin poder evitarlo acarició con los

ojos su piel al descubierto.

—Sal aquí —dijo él con voz ronca. Hela reaccionó y se escondió de nuevo tras el tronco—. ¡No seas tímida, mujer! —Gimió porque se estaba enfadando. Le escuchó respirar hondo. —No te va a pasar nada. Sal de una vez —dijo más calmado—. Solo quiero hablar contigo.

Hela se dijo que era una pena que tuviera que matarle. Pero así estaban las cosas. Todavía quedaba la esperanza de que no fuera él. Resignada salió muy tensa preparada para luchar si era necesario y le miró a regañadientes. Él dio un paso hacia ella, pero Hela dio un paso atrás. Levantó las manos. —Tranquila, no te va a pasar nada. —Miró a su alrededor. —¿Estás sola?

—Sí —susurró recelosa.

El hombre sonrió y sintiendo que se le paraba el corazón separó los labios impresionada porque cuando sonreía era realmente guapo. Sus ojos llegaron a los suyos y parecía divertido. Sonrojada agachó la cabeza de nuevo mirándole de reojo. —¿Y cómo has llegado hasta aquí?

No le quedaba más remedio que mentir y rápido. —Busco a mi padre.

—¿A tu padre? ¿Y por qué crees que está aquí?

—Seguro que se ha perdido. —Sí, porque por culpa de su maldito asesino no iría al Vanhalla. —Estaba cazando y no regresó.

Él apretó los labios. —¿Y de dónde vienes?

Señaló la dirección contraria de donde había venido y el hombre miró hacia las montañas. —Es imposible que las hayas cruzado con este tiempo.

—Las he rodeado.

—¿Caminando? —Ahora sí que le había sorprendido.

Ella sabía que podía buscar sus huellas y le llevarían a la barca. Ya buscaría otra vía de escape. Negó con la cabeza. —He venido en barca.

Pasó a su lado como si no la temiera en absoluto y llegó hasta su barca observándola fríamente. —¿Por qué has sacado la barca?

—He visto al niño y me he asustado.

La miró fijamente. —Es increíble que hayas rodeado tierra con eso. ¿Tienes más familia?

No, no tenía a nadie gracias a su hermano. Pero antes tenía que asegurarse. —¿Por qué lo preguntas? —preguntó molesta.

Él sonrió mirándola de arriba abajo. —Porque tu padre está muerto. Así que te quedarás aquí.

Hela palideció al escucharle y siseó —¿Quién eres tú para decir algo así?

—Soy Kol Solberg y estas son mis tierras. Tú estás en ellas, así que me perteneces.

Mirando sus ojos apretó los puños sintiendo que el odio la recorría y él se dio cuenta de cómo se tensaba, así que enderezó la espalda. —Por las buenas o por las malas, pero vendrás conmigo.

—¿Tú crees?

—Estas en mis tierras y me debes respeto. Vendrás conmigo ahora.

Ya sabía lo que necesitaba, así que el odio se mostró en sus ojos. —Antes muerta.

Kol gruñó acercándose a ella con grandes zancadas, pero Hela saltó dándole con los pies en el vientre, tirándole sobre la nieve. En el suelo a su lado se levantó a toda prisa y le arrebató el cuchillo de su bota. Empuñándolo se puso ante él. —¡Levanta!

Él barrio el suelo con una pierna y Hela cayó de costado perdiendo el arma. Se arrastró hasta él antes de gemir por el peso de Kol sobre ella, que le arrebató el arma colocándosela en el cuello. —Ha sido divertido —dijo con voz ronca. Hela jadeó al sentir su miembro endurecido sobre su trasero y él apretó las caderas contra ella—. Eres mía, mi pequeña valkiria, y te vas a rendir.

—¡Nunca! —gritó contra la nieve. Se apartó cogiéndola del brazo y dándole la vuelta antes de tumbarse sobre ella. Su sonrisa la enfureció aún más e intentó patearle haciéndole reír.

Kol cogió un mechón de su pelo y tiró de él hacia su cara. —¿No quieres ser mía?

—¡Ni muerta!

—Entonces serás mi esclava. —Jadeó por el insulto haciéndole reír de nuevo. —¿Te niegas también?

—Púdrete.

Le dio un beso rápido en los labios y Hela sorprendida le miró con los ojos como platos. —Me has besado —susurró como si fuera un sacrilegio.

Él agachó la cabeza lentamente mirando sus labios y Hela chilló golpeándole con la frente en la nariz. El chasquido indicó que se la había roto. Kol gimió soltándola y llevando sus manos a su cara ensangrentada mientras Hela se levantaba muerta de rabia.

—¿Cómo te atreves, perro? —Le golpeó entre las piernas haciéndole gemir de nuevo. —¡Ningún Solberg me puede tocar! —le gritó antes de agarrarle por el cabello y golpear su cara de nuevo con la rodilla. Hela vio como caía hacia atrás sin sentido y puso los brazos en jarras frunciendo el ceño—. ¿Estás fingiendo? —Le pisó la mano con la bota e hizo una mueca cuando escuchó un crujido. —Ah, pues no. No finges. —Sonrió encantada. —Pues tampoco eres para tanto. ¡Qué despiadado ni despiadado! ¡Porque los pillaríais desprevenidos como cobardes que sois! —Miró a su alrededor y

cogió su puñal arrodillándose a su lado y levantándolo sobre su cabeza. Sus ojos cayeron en su rostro lleno de sangre y dudó. —No seas tonta, Hela —dijo para sí levantando más el cuchillo. —Merece morir.

Alguien carraspeó tras ella y se volvió sin levantarse extendiendo su brazo en guardia. Un hombre con una barba rubia que le llegaba al pecho, levantó una ceja carraspeando de nuevo. —¿Qué haces muchacha?

—¿Qué quieres?

—No, si no es por molestar, pero estás a punto de matar a mi Jarl y creo que debo intervenir.

Parecía tan tranquilo, pero a ella no se la daba. Su mano estaba parcialmente oculta tras la piel que le cubría, así que estaba a punto de lanzarle un cuchillo. Estaba segura. —¡Cómo saques ese cuchillo, le mato! —Ella le puso el cuchillo a Kol en el cuello haciéndole reaccionar. El rubio gruñó con fuerza. —¡Tira el arma al suelo!

—No vas a salir viva de aquí.

—Últimamente juego bastante con la muerte y de momento he ganado yo.

—Quizás la suerte se te haya acabado.

—O quizás no. ¡El cuchillo! —Apretó el puñal sobre su cuello.

—¡Bien! —Tiró el puñal al suelo ante ella. —¡Ya está! ¿Qué crees

que vas a hacer ahora? Como le toques un pelo, estás muerta. Eso te lo juro por Loki.

Hela se echó a reír recogiendo su puñal y levantándose ante él para tirar el puñal al aire con destreza, cogiéndolo por la hoja. Miró los ojos castaños del hombre que asustado echó un vistazo a su Jarl que seguía sin sentido. —¡No le mates! ¡Te daremos lo que quieras! ¡Pide lo que desees y será tuyo!

—Solo quiero una cosa en la vida y no puedes dármela tú. —Tiró el puñal sobre el pecho de Kol y el hombre gritó lanzándose sobre ella, haciéndola caer sobre un montón de nieve. Le pegó un puñetazo antes de que pudiera reaccionar y atontada sintió que la agarraba por el cabello con fuerza. —Está claro que la suerte se te ha acabado, zorra. Prepárate para sufrir.

Se despertó mientras alguien la cargaba caminando por la nieve. Varios niños la rodearon y cerró los ojos sintiendo que le estallaba la cabeza. Sintió unas enormes ganas de vomitar y lo hizo sin poder evitarlo. De repente se encontró en el suelo y los niños chillaron antes de acercarse a ella para pegarle patadas. Hela se cubrió la cara como pudo antes de que alguien gritara y se apartaran de ella. Alguien la cogió por la melena y Hela abrió los

ojos para ver al hombre rubio que con su mirada le dijo todo lo que la odiaba. —¿Te has despertado? Bien, No quiero que te pierdas nada. —Tiró de su cabello arrastrándola y Hela gritó de dolor pataleando hacia él para que no se lo arrancara. Varios la escupieron y se llevó alguna patada antes de que la metieran en una casa. Se le heló la sangre intentando soltarse cuando vio unos grilletes colgados de una pared de piedra y el hombre rió. —Cuando Kol acabe contigo ya no podrás gritar, así que aprovecha ahora que puedes.

Esas palabras la hicieron callarse, pensando en que a su padre no le gustaría que mostrara miedo o dolor. Tiró de su cabello hasta levantarla y le puso un cuchillo ante la cara. —Es una pena que alguien tan hermoso tenga un corazón tan negro.

Le miró con odio y el hombre la golpeó de nuevo tirándola contra la pared, pero no emitió ni un solo sonido. Le puso el cuchillo en la nuca y gritó —¡Estira los brazos!

Ni se molestó en moverse porque la matarían igual. Furioso le dio un rodillazo en la espalda con tal fuerza, que creyó que se la había partido, mientras su mejilla se raspaba contra la piedra. —A mí me da igual torturarte ahora. Puedo alargar el dolor todo lo que quiera y aun así Kol disfrutará de tu muerte. Tú decides. Sufrir después o sufrir dos veces.

No era tonta, así que estiró los brazos. Él se echó a reír. —Me lo imaginaba.

Cerró los grilletes alrededor de sus muñecas, apretándolas tanto que pensó que no le dejarían pasar la sangre. Metió el pie entre sus piernas y le golpeó los tobillos con fuerza, abriéndole las piernas de tal manera que los grilletes de las manos le tiraron de la piel de una manera dolorosísima. Pero lo que la sorprendió fue que antes de cerrar los grilletes, rasgó los cordones de cuero de sus botas quitándoselas. Cerró los ojos cuando escuchó como el puñal caía al suelo. Él siguió con su trabajo y la engrilletó a la pared sin ninguna piedad. Se incorporó y le puso delante el puñal del Galder. —Tienes mucho que explicar. Como le hayas matado… que Odín se apiade de ti.

Escuchó como salía de la casa y cerró la puerta de un portazo. Ya no había nada que hacer. Al parecer no sabían nada de Galder y ella allí encerrada ya no podría hacer nada. No saldría viva de ese sitio. Una lágrima cayó por su mejilla y abrió los ojos viendo una pequeña ventana ante ella. Toda la casa debía ser de piedra y era evidente que allí encerraban a sus enemigos. Se estremeció al ver un látigo en el suelo. Al mover la cabeza hacia el otro lado, se raspó la barbilla y horrorizada vio sangre seca en la pared de piedra. Intentando calmar su miedo, miró hacia el otro lado para ver varios cuchillos e incluso un hacha. Decidió volverse hacia la ventana y al mirar hacia allí vio la cadena que llegaba hasta el grillete. Era obvio que era para hombres más altos que ella, por eso le tiraban tanto. Intentó sujetarse en sus pies que ya estaban helados por el contacto con la fría piedra, pero el paso

del tiempo hizo que sus piernas empezaran a temblar por la postura y el dolor se hizo insoportable. Se quiso agarrar a las cadenas de las muñecas, pero fue imposible al herirse los tobillos en el intento. No supo cuánto tiempo estuvo allí y estaba a punto de echarse a llorar de nuevo cuando la puerta se abrió de golpe sobresaltándola. Escuchó entrar a varias personas y alguien cerró la puerta alejando a los curiosos que había escuchado. Unos fuertes pasos se acercaron a ella e intentó mirar hacia las personas que habían entrado, pero no podía. Alguien la agarró del cabello y forzó su cuello hacia atrás para ver a Kol con la nariz amoratada recta de nuevo, mirándola con odio con sus ojos grises. —Fallaste, preciosa. La próxima vez que lances un cuchillo, asegúrate de que das en el blanco.

Por eso el hombre rubio le había dicho que Kol la castigaría. Se estremeció de arriba abajo viendo su duro rostro antes de que le mostrara la daga de Galder. —¿Dónde está mi hermano?

Ella no dijo una palabra porque no pensaba colaborar en nada que pudiera alargar la tortura. —Mátame de una vez, maldito cobarde.

Por un momento vio admiración en sus ojos, pero fue tan efímero que pensó que lo había imaginado. Kol sonrió con maldad. —Antes de que acabe contigo, me vas a contar todo lo que quiero saber.

—Púdrete.

—Balmung, córtale la ropa.

Sintió como otro hombre se acercaba a ella y cogía un cuchillo metiendo la hoja entre su espalda y la piel, rasgándola de arriba abajo. La punta de la hoja la cortó en varios sitios al engancharse en su camisa de lana. La misma persona cogió la camisa y la rasgó en dos, dejando su espalda al descubierto. Tiró de sus mangas hacia sus brazos antes de escuchar —Los pantalones también —dijo Kol fríamente.

Hela cerró los ojos mientras el hombre usaba el cuchillo para cortar sus pantalones por la cintura antes de bajar por cada una de sus piernas haciendo que cayeran al suelo.

Escuchó pasos tras ella y una mano acarició su espalda hasta llegar a su trasero. —Es una pena que una piel tan hermosa tenga cicatrices. —Su suave voz contra su oído la hizo temblar. —Solo tienes que decir dónde está mi hermano y por qué tienes su daga. Se fue hace semanas. ¿Qué eres? ¿Su amante? —Metió la mano entre sus piernas y ella gimió apretando los labios con fuerza al sentir como sus dedos entraban en su interior. —No, eres pura. Ningún hombre te ha tocado. ¿Dónde está Galder?

Como no contestaba, perdió la paciencia agarrándole su cabello de nuevo provocando que abriera los ojos del dolor. —Dime lo que quiero saber y puede que salgas de ésta con vida.

—Muérete, cerdo.

Él soltó su cabello y alargó la mano. —Dame el látigo.

Cerró los ojos de nuevo intentando huir de su odio antes de escuchar que se alejaba de ella. —¿Dónde está mi hermano? —Como no contestaba, pegó un latigazo en el suelo a su lado sobresaltándola. —¿Por qué tienes su puñal? —Recordó la cara de su padre en el mismo momento en que la cola del látigo laceró su piel. Gimió de la sorpresa porque el dolor fue brutal, pero se mordió el labio inferior con fuerza para no volver a emitir un solo sonido.

—¿Por qué tenías el puñal que le regalé a mi hermano? —preguntó furioso. El siguiente latigazo hizo que su labio sangrara al mordérselo con fuerza.

Le hizo la misma pregunta varias veces y como no respondía, siguió golpeándola una y otra vez hasta que el dolor se hizo insoportable. Ni se daba cuenta de que las lágrimas corrían por sus mejillas mientras sentía como la sangre caía por sus piernas que ya no la sostenían.

—Kol… —dijo la voz de un hombre.

Otro latigazo la hizo gemir y se odió a sí misma por eso. La agarró del cabello y le gritó furioso a la cara —¡Dime dónde está mi hermano!

—No sé dónde está —susurró sin poder evitarlo porque casi ni podía pensar de dolor.

—¿Cómo conseguiste la daga? —Se echó a llorar sorprendiéndole porque recordó como se la dio su hermano antes de darle la espalda para siempre. —¿Cómo la conseguiste? ¿Te la dio él?

—Han sido muchos latigazos, Kol. No piensa con claridad.

Él la sujetó por la barbilla para que le mirara a los ojos. —¿Qué le ha ocurrido a mi hermano?

—No lo sé.

—¿Cómo le conociste? —Mareada cerró los ojos, pero él apretó la mano. —¡Mírame! ¿Cómo le conociste?

—Me engañó —susurró sintiendo que la muerte llegaba y se echó a llorar sin darse cuenta, haciendo que Kol se tensara—. Creí lo que decía y ahora mi padre está muerto. Pero me reuniré con él. Me reuniré con él y ya no sentiré dolor.

—¿Por qué mató a tu padre?

—Tú se lo pediste. Tú le ordenaste que matara al Jarl Amdahl.

Él apretó las mandíbulas mirando su pálida cara. —¿Por eso has venido hasta aquí? ¿Para vengarte?

—No lo he conseguido, pero mi hermano… —Un sollozo escapó de su garganta. —Mi hermano le vengará.

—No lo creo —dijo con desprecio soltándola antes de que perdiera el

sentido.

Kol se volvió hacia el anciano Balmung, que de pie ante la puerta se pasó la mano por la barba blanca preocupado.

—¿Qué opinas, viejo?

—Mató a su padre y ha recorrido todo ese camino con este tiempo solo para vengarse, eso está claro. Es la mujer más valiente que he conocido nunca.

Kol se volvió hacia ella y no soportó mirar su espalda. —¿Por qué no lo dijo antes?

—Siente que ha fallado. Igual no se esperaba un dolor tan intenso y te lo ha contado para que la mates de una vez. —Le miró con sus ojos azules. —¿Lo harás?

—La admiras.

—Y tú también. Te ha vencido y si no hubiera sido por Eigil, estarías muerto. Bajaste la guardia porque te atrae y casi pierdes la vida. Espero que hayas aprendido la lección, Jarl. —Kol apretó los puños asintiendo. —No has contestado a la pregunta. ¿La matarás?

Su Jarl gruñó. —Haz que la curen. Lo decidiré más tarde. Aunque puede que muera por las heridas y me ahorre el trabajo.

Balmung se volvió hacia la chica e hizo una mueca mirando su

espalda llena de largas heridas. Probablemente sería lo que pasara, porque había visto morir a hombres por mucho menos.

Capítulo 4

Boca abajo lloriqueó de dolor cuando Gimle pasó el ungüento sobre las heridas con cuidado. Hizo un gesto de dolor al sentir como se estremecía y no le extrañaba nada porque la grasa tenía que estar doliéndole muchísimo. La puerta se abrió y su Jarl entró en la habitación viendo el cuerpo de Hela ante el fuego, sobre el suelo encima de una piel. —¿Por qué no está en la cama, tía?

—Estaba helada —respondió sin mirarle.

Se acercó a ellas y puso los brazos en jarras. —En cuanto se despierte, quiero que la ates.

—Esta mujer no se podría mover aunque quisiera, Kol.

—Haz lo que te digo —respondió sin ninguna piedad—. Puede matarte antes de que te des cuenta, así que sigue mis órdenes.

—Lo que diga mi Jarl. —Molesta siguió echándole el ungüento en la espalda en silencio.

—¿Se repondrá?

—¿Y para qué quieres que se reponga? ¿Qué destino le espera? Casi es mejor que muera.

—Tía, ¿se repondrá?

Su tía levantó la cabeza hacia él mirándole con sus mismos ojos grises. —No lo sé, pero seguro que ella debe estar deseando morirse y descansar.

Kol apretó las mandíbulas. —Pues hoy no ha tenido mucha suerte, así que igual eso no ocurre. Si sobrevive, será mi esclava.

Gimle le miró sorprendido. —¿Estás loco? ¡Intentará matarte en cuanto pueda y ahora con más razón!

—Cambiará de opinión.

—¿Y Galder? ¿Qué piensas hacer con él si vuelve?

—Cuando ocurra, decidiré.

Hela susurró algo y Kol dio un paso hacia ella. —¿Qué ha dicho?

—Habla en sueños. Mientras la limpiaba, ha preguntado a su madre por qué la han desterrado. Lo decía con una angustia que ponía los pelos de punta.

—La han desterrado… —Entrecerró los ojos asintiendo. —No le quedaba nada y por eso quería vengarse.

—Ese chico va a buscar tu ruina y la de nuestro pueblo. Te lo digo yo.

—Lo ha hecho para resarcir el daño que hizo al pelearse con su amigo.

—Al que dejó malherido. No volverá a caminar bien, eso seguro.

—Por eso se escapó. Para matar al que es nuestro enemigo y le perdonara.

—Lo hizo simplemente porque Askell es mejor con la espada que él. Simple envidia. Y ha provocado el dolor de mucha gente. —Señaló a Hela. —Ha matado a un Jarl. Ha iniciado una guerra.

—Pues afortunadamente la tengo a ella para negociar.

—Les importa muy poco si está muerta entre la nieve y lo sabes. ¡Mátala de una vez para que deje de sufrir! ¡Tienes más piedad con los animales que cazas!

Kol perdió parte del color de la cara y siseó —Por algo me llaman el despiadado.

Hela gimió de nuevo y él la miró. Tenía el rosto amoratado por los golpes de Eigil y el resto de su cuerpo estaba todavía peor.

—No… —susurró Hela contra la piel. Kol se agachó al lado de su

cara inclinando la cabeza e intentando escuchar —No padre, no me rendiré.

—Es una luchadora —dijo en voz baja sin darse cuenta.

—Esa lucha solo le llevará sufrimiento y muerte. Y no es la primera vez que se enfrenta a ella.

—¿Qué quieres decir? El viaje es peligroso…

Su tía negó con la cabeza. —Ayúdame a volverla de costado.

La miró sin saber por dónde cogerla y se decidió pasando las manos por su vientre mientras su tía la sujetaba por la cadera. Entrecerró los ojos al ver una herida muy reciente en el costado. —¿Ves? Inició el viaje en ese estado.

—La acuchillaron.

—Y dudo que lo haya hecho su familia cuando ya la habían desterrado. No, eso lo hizo otra persona. Alguien que la tomó desprevenida. Alguien a quien quieres ayudar y que te apuñala antes de matar a tu padre. De ahí el destierro. Traicionó a su Jarl provocándole la muerte. La muerte de su padre.

Kol sin hablar volvió a dejarla boca abajo suavemente hirviendo de furia y se incorporó yendo hacia la puerta. —Tía, ahora con más razón te digo que la ates. No quiero que se escape ni que nadie más sea dañado hasta que hable con Galder.

Gimle suspiró antes de coger un paño de hilo para cubrirle la espalda. —Si sobrevive…

—¡Sobrevivirá! ¡El odio la mantiene viva!

Dudó en si seguir cuidándola porque lo mejor para ella sería abandonar ese mundo. ¿Qué futuro le esperaba? Sin familia en un pueblo que la odiaría y siendo esclava del hombre al que quería matar porque pensaba que había ordenado la muerte de su padre. Solo le quedaría sufrir y más aún cuando viera al asesino de su padre en la casa regodeándose por su dolor. Conocía a Galder y sabía que lo haría. Pero de repente vio que la chica sonreía como si estuviera soñando con algo bonito y se le ocurrió. Ellos la habían dañado y ellos tenían que resarcirla. ¿Y qué mejor manera que siendo la mujer del Jarl? Había visto los ojos de su sobrino mientras la observaba. No le era indiferente. Era valiente y hermosa. Hizo una mueca mirando su estado. Bueno, volvería a serlo. Ahora tenía que salvarla y después ya se preocuparía de eso.

Hela suspiró al sentir que unas gotas entraban en su boca. Abrió los ojos para ver a una mujer de unos cuarenta años con el cabello negro como la noche. Sonrió acercándole el paño a la boca de nuevo y lo apretó. —Bebe,

tienes que beber. He tenido que volverte para que bebas algo. Te ha despertado el dolor, ¿verdad? Enseguida te volveré de nuevo para que sigas descansando.

—¿Quién eres? —preguntó con voz ronca mirando sus ojos grises.

—Soy Gimle. ¿Y tú? ¿Cuál es tu nombre? Nadie ha sabido decírmelo.

—Hela —susurró mirando el techo.

—Tienes un nombre hermoso.

—Me lo puso mi padre.

Gimle apretó el paño sobre su boca. —Bebe. Debes recuperarte.

—¿Dónde estoy? —preguntó mirándola de nuevo.

—Estás en mi casa. Vivo sola en el centro de nuestro pueblo.

—¿Y curas a una enemiga?

—Curo a una mujer muy valiente.

—¿Ahora se premia el fracaso?

—¿Quieres comer algo? —Negó con la cabeza. —Pues vas a comer.

Sorprendida vio que se acercaba al hogar para llenar un cuenco de madera y le recordó a Shelby. Cuando se volvió la vio sonriendo y Gimle correspondió a su sonrisa. —¿En qué piensas?

Perdió la sonrisa de golpe. —En nada.

—Es una pena que no me lo cuentes. Me gustaría conocerte un poco. Si me dejas. —Sopló en la cuchara como si fuera una niña antes de acercarla a su boca. No tenía ni energías para negarse, así que abrió la boca haciéndola sonreír. —Así me gusta. No te rindas fácilmente.

—Nunca lo hago.

—Ahora cuéntame de qué te sonreías.

—Me recordabas a mi amiga Shelby. Ella también me manda cuando se enfada conmigo porque no le hago caso.

—Eso es porque te quiere mucho.

—Sí. —Su mirada se entristeció. —Es la única que me quiere.

—No digas eso. Seguro que tu familia se arrepiente muchísimo de su decisión.

—No. Mi madre no se arrepiente. —Entonces la miró sorprendida. —Lo sabes.

—Hablas en sueños. Lo que no le contaste a Kol, lo deduje por lo que decías. Es muy triste. Lo siento mucho.

—¿Por qué lo sientes? Hubiera matado a tu Jarl.

—No, eso no me entristece, te lo aseguro. Es tu situación la que me apena.

—Pues no sientas pena por mí —dijo molesta dejando de comer.

Gimle apretó los labios sabiendo que había metido la pata.

—¡Come! ¡Tienes que recuperarte si quieres regresar algún día!

La miró de reojo antes de abrir la boca de nuevo. Gimle reprimió una sonrisa dándole de comer en silencio para no agotarla. —Tienes sus ojos —susurró Hela mirándola fijamente.

—Porque es mi sobrino —dijo sabiendo perfectamente a quien se refería.

—No te entiendo. Yo no curaría a un enemigo.

—Tú intentaste ayudar a un enemigo.

Palideció al darse cuenta de que tenía razón. —Ahora no lo haría.

—De eso estoy segura. —Se alejó hacia la mesa y dejó el cuenco antes de volverse. —¿Puedo hacerte una pregunta? —Hela asintió mirándola con desconfianza. —¿Qué pensaste cuando viste a mi sobrino? Como hombre.

Se sonrojó con fuerza. —Nada. Solo quería matarle.

Asombrada se acercó a la cama. —¿Me estás mintiendo? —le gritó—. ¡Mira que te tiro de las orejas, que es lo único sano que tienes!

—¡Creí que era un buen padre! —La miró sin comprender. —Estaba con un niño que estaba pescando y… ¿Me ayudas a volverme para que pueda dormir?

Gimle sonrió. —Así que te pareció apuesto.

—¡Qué va!

—¡Vuelves a mentir!

Hela puso los ojos en blanco. —No miento.

—Uy, uy… —La cogió por la oreja y se la retorció haciéndola chillar. —¡Eso para que me mientas! ¡Dime la verdad!

Con los ojos como platos chilló —¿Estás loca, mujer?

La puerta se abrió de golpe y se quedó muda al ver a Kol que con el ceño fruncido miraba a su tía. —¿Qué ocurre?

—Oh, nada. Diferencias de opiniones.

En ese momento llevaba una piel que se quitó mostrando su chaleco. Lo dejó sobre una silla acercándose a la cama. —Veo que estás despierta. Eso es bueno.

—Kol todavía es muy pronto, pero ha comido y eso es muy bueno. Ayúdame a volverla.

Él se acercó y Hela se encogió sin darse cuenta, mirándole con desconfianza cuando apartó las pieles para girarla. Se sonrojó porque estaba desnuda, pero a él parecía que le daba igual. Intentó ayudarse con las piernas, pero casi no podía moverlas. Kol apretó los labios al ver las heridas de su espalda, que ahora estaba totalmente amoratada. —Hela, ahora voy a echarte

un ungüento. Puede que lo notes algo frío, pero es porque hace efecto.

—¿Te llamas Hela? —preguntó él con voz baja. Ella no volvió la cabeza para mirarle ni le respondió y Kol apretó las mandíbulas.

—Sí, se llama Hela —respondió su tía por ella cogiendo el ungüento y sentándose a su lado. Empezó a echarle el ungüento y Kol vio cómo se tensaba con fuerza apretando los puños. Sus ojos recorrieron las heridas en su muñeca y tenso se pasó la mano por la nuca volviéndose. Gimle vio de reojo como iba hasta el hogar antes de continuar con su trabajo. —Lo haces muy bien. Pero puedes gritar si quieres. Lo entiendo.

Hela gruñó. —¿Queda mucho?

—Cielo, acabo de empezar —respondió con pena.

—Déjalo. Déjalo, por favor.

—No —ordenó Kol mirando el fuego—. Tía continúa.

Hela cerró los ojos con fuerza porque sentía un frío insoportable sobre sus heridas antes de que le ardieran como si le aplicaran brasas. Intentó contenerse, pero cuando su tía le aplicó el ungüento en una herida profunda gimió arqueando la espalda hacia atrás antes de caer agotada sobre el colchón de lana con la respiración jadeante. Kol se volvió y vio que su tía apenas había hecho un cuarto de toda la espalda. —Tía, ¿no tienes nada para el dolor?

—Se lo he dado ya cuando dormía. No puedo darle más. Podría matarla.

Su tía siguió untándole la espalda y Hela gimió de dolor, empezando a sudar del esfuerzo por resistirse a aquella tortura. —Déjalo, por favor —lloriqueó sin darse cuenta—. Mátame.

Gimle le miró interrogante y Kol pálido siseó —Continúa, tía.

—¡Cerdo desalmado! —gritó desgarrada porque al menos así se desahogaba—. ¡Mátame de una maldita vez!

No dejó de despotricar acordándose de toda su familia, hasta que se quedó afónica y sin fuerzas, quedándose dormida en el acto cuando Gimle le puso el paño por encima. Cuando miró a su sobrino levantó sus cejas negras al verle sonreír.

—Saldrá adelante —dijo el Jarl.

—Pareces muy satisfecho.

Sorprendido la miró. —¿Yo?

—Sí, tú. Después de haber maldecido a toda tu estirpe, pareces contento. Si otro te hubiera dicho esas barbaridades, ya estaría en el fiordo luchando por respirar.

—Oh… es que sería ensañarme, ¿no crees? Está indefensa.

—Como cuando la golpeabas con el látigo. —Kol perdió todo el color

de la cara. —No te va a perdonar fácilmente.

—¡No quiero su perdón! —Salió furioso de la casa sin darse ni cuenta de que no había cogido su piel.

Gimle sonrió antes de mirar a Hela. —Tendréis unos niños preciosos.

Tres días después le pidió a Gimle sentarse en una silla y con su ayuda lo hizo, aunque no podía apoyar la espalda. Para que estuviera abrigada, le puso por encima un camisón y se dedicó a mirar el fuego mientras ella hacía las tareas de la casa. Se sintió impotente porque no estaba acostumbrada a no hacer nada. Gimle se dio cuenta y le preguntó —¿Sabes coser?

Asintió porque su madre le había obligado a aprender y no se le daba nada mal. —Si te sientes con fuerzas, podrías coser unas camisas. Los hombres las necesitan.

—Sí, por supuesto.

—Pero no te agotes. Si quieres dejarlo en cualquier momento…

—Dame las camisas antes de que me vuelva loca.

Gimle se echó a reír y sacó las camisas de un arcón. Dejó caer la mandíbula porque las mangas eran enormes. —¿Ves? Me falta unir las

mangas. —Le dio una manga y la camisa colocándole una mesa ante ella. Empezó a coser y Gimle se sentó ante ella con otra camisa. —Lo haces muy bien.

—Mi madre me enseñó.

—Pero las tareas domésticas no son lo tuyo.

—Madre me enseñó a todo. Pero me gusta más salir a cazar con mis hermanos.

—Se nota que eres una chica inquieta. Otra estaría gimiendo y volviéndome loca con sus quejas aún tirada en la cama.

—Otra no hubiera acabado como yo —susurró disimulando el dolor de su alma.

—Seguramente no, pero entonces yo no tendría con quien hablar en estas largas tardes de invierno.

—¿No sales nunca de casa?

—Claro que sí. Pero estás tú y no quiero dejarte sola por si me necesitas.

—Lo siento.

—No es culpa tuya.

En ese momento se abrió la puerta y se estremeció cuando el frío le dio en la espalda. Kol cerró la puerta llevando una cesta en la mano y su tía

se levantó. —Oh, estupendo. Me has traído precisamente lo que necesitaba. —Cogió la cesta de su mano mientras que miraba a Hela que no se había vuelto para ver quien entraba.

—Me la han preparado en la casa. Si necesitas algo más…

—Oh, falta el pescado. No importa. ¿Te puedes quedar un momento, que así le preguntó una cosa a Ulla sobre el ungüento? —Kol asintió sin dejar de mirar a Hela. Su tía se puso la piel por encima antes de decir —Vuelvo enseguida.

Él miró su cabello ahora suelto sobre su espalda y brillante después de haber sido cepillado. Apretó los labios dando un paso hacia ella indeciso y se detuvo cuando notó que se tensaba.

—¿Cómo te encuentras? —Vio que estaba cosiendo y dio otro paso hacia ella colocándose a su lado. —Parece que estás mejor si ya puedes sentarte. —Hela le miró de reojo antes de seguir cosiendo. —En unos días ya estarás de pie.

Exasperada levantó la vista. —No quiero hablar. ¿No te has dado cuenta?

Kol se cruzó de brazos. —Para ser una mujer a la que he estado a punto de matar, eres muy deslenguada, ¿no crees?

—¡Si me vas a matar igual! ¡Y si no lo has hecho, que no tengo ni

idea de por qué has cambiado de idea, lo harás más adelante! ¡Cuando intente matarte de nuevo! Porque ahora te juro que estás el primero de la lista. —Para su sorpresa Kol se echó a reír y ella entrecerró los ojos alargando el brazo hacia el atizador. Se agachó ante ella cogiendo su antebrazo antes de que pudiera agarrarlo. —No me toques. —Intentó soltarse, pero él no la liberó. Se retaron con la mirada y volvió a intentar soltarse, sintiendo un tirón en la espalda que la hizo palidecer.

Kol perdió la sonrisa y acarició la piel del interior de su brazo con suavidad cortándole el aliento. —No vuelvas a hacerlo. Te has hecho daño por hacer estupideces. —Sus ojos verdes se llenaron de lágrimas de frustración. —Pero no te preocupes, que a partir de ahora yo te diré lo que tienes que hacer y se acabaron los errores y los castigos.

Parpadeó sorprendida. —¿Qué quieres decir?

—Serás mi esclava. Tengo derecho a convertir en esclava a cualquier enemiga de mi pueblo y en este momento esa eres tú.

Le miró con rabia. —¡Soy la hija de un Jarl!

—¿Y? Intentaste matarme. Otra estaría agradecida de que no te hubiera despedazado.

—¡No pienso ser tu esclava para que cualquiera de tu clan me levante las faldas cuando le convenga! —le gritó a la cara—. ¡Antes os mato a todos!

—Aquí las esclavas solo atienden a su amo. —A Hela se le cortó el aliento. —Solo me atenderás a mí y nadie te tocará, porque eres de mi propiedad.

—Te juro por Odín que…

La cogió por la nuca levantando su rostro. —No jures, preciosa. Ya eres mi esclava. Cumple con tu función y todo irá bien. No me enfades de nuevo. —Ella miró su nariz aún amoratada y él se echó a reír. —No vas a hacerlo otra vez. —Sujetó el cabello de la nuca con fuerza. —Yo sí aprendo de mis errores.

Le escupió en la cara mirándole con odio y él se pasó la mano libre por el rostro suspirando antes de atrapar sus labios, meter la lengua en su boca y saborearla de una manera que provocó que algo atravesara su pecho. Hela no sabía por qué su cuerpo se estremecía ni por qué era capaz de disfrutar de su aroma. Es más, cuando inclinó suavemente su cabeza y sus lenguas se entrelazaron, gimió por lo que parecía placer antes de sentir su mano en su pecho, amasándolo y provocando que su pezón se endureciera. Sintió como si un fuego la recorriera tomándola por sorpresa. Kol se apartó mirando sus ojos con deseo. —Preciosa, vuelve a hacer algo así y te pondré el trasero tan colorado que no podrás sentarte en una semana. Ahora sigue cosiendo. Esa camisa será para mí. —Salió de la casa dejándola atónita y miró el fuego porque todavía su estómago estaba del revés por lo que le había

hecho sentir.

Capítulo 5

Kol levantó la camisa haciendo una mueca y su tía se echó a reír. La había llenado de agujeros. —A mí no me mires. Cuando llegué a mi casa ya estaba así. Eso sí, cose que es un primor. Mira lo bien que ha unido las mangas.

—No tiene gracia, tía.

—Bah, déjala que se revele un poco. Necesita desahogarse.

—¡No con mis camisas!

—Hoy se ha levantado.

La miró sorprendido. —¿Ya? ¡Pero si ayer estaba sentada!

—Pues hoy ya se ha levantado y no para. Yo temo que se me escape en cualquier momento…

—¡No puede trabajar! ¡Retrasará su recuperación!

—Pues vete tú a hablar con ella, porque a mí no me hace caso.

—¡Claro que voy a ir a hablar con ella! —Con la camisa en su mano pasó ante ella caminando como si fuera a la batalla. Gimle le siguió a toda prisa a través de la aldea y varios salieron de sus casas para mirarles, porque desde que Hela había llegado no entendían muy bien la actitud de su Jarl. Su sobrino subió los tres escalones de un salto y abrió la puerta. Frunció el ceño desde la entrada viendo la casita vacía y se volvió hacia su tía. —¿La has dejado sola?

Gimle se sonrojó metiendo la cabeza y viendo la estancia vacía. —No cometería una locura así. Además, acabo de irme —dijo con asombro.

—¡Por eso quería que la ataras a la cama!

Se volvió y les gritó a sus hombres —¡Buscadla! ¡No puede estar lejos! —Miró al cielo que tenía un fuerte color gris. —Viene una tormenta.

—Hijo, no tiene ni botas —dijo su tía asustada—. Estaba en camisón.

—Revisa lo que se ha llevado.

Su tía entró y fue directamente al arcón. Apretó los labios revolviendo entre sus pertenencias. —Se ha llevado las zapatillas que uso en verano y un vestido. —Miró hacia la cama. —Y una de las pieles.

—¡Está loca!

Furioso se volvió y Gimle se apretó las manos nerviosa mirando el

fuego apagado. Le había dicho que ella limpiaría el hogar y la había dejado haciéndolo. Era evidente que había aprovechado que se había ido para escapar. Se mordió el labio inferior porque había fallado a su sobrino. —Esta niña… ¿A dónde se cree que va a ir?

Hela se dijo que había sido mala idea. Miró hacia arriba que era la única luz que tenía y cerró los ojos cuando un copo le cayó en el ojo. Aquello era estupendo. Había decidido escaparse por la salida del hogar por si había fuera alguno de los hombres de Kol vigilando y no había calculado bien el grosor de la piel que la rodeaba, quedándose atascada a la mitad. Porque la salida se estrechaba. Juró por lo bajo intentando descender. Por algo su padre no había puesto esas cosas en casa. Decía que se escapaba el calor, pero era lo único que se podía escapar por allí porque no cabía nada más. Dejó las piernas colgando porque ya no tenía ni que sostenerse y se estaba cansando. Entonces escuchó un jadeo. Hizo una mueca y escuchó —¡Niña, buena la has hecho! ¿Qué haces ahí?

—¿Limpiar?

—¡Ya verás cuando vuelva Kol! ¡Ha movilizado a sus hombres! ¡Y está nevando!

Ya lo había oído. Pero no era tonta como para decir que estaba allí. —¿Puedes tirar de mi pierna? ¡Estoy atascada!

—¡Será posible! —Tiró de su tobillo. —¡Mira que eres cabezota! ¿Cómo te has metido ahí?

—Estaba limpiando y me escurrí…

—¡Serás mentirosa! Me has robado mi mejor vestido.

Gimió apoyando la frente en la piedra que tenía delante. —¡Te lo lavaré!

—¡No se quitará la mierda, niña! —Volvió a tirar de su tobillo. —¡Nada, que no sales! ¡Espera que voy a llamar a alguien!

Salió corriendo. —¡No, no te molestes! ¡Aquí estoy bien! —gritó sabiendo que su trasero iba a pagar las consecuencias.

Gruñó mirando hacia arriba y asintió porque Gimle tenía razón. No era un buen día para escapar. Iba a nevar muchísimo. Unos fuertes pasos entrando en la casa la hicieron mirar hacia abajo y ella movió los pies de un lado a otro haciendo que alguien gruñera.

—Vaya, vaya… —dijo la voz de Kol al otro lado—. Mira que pieza hemos cazado, tía.

Su tía soltó una risita. —Menos mal que no he encendido el fuego.

—Sí, menos mal. Pero aquí hace algo de frío, ¿no crees?

Hela gimió pensando que ese bruto era capaz de achicharrarla en venganza. —Tía, enciende el fuego. Voy a colocar los leños.

—Pero Kol…

—¡Hazme caso, tía! No quiero que te pongas enferma.

Abrió los ojos como platos al escuchar como colocaban las ramas sobre la piedra que estaba debajo y asustada intentó subir, pero era imposible. Intentó arrastrarse con los pies al sentir el calor que subía por sus piernas. ¡Iba a morir calcinada! No debía haber una muerte peor que esa. Desesperada chilló cuando las llamas llegaron a la suela de sus zapatillas de piel y las subió haciéndose daño en las rodillas.

—Que calorcito, tía. Me voy a sentar en esta silla un rato a hacerte compañía.

—Kol… se va a quemar.

—¿Quién?

—¡Sácame de aquí! —gritó cuando el pie resbaló antes de chillar porque por poco se quema.

—¿Has oído eso?

—Kol, de verdad… Sácala de ahí o se va a quemar.

Empezó a hacer mucho calor y notó como su espalda sufría porque el sudor hacía picar las cicatrices. —¡Sácame de aquí! —gritó con rabia antes

de patalear haciendo que sus zapatillas salieran disparadas. Chilló cuando sintió el fuego en la planta del pie levantándolo todo lo que podía.

—Dime que no lo volverás a hacer.

—¿El qué? —preguntó haciéndose la tonta.

—¡Intentar escapar! ¡Prométeme que no lo harás más! —Ni de broma iba a prometer eso. —Si no lo prometes, no voy a mover un dedo por ti. Tú decides. Morir o cumplir tu palabra y no intentar escapar de nuevo.

Ya sudaba a chorros y le ardía la espalda. Miró al cielo y suspiró agotada. De todas maneras, ¿a dónde iba a ir? Entrecerró los ojos. Era una desterrada. Pero si prometía que no se iría de allí, puede que tuviera la oportunidad de matarlos a todos y cumpliría la misión. Puede que después muriera, pero al menos había hecho algo. Si Kol pensara en matarla, ya lo hubiera hecho. Estaba claro que quería que fuera su esclava para torturarla más, pero era una oportunidad de vengarse mientras ahí fuera no tenía ninguna. Pero ese beso… Ese beso la había vuelto loca y solo había pensado en huir desde que se lo había dado, porque se había dado cuenta de que había sentido por él lo que jamás había sentido por ningún hombre. Deseo.

Apretó los labios y una gota de sudor cayó por su sien. Sabría reprimirlo. Puede que él la obligara a compartir su lecho, pero no se lo pondría fácil. Soportaría los castigos y llegaría el momento de enfrentarse a

Galder. Porque sabía que no estaba muerto. Odín no podía ser tan injusto y haberle quitado la oportunidad de mitigar su dolor.

—¡Hela! ¡Estoy perdiendo la paciencia, mujer!

Pues no le quedaba nada por aguantar. Sonrió maliciosa. —Lo juro.

—¿Qué? No te he oído bien. Debe ser el viento.

—¡Te doy mi palabra de que no intentaré escapar! —gritó furiosa.

Su tía se echó a reír. —Increíble, lo has conseguido. Creía que se iba a calcinar antes de doblegarse.

—¿Me sacáis de aquí o no? —Tiraron de su tobillo con fuerza y gritó cayendo sobre el hogar. Para no quemarse saltó del hogar chillando y cayendo a los pies de Kol.

Los dos se echaron a reír y asombrada miró hacia atrás para ver el hogar sin ascuas antes de gruñir mirando hacia arriba donde Kol tenía una antorcha en la mano. Al ver su cara parcialmente tiznada bastante sonrojada, él perdió la sonrisa y la cogió por la pechera del vestido levantándola para sentarla en una silla. —Tiene fiebres, tía.

Dejó caer la piel y vieron su vestido empapado. —Es que ahí hacía calor —dijo con rencor antes de pasarse la manga por la frente.

—Niña, tenemos que quitarte ese vestido de inmediato —Gimle se acercó preocupada. —Kol enciende el fuego. —La cogió de la mano para

levantarla. —Ven niña. Y tenemos que lavarte o lo mancharas todo. —Dejó que la tía le quitara el vestido porque de todas maneras Kol ya la había visto desnuda. —Tendré que lavarte el cabello. ¿Cómo se te ocurre hacer esa locura? Si no tienes a donde ir.

Miró de reojo a Kol que agachado ante el hogar observaba su espalda muy tenso. —Tía, está sangrando otra vez por algunas cicatrices.

Gimle chilló volviéndola —¡Estupendo! ¡Pues ahora tendrás que soportar el ungüento de nuevo! Menos mal que has dado tu palabra porque así me quedo más tranquila —dijo cogiendo la olla—. Voy a por agua. Siéntate y cúbrete con la piel, no cojas frío.

Lo hizo porque se sentía culpable de que Gimle tuviera que cargar con ella. No tenía por qué hacerlo encima que había intentado matar a su sobrino y debía estar harta de ella porque solo le daba problemas. Además hasta había estropeado su mejor vestido.

Kol la observó sin que se diera cuenta. Su cabello rubio cubría la mitad de su cara, pero vio la tristeza en su rostro. Apretó los labios incorporándose molesto por verla así. —Tienes prohibido trabajar hasta que no cures tus heridas. No te levantarás de esa cama, ¿me oyes? Con estas tonterías solo retrasas tu recuperación y molestas a mi tía.

Hela se apretó las manos porque pensaba exactamente lo mismo que

ella. —¿Me has oído, esclava?

Giró la cabeza lentamente mirándole con odio. —Me llamo Hela.

—Te llamaré como me dé la gana, que para eso eres mía.

—¿Y cómo debo llamarte yo? —preguntó con ganas de matarle.

—Soy tu amo. ¿Tus esclavas no os llaman amos?

—No. Nos llaman por el nombre —siseó furiosa.

Él levantó una ceja. —Eso puede llevar a confusión porque no eres una persona libre ni una igual. Eres una esclava. A mí me llamarás amo y a los demás señor o señora para dejar claro a todo el mundo a quien perteneces. ¿Te ha quedado claro?

—Sí, amo —dijo sintiendo que la bilis le subía por la garganta.

Kol asintió satisfecho y fue hasta la puerta. —Que no me entere de que has causado más problemas, mujer. Puede que me canse de ti y pierda la paciencia.

¿Y qué podía hacer? ¿Matarla? Bueno, ya daba por hecho que lo haría tarde o temprano. Y si no lo hacía él porque ya lo hubiera enviado al infierno, lo haría otro de su pueblo. Se quedó pensativa mirando el fuego. Esperaba que su hermano no tardara en regresar a casa. Cuando la viera, se iba a llevar la sorpresa de su vida.

Gimle vio fascinada como su cabello se ondulaba ante el fuego y como su color se aclaraba hasta un precioso rubio claro que sería la envidia de cualquier mujer. Cosiendo ante el fuego preguntó —Niña, ¿cuánto hacía que no te lavabas el cabello?

Se encogió de hombros antes de mirarla con sus preciosos ojos verdes. —No sé. Mucho. Entre el viaje y…

—¿Y?

—La herida en el costado… No sé, ¿dos meses?

Parpadeó asombrada. Ahora entendía que su cabello tuviera ese rubio oscurecido. Kol se iba a llevar una sorpresa cuando la viera. Estaba mucho más hermosa. Aunque su sobrino no necesitaba mucho más para sentirse atraído por ella porque ya lo estaba. Solo había que ver cómo la miraba y que no le había dicho ni pío sobre la camisa destrozada.

Echó un ojo a la camisa que le estaba cosiendo y su trabajo era impecable. Sonrió porque esa no la destrozaría. Se había dado cuenta de inmediato que se sentía culpable por cargarla con más trabajo, porque en cuanto le lavó el cabello y le untó de nuevo la espalda, se empeñó en lavar su vestido y en ayudarla a coser como si necesitara compensarla.

Llamaron a la puerta y Gimle frunció el ceño. —¿Quién será a estas

horas? Ya ha oscurecido y estamos en plena tormenta.

—Ten cuidado —dijo Hela poniéndose en guardia.

La tía se levantó dejando su camisa sobre la silla antes de ir hacia la puerta, pero Hela se levantó a toda prisa cogiendo un cuchillo de la mesa y volviéndose para mirar quien era. En camisón con su cabello suelto hasta la cintura no era consciente de como el fuego hacia transparentar la tela de su camisón. Frunció el ceño cuando vio el rostro de un joven al otro lado. —Te he traído leña—dijo el chico con una agradable sonrisa.

—Oh, Kollsvein. No tenías que haberte molestado.

El chico miró hacia Hela y dejó caer la mandíbula del asombro antes de dejar caer la mitad de los leños al suelo. Ella frunció el ceño y él se sonrojó agachando la mirada. —Uy, lo siento.

—No pasa nada —dijo Gimle divertida—. Puedes dejarlos al lado del hogar para que se sequen.

—Sí, claro. —Se agachó cogiendo un par, pero se le cayó otro. Hela puso los ojos en blanco acercándose y cogió dos leños del suelo. Al coger otro leño él le tocó la mano y el chico la apartó como si le hubiera quemado. —Perdón. —A toda prisa se levantó dejando la leña delante del hogar y farfulló una rápida despedida antes de salir casi corriendo.

—¿Le ocurre algo? —preguntó Hela extrañada.

—Oh, es que nunca ha visto a una mujer tan hermosa.

Hela levantó una ceja. —Qué tontería. Pues yo he visto a cientos.

Gimle se echó a reír. —¿En tu pueblo son todas tan guapas como tú?

—Más. —Dejó el cuchillo sobre la mesa y se sentó para coser de nuevo.

La tía se sentó ante ella con curiosidad. —¿De verdad?

—Claro. Mi madre es la mujer más bella de los contornos y mis hermanas me superan en belleza. Son refinadas y siempre llevan vestidos bonitos. —Apretó los labios. —Una de ellas se iba a casar, ¿sabes?

—Lo siento mucho. —La miró confundida. —De que te pierdas la boda.

—Bueno, no sé si se casarán ahora. Después de la muerte de padre….

—Es lógico que quieran esperar un tiempo para intentar olvidar un poco lo que ha ocurrido.

Ocultó su dolor agachando la mirada y dio otra puntada queriendo cambiar de tema. —Y mi amiga Shelby también se va a casar. Con mi hermano Ivar.

—Tenía entendido que tu padre tenía dos hijos, pero no me suena ese nombre.

La cara de Hela se iluminó. —Es que Ivar es como si fuera mi

hermano, aunque no compartimos la misma sangre. Mi familia le acogió cuando se quedó huérfano.

—Muy generoso por parte de tus padres.

—Sí, le queremos como a un hermano. —Perdió un poco la sonrisa. —Estaba de viaje. Espero que se encuentre bien y que ya haya llegado a casa.

—Seguro que sí. Cuando van a vender, se despistan un poco con las actividades de las ciudades y…

Llamaron a la puerta y Gimle frunció el ceño. —Vaya, ¿qué pasará ahora?

Decidió no levantarse porque al parecer en la aldea esa noche debía haber mucha actividad a pesar del mal tiempo. Se volvió para ver quién era y Gimle puso los brazos en jarras al ver a tres hombres en la puerta. —¿Si?

Ellos ni miraron a la mujer, sino que inclinaron las cabezas para mirar a Hela que levantó una ceja rubia de manera interrogante. Los tres sonrieron tontamente antes de que Gimle les cerrara la puerta ante las narices. —Estos hombres…

—¿Qué querían? —Asombrada la miró a los ojos.

—Nada. Olvídalo. ¿Quieres cenar? Tengo algo de hambre.

—Sí, ya lo…

Volvieron a llamar y Gimle jadeó enfadándose. —¡Más te vale que

quieras algo porque como abra la puerta y no tengas una buena excusa para venir a mi casa, hablaré con el Jarl!

—¡Traigo vino! —dijo la voz de un hombre al otro lado.

Gimle hizo una mueca. —Eso no se puede rechazar.

—No, claro que no —respondió divertida viéndola ir a abrir.

Un hombre rubio carraspeó entregándole una jarra a la tía que sonrió dulcemente. —Gracias, muy amable.

El hombre susurró por lo bajo y Hela frunció el ceño antes de que Gimle la mirara haciendo una mueca. —Él es Rainer. Y está soltero.

Hela frunció el ceño. —¿Y a mí por qué me lo cuentas?

Ambos carraspearon y el hombre se sonrojó. —¿Quieres casarte conmigo?

Jadeó del asombro mientras que la tía reprimía la risa. —¿Qué has dicho?

—No estoy casado y…

—¡Gimle cierra la puerta!

La tía lo hizo de un portazo y riendo por lo bajo dejó la jarra sobre la mesa. —Voy a hacer un vino dulce que te vas a chupar los dedos.

Llamaron a la puerta otra vez y Hela gimió. —Iré preparando la cena.

—Sí, niña. Yo me encargo de ellos. Tú tranquila.

Media hora después la mesa de la cocina estaba llena de comida y bebida. Hasta había un queso enorme que les duraría un mes. Hela sonrió al ver como su anfitriona lo cogía con ambas manos y lo olía. —Esto es increíble.

—Ya veo que te gusta el queso.

—Es que este queso es especial, niña. Hacen muy pocos al año. Y tenemos uno entero. A éste le gustas mucho.

—Pues que bien. —Indiferente acercó el plato a la olla y sirvió a Gimle. —Siéntate. Vamos a cenar.

—¿No te sorprende?

—Pues sí. Ya que soy esclava. Las esclavas no tienen libertad para elegir. Son de su amo y no se casan. Al parecer nadie sabe que soy esclava.

—Es que Balmung ha hablado de ti. De tu valor. Sabes lo que apreciamos el valor entre nuestro pueblo. Dicen de ti que eres una valquiria. Cualquiera estaría encantado de obtener una esposa con tu belleza y tus agallas.

—Bah, qué tontería. —Se sentó ante ella y hundió la cuchara en su sopa.

De repente se abrió la puerta y Kol entró furioso en la casa cerrando

con fuerza. Asombrado miró la mesa repleta de cosas. —¿Qué has hecho, mujer?

—Sobrino, ¿qué dices?

—¡He recibido seis propuestas de matrimonio! —gritó a los cuatro vientos.

No le sorprendió en absoluto. —Vaya, alguien se ha echado atrás —dijo su tía—, porque ella ha recibido siete.

En ese momento llamaron a la puerta y Kol la abrió de golpe. —¿Qué quieres?

—Jarl, ¿puedo hablar contigo un momento?

—Ah, no. Es que no le había dado tiempo —dijo Gimle divertida.

Kol gruñó antes de cerrarle la puerta en la cara al ver su sonrisa bobalicona mirando a Hela. Furioso se volvió de nuevo. —¡Qué has hecho!

—Nada. Ni conozco a esos hombres. —Levantó un pedazo de pan metiéndoselo en la boca y comiendo tranquilamente.

Entonces él la miró bien y furioso se acercó a ella mirándola fijamente. —¿Qué te has hecho?

Dejó de masticar sin entenderle y la tía soltó una risita. —Se ha lavado, Kol. ¿A que tiene un cabello hermoso?

Él gruñó. —¡No lo hagas más!

—¿Que no me lave? —Se encogió de hombros como si le diera igual. —Bien.

—Sobrino ¿pero qué dices? Claro que tiene que lavarse. ¿Te ocurre algo? —Kol miró las cosas sobre la mesa y gruñó de nuevo mirando el enorme queso. —¿Un poco de queso?

—¡Ni cenar me han dejado! —Se sentó a la mesa y cogió el cuchillo para cortar el queso. Su tía sonrió dándole un pedazo de pan. —No quiero que hables con ellos, ¿me oyes?

—¡No he hablado con ellos!

—¡Pues no lo hagas más! —dijo sin escucharla siquiera.

Su tía le miró asombrada. —¿Seguro que estás bien?

Dio un mordisco al pedazo de queso que estaba comiendo y masticó mirándola como si quisiera cargársela antes de mirar el queso que tenía en la mano con asombro. —¡Es mejor que el mío!

—Es que la está pretendiendo. Seguro que le ha dado su mejor queso. —Orgullosa miró a Hela. —Esta niña es una mina.

Hela se metió la cuchara en la boca sin darle importancia masticando con ganas. —¿No tienes nada que decir?

—Yo mientras la tía sea feliz…

Se metió la cuchara de nuevo en la boca mientras Gimle reía a gusto

asintiendo. —Sí, niña… tenemos manjares para unas semanas.

—¡Tía, no tiene gracia!

—¿Un poco de vino? —preguntó Hela a ver si se callaba.

—¡No! —Llamaron a la puerta de nuevo y Kol rojo de rabia apretó la mano alrededor del cuchillo mientras Hela le miraba como si todo aquello no fuera con ella. Furioso se levantó tirando la silla y fue hasta la puerta abriéndola de golpe. —¿Qué? —Kol carraspeó al ver a una anciana en la puerta que le miró con los ojos como platos. —Quiero decir… ¿qué ocurre, Brynja?

—¿Jarl puedo pasar? Hace algo de frío y mis huesos ya no están como para aguantar inclemencias. —Entró antes de que pudiera contestar siquiera y Hela sonrió a la mujer que le correspondió como si estuviera encantada de verla. —Bellísima, Gimle.

—¿A que sí? —preguntó orgullosa—. Una joya, eso es lo que es.

La anciana sacó de debajo de la piel que la cubría una tela verde. —Es un presente para que luzcas más bella aún.

La miró sorprendida levantándose. —¿Para mí?

—Por supuesto que es para ti. Me habían dicho que tenías los ojos más hermosos que se hayan visto jamás y es cierto.

Kol se cruzó de brazos mirando a la anciana con desconfianza. —¿Por

qué le regalas eso?

—Oh… —Brynja se sonrojó. —Pues… Ya sabes que mi nieto no tiene esposa y si ella quisiera conocerle…

—Pues no. ¡No quiere!

Le miró sorprendida. —¿No quiero?

—¡No, no quieres! ¡Eres mi esclava y yo digo lo que quieres y lo que no quieres! Y esto no lo quieres.

—Oh, vaya. —Apretó los labios antes de mirar a la anciana a los ojos. —Al parecer no quiero. Lo siento.

—No te disculpes, niña —dijo Gimle molesta—. Sabemos que no es culpa tuya.

—De todas maneras gracias por el ofrecimiento.

La mujer sonrió y alargó la tela. —Quédatela igual. Estarás hermosa.

—¡No necesita estar más hermosa de lo que está! —dijo Kol sonrojándola de gusto porque creyera que era bonita—. ¡Y no está hermosa ni lo estará! Díselo a cualquiera que quiera oírlo.

Bueno, había dejado claro que no la veía hermosa. ¿Y a ella qué le importaba? Se sentó de nuevo decidida a ignorarle y siguió comiendo.

—No necesitan oírlo, solo hay que verla —dijo la anciana como si fuera idiota.

—¡Largo! —gritó haciendo retumbar la casa.

Su tía hizo una mueca cuando la anciana jadeó antes de casi salir corriendo. Kol la señaló con el dedo. —¡A partir de ahora no hablarás con nadie! ¿Me has entendido?

—Hijo... Si no ha hablado con nadie…

Él gruñó saliendo de la casa dando un portazo. Las dos se miraron a los ojos antes de escuchar —¡Volved a casa, idiotas! ¡Es mi esclava! No se la daré a nadie, ¿me habéis oído?

—Jarl, ¿y si la sorteamos?

Hela con los ojos como platos esperó la respuesta. —¿Estás sordo, imbécil? ¡Lárgate antes de que te parta la cabeza!

—Ya pasó —dijo Gimle con una sonrisa en los labios—. Al menos hasta mañana.

—¿Crees que volverán? Lo ha ordenado su Jarl.

—Bueno, ya lo veremos. —Se sentó a cenar y vio el pedazo de queso que su sobrino no se había comido. —Menudo carácter. Ni ha cenado. —Cogió el queso y le dio un mordisco cerrando los ojos. —Él se lo pierde.

Hela soltó una risita. —Que aproveche.

Llamaron a la puerta de nuevo y las dos se miraron asombradas. —¡Kollsvein! ¿Qué rayos haces ahí? —gritó Kol a lo lejos.

—Nada Jarl, venía por si necesitaban algo…

Las dos se levantaron lentamente mirando hacia la puerta porque no habían escuchado la respuesta de Kol y de golpe se abrió sobresaltándolas. Kol entró con una cara de cabreo que ponía los pelos de punta antes de acercarse a ella y cogerla por el trasero cargándosela al hombro. Hela chilló de la sorpresa y se sujetó en su chaleco estremeciéndose cuando salió al exterior. —¡Hace frío!

—Enseguida llegamos.

—¿A dónde?

Entraron en una casa y cerró de un portazo sobresaltando a los que estaban en el salón. Un hombre mayor que estaba sentado a una mesa, levantó una de sus cejas blancas observando como Kol se la llevaba hacia unas escaleras de piedra y empezaban a subir. Al llegar arriba estaba oscuro, pero él parecía saber a donde tenía que ir porque abrió una puerta que chirrió y la luz inundó el pasillo. Antes de darse cuenta la volvió y Hela cayó gritando de la sorpresa sobre una cama. Miró a Kol que estaba ante ella con los brazos en jarras. —¡Ahora a dormir! ¡A ver si así puedo cenar tranquilo de una vez!

Vio cómo iba hacia la puerta y cerraba con fuerza. Hela sin salir de su asombro miró el fuego. ¿Tenía que dormir allí? Entrecerró los ojos. De eso

nada. Se levantó de la gran cama y cogió una piel colocándola ante el fuego. Iba a tumbarse sobre ella cuando vio un arcón. Miró hacia la puerta y decidió registrarlo por si había algún arma dentro. No le mataría esa noche, pero mejor estar prevenida. Fue hasta él atenta a la puerta y lo abrió viendo un par de camisas y un par de pantalones de cuero. Para ser Jarl no es que tuviera demasiadas pertenencias. Su padre tenía dos arcones llenos de ropa. Apretó los labios cerrando la tapa y vio un cofre sobre la piedra de la chimenea. Fue hasta allí y lo abrió. Estaba lleno de joyas. Bufó cerrando el cofre y miró a su alrededor con las manos en la cintura. ¿Ni un arma? ¿Ni una espada?

La puerta se abrió de golpe y ella se sentó sobre la piel mirando hacia allí con inocencia. Kol la miró desde el vano de la puerta con el ceño fruncido. —Si buscas armas no las encontrarás.

¿Es que era adivino?

—¿Crees que soy tan estúpido como para dejarte a mano un arma que puede matarme durante la noche?

Prefería no responder a esa pregunta porque le daba que era una trampa. Kol se cruzó de brazos. —¿Qué haces ahí?

—Dormir.

—¿Y por qué crees que vas a dormir ahí?

—Las esclavas no comparten la cama con sus amos —dijo como si

nada mintiendo descaradamente.

Él asintió. —Tienes razón. —Entró en la habitación y cerró la puerta.

Le miró con desconfianza. —¿Ya has cenado?

—Se me ha quitado el hambre. Ven a sacarme las botas.

Se sentó a los pies de la cama y Hela gruñó levantándose a regañadientes. ¿Es que acaso no se las quitaba él todas las noches? Sería vago. Kol levantó una de sus enormes piernas y ella tiró del cordón con fuerza. La agarró por el talón y tiró. Volvió a tirar, pero nada que no salía. Abrió los cordones refunfuñando por lo bajo como si fuera una molestia tremenda. Volvió a coger la bota por el talón y el empeine y tiró. Suspiró del alivio cuando salió. —No tengo toda la noche. —Ella levantó la vista y vio que le estaba mirando el escote del camisón. Apretó los labios tirando de los cordones y sacó la otra bota. Se volvió tirándola al suelo para volver a su cama cuando escuchó —Quítame el chaleco—su voz ronca le erizó el vello. Se volvió haciéndose la tonta.

—¿No puedes hacerlo tú? Me duele la espalda.

—Quizás si no hubieras intentado matarme no te dolería. Ahora ven aquí.

Se acercó resignada y él abrió las piernas para que se acercara más. Aquello era tan íntimo que se sonrojó mirando la correa. Alargó las manos

con ganas de llevárselas al cuello y apretar con fuerza, cogiendo la tira de cuero. Se le cortó el aliento cuando sintió sus manos en sus muslos atrayéndola más, pero no las apartó y Hela levantó la vista hasta sus ojos. —Te he dicho que no tengo toda la noche, Hela. —Se puso tan nerviosa que no atinaba a soltar la correa porque su mente solo podía pensar en sus manos y en esos pulgares que acariciaban su piel por encima del camisón. Respiró del alivio cuando se abrió el primero y llevó sus manos al de más abajo. Tuvo que inclinarse un poco y Kol miró entre su escote viendo el inicio de sus pechos. Consciente de todo lo que hacía, sintió que sus pezones se endurecían. Su respiración se agitó de los nervios y casi chilla de la alegría cuando consiguió abrirla. Bien, solo le quedaban dos. Sus manos subieron por su trasero y se enderezó de golpe. Kol parpadeó como si no pasara nada. —Continúa.

—Pero…

—Continúa Hela.

Gruñó estirando los brazos todo lo que podía y él reprimió la risa con las manos en su trasero. Se le cortó el aliento cuando amasó sus nalgas y sus manos temblaron porque su cuerpo parecía que tenía vida propia. Le temblaban hasta las piernas. Ni se dio cuenta de que habría las siguientes correas mirando sus fuertes pectorales ahora al descubierto, hipnotizada por el vello negro que recorría su pecho hasta esconderse en sus pantalones.

—Ahora los pantalones.

Se mordió el labio inferior mirando su ombligo antes de bajar la vista hasta el cierre de sus pantalones. Medio mareada se agachó acercando la cara a su pecho y cerró los ojos sin poder evitarlo cuando su olor llegó hasta ella. Las manos de Kol pasaron por sus caderas y Hela abrió los ojos como platos cuando una de ellas se metió entre sus piernas acariciando su sexo por encima de la tela de su camisón. Jadeó de la sorpresa y apoyó sus manos en su pecho. Él gruñó susurrando a su oído —¿Te gusta? —Levantó su camisón de un tirón y Kol cerró las piernas obligándola a sentarse sobre las suyas a horcajadas. —Sabía que eras mía la primera vez que te vi, preciosa. —Besó el lóbulo de su oreja antes de abrir sus piernas cuando él separó sus rodillas. Hela gimió al sentir su dedo recorriendo su sexo con suavidad y necesitando aferrarse a algo se sujetó en sus hombros. Cuando él metió un dedo en su interior gritó de placer arqueando su cuello hacia atrás. —Estás muy estrecha. —Él la sujetó por la melena haciéndola abrir los ojos. —Como te toque otro hombre, te mato —dijo posesivo antes de atrapar sus labios. Tomó posesión de su boca y Hela ya no era consciente de nada de lo que ocurría a su alrededor excepto de él. Sin poder evitarlo entrelazó su lengua con la suya disfrutando de lo que le hacía sentir. Kol pasó un brazo por su espalda para pegarla a él y Hela gritó en su boca separándose de golpe. Con la respiración agitada se miraron a los ojos y ella se dio cuenta de lo que estaba a punto de

hacer con su enemigo. Se levantó de un salto sonrojada huyendo de él hasta pegarse a la pared de piedra, sintiendo que estaba traicionando a su padre de nuevo. Kol se levantó. —Hela, cálmate.

—¡Qué me calme! —Le miró con odio. —¿Qué me estás haciendo? —gritó furiosa—. ¡Has matado a mi padre!

—Hela, cálmate. Yo no mandé matar a tu padre. Fue una decisión que tomó mi hermano.

—¡Mientes!

—¡No miento Hela! ¡Estaba enfadado con él por su comportamiento y se escapó! No sabía que iría a tu pueblo a matar a tu padre.

Se quedó tan asombrada que sus ojos se llenaron de lágrimas. —Lo hizo para impresionarte, ¿verdad?

Kol apretó los labios. —Me escuchó hablar con mis hombres sobre que tu padre merecía una lección. Yo estaba furioso con él y creo que quería arreglar las cosas. Yo nunca di esa orden. Pero no te voy a negar que en cuanto hubiera llegado la primavera, os hubiera hecho una visita.

Hela palideció. —¿Nos hubieras atacado?

Él se tensó con fuerza. —¿Qué esperabais que ocurriera? —gritó furioso.

—Vosotros atacasteis primero. ¡Matasteis a nuestros hombres!

Kol la miró como si fuera estúpida acercándose. —¡Intentaron engañar a mis hombres con las descargas de piel! —le gritó a la cara—. ¡Balmung estaba allí y sabía cuáles eran nuestras pieles porque están marcadas! ¡Querían sacar más dinero porque nuestros fardos pesaban más y era evidente! Y casi tienen éxito. Si no llega a ser porque Balmung estaba allí para demostrar que eran nuestras pieles, el comprador les hubiera creído. —La señaló con el dedo. —Y no era la primera vez que lo hacían. Varios de la ciudad se lo dijeron a mis hombres después.

—Mientes —dijo con rencor.

—¡Eran unos ladrones que aprovechaban la descarga de otros barcos para robar la mercancía! Lo sabe todo el mundo, Hela. ¡Mis hombres solo les dieron la lección que se merecían y encima tu padre me roba el ganado! ¡Por supuesto que iba a ir a haceros una visita! Si no hubiera sido mi hermano, hubiera sido yo quien hubiera matado a tu padre.

Pálida y con los ojos llenos de lágrimas de la rabia, apretó los puños con ganas de matarle. Se sintió asqueada consigo misma por haber dejado que la tocara. No se reconocía. Kol se enderezó. —Ahora quítame los pantalones, esclava.

Fue como si le arrancaran el corazón en ese momento y gritó tirándose sobre él que del impulso cayó sobre la cama. Hela le arañó la cara antes de recibir un tortazo que la tiró al suelo, golpeándose la espalda contra

la pared. Gimió de dolor y derrotada se tapó la cara con las manos echándose a llorar sin poder evitarlo. Un portazo la sobresaltó y apartó las manos asustada para ver que se había ido. Se levantó con esfuerzo pues le dolía la espalda y se tumbó de costado en su piel mirando el fuego sin que las lágrimas dejaran de brotar. —Miente. Miente como su hermano mintió al ir a tu pueblo. No te creas nada de lo que te digan, Hela. Eso es lo que te diría padre. Son unos mentirosos y unos asesinos y te dejarás la vida para vengarte.

Capítulo 6

Se despertó al escuchar un golpe sobre la pared, pero no se movió cuando se abrió la puerta. —Maldita mujer —dijo él con rencor antes de cerrar la puerta. Estaba borracho y Hela se tensó—. Solo me das problemas. —Escuchó como su ropa caía al suelo y como hacía crujir la cama al tirarse sobre ella. Cerró los ojos del alivio antes de sentir que la agarraban por el pelo levantándola. Chilló sujetando su mano y vio el rostro furioso de Kol ante ella. —¡Eres mi esclava! ¡Harás todo lo que yo te diga y si te digo que te abras de piernas, lo harás! —La tiró sobre la cama y Hela intentó patalear al verle desnudo ante ella, pero Kol la cogió por los tobillos tirando de ella hacia el borde. Intentó arañarle cuando se colocó sobre ella, pero él agarró sus muñecas con una mano antes de meter la otra entre sus piernas. Hela gritó cuando entró en ella con fuerza y se mordió el labio inferior para no hacerlo más, mientras él se movía en su interior con contundencia. La besó en el cuello y Hela miró el techo de la habitación mientras una lágrima caía por su

sien impotente porque su cuerpo empezaba a responder. El placer la recorrió de arriba abajo y se mordió más el labio intentando ignorarlo, cuando escuchó que él gemía en su oído antes de estremecerse con fuerza.

Conteniendo la respiración esperó y él soltó lentamente sus muñecas mientras su respiración se normalizaba antes de levantar la mirada lentamente. Hela seguía mirando el techo y él vio el recorrido de las lágrimas en su sien. Se tensó con fuerza y se incorporó viendo la sangre entre sus piernas y en su miembro. —Vuelve a tu cama —dijo fríamente.

Hela se apoyó en sus codos con esfuerzo y Kol observó como dejaba caer su camisón para cubrirse todo lo que podía, antes de levantarse e ir en silencio hasta su piel, tumbándose de espaldas a él. Kol se pasó la mano por la nuca al ver los restos de sangre en su camisón tanto en su espalda como más abajo. Se sentó en la cama observándola y vio como temblaba como si tuviera frío. Se levantó cogiendo una de las pieles y la cubrió con la piel sobresaltándola. Le miró con sus preciosos ojos verdes y Kol apretó los labios al ver que le temía. Nunca había visto esa mirada en ella desde que la había conocido y en ese momento sí que se sintió despiadado y un miserable. Hela se volvió para mirar el fuego. Kol se incorporó sin dejar de observarla durante unos minutos antes de volverse y regresar a su cama. Se tumbó poniendo el brazo tras la cabeza mientras miraba el techo pensativo. Quizás debería dejarla ir. Cuando mataron a su padre, él también se había vengado.

La diferencia es que ella no había tenido éxito. No, debía quedarse y ser su esclava. Estaba en su derecho a tratarla como le diera la gana. Era suya para matarla si quería. Cualquiera la habría matado a palos después de lo que había hecho. Joder, ¿entonces por qué se sentía culpable? Cerró los ojos viendo el rostro de Hela cuando disfrutaba de sus caricias horas antes y esos ojos verdes que le miraron con deseo, pero después esos ojos se llenaron de lágrimas torturándole toda la maldita noche.

Kol se despertó sintiéndose agotado. Y no le extrañaba porque no había pegado ojo hasta que casi era la hora de levantarse. Se levantó gruñendo y miró hacia el fuego que se había apagado. Frunció el ceño al ver a Hela en la misma posición que la noche anterior, pero seguía temblando. Se levantó y se puso los pantalones. —¿Hela? —preguntó para comprobar si estaba despierta. Se puso las botas sin dejar de mirarla y cuando la escuchó gemir se tensó. Se agachó tras ella y la cogió por el hombro—. ¿Hela? —La volvió y Kol se enderezó al ver que sudaba y que su cara estaba muy sonrosada. Apartó la piel viendo que la de debajo estaba empapada y juró por lo bajo cogiéndola en brazos para llevarla hasta la cama. Estaba helada. Ni se enteró de que la tumbaba. Desgarró su camisón a toda prisa y la volvió con cuidado para ver que varias de sus heridas estaban amarillas. Palideció

tumbándola de nuevo y la tapó todo lo que pudo antes de salir corriendo al pasillo y gritar —¡Traedme a mi tía!

Su amigo Eigil salió de la habitación de al lado ya vestido y con la espada en la mano. —¿Qué ocurre?

—¡Vete a buscar a mi tía, date prisa!

Eigil asintió antes de correr hacia la escalera. Kol entró en la habitación y encendió el fuego de nuevo. Apretó los labios al ver la sangre en la piel del suelo. Tocó la sangre que aún estaba húmeda. La noche anterior la había golpeado contra la pared y no se había puesto el ungüento. Juró por lo bajo incorporándose y miró hacia la cama. Hela seguía temblando mientras el sudor perlaba su rostro. En ese momento supo que no sobreviviría. Nadie sobrevivía a ese tipo de fiebres. Moriría antes de dos días y sintió que se le retorcía el alma.

Su tía entró en la habitación a toda prisa aún con su cabello sin recoger. —¿Qué…? —Al mirar a Hela chilló acercándose. —¿Qué ha ocurrido? —preguntó asustada llevando una mano a su frente. —¡Si ayer estaba bien! —Apartó sus pieles mirando asombrada a su sobrino cuando vio que estaba desnuda y sus muslos manchados de sangre. —¿No habrás sido capaz? —dijo sin aliento—. Está convaleciente, Kol.

Él se tensó. —¿Puedes hacer algo por ella o no? —le espetó furioso.

—Ayúdame a volverla —susurró sin poder creérselo.

Kol fue al otro lado de la cama y la cogió por el hombro colocándola de costado. Los ojos de Gimle se llenaron de lágrimas negando con la cabeza. —Tiene el mal en la sangre. Ahora solo los dioses pueden ayudarla.

Pálido asintió colocándola de nuevo en su sitio antes de arroparla otra vez. Su tía le miró apenada al ver la desesperación en sus ojos aunque intentaba disimularlo. —Voy a por el ungüento por si la ayuda en algo.

—Bien.

—No es culpa tuya. Sabíamos que después de los latigazos esto podía pasar. Ya ocurrió antes, solo que en ella ha tardado más.

Kol asintió sabiendo que solo quería que se sintiera mejor cuando sabía de sobra que aquello era culpa suya. La noche anterior estaba mucho mejor en casa de su tía. Tenía que haberla dejado allí, pero que otros hombres la pretendieran le volvió loco sacándola al frío en camisón y todo lo que ocurrió después. Sabía que eso no se lo perdonaría nunca. —Haz lo que puedas, tía —susurró mirándola.

—No tienes que pedirlo. —Reprimiendo las lágrimas salió de la habitación rápidamente.

Durante las horas siguientes su tía no se movió de su cama. Entre los dos le pusieron el ungüento y aunque la tía apretaba las heridas para sacar el mal, Hela ni se movió. Su temperatura subió de manera alarmante y sudaba tanto que la tía la destapó. Al ver el alivio en su rostro Kol entrecerró los ojos cogiéndola en brazos. Su tía gritó al ver que salía. —¿A dónde vas?

—A aliviarla. —Bajó las escaleras y ordenó —¡Abrid la puerta!

Eigil corrió abriéndole la puerta a su Jarl, que salió al exterior con la mujer desnuda. Todos estaban asombrados y más cuando le vieron tumbarla sobre la nieve. Minutos después volvió a cogerla en brazos y la metió dentro. La mujer temblaba de frío y su tía la cubrió con una piel antes de que la subiera a su habitación. Durante dos días y dos noches su Jarl hizo lo mismo varias veces al día hasta que no bajó más. Como en la aldea no había nada que hacer en invierno, todo el mundo estaba pendiente del estado de la esclava del Jarl. Todos esperaban que muriera y cuando dejó de bajar, se dieron cuenta que el momento estaba cerca.

Kol sentado al lado de Hela, vio lo pálida que estaba y lo mal que respiraba. Seguro que incluso había empeorado las cosas al sacarla al exterior. Su tía acercó a sus labios algo de agua, pero salió por la comisura de su boca. Gimle suspiró apartando la jarra de sus labios. —Hijo….

—No lo digas —susurró angustiado sin darse cuenta.

Gimle asintió y se acercó a Hela besándola en la frente. —Buen viaje, niña. —Se apartó limpiándose las lágrimas antes de salir de la habitación.

Kol apartó su cabello húmedo de su frente. —¿Qué sabrá ella? ¿Verdad, preciosa? Eres demasiado fuerte para rendirte. Te levantarás e intentarás matarme otra vez. Y no es que no me lo merezca. —Sonrió con tristeza. —Me lo merezco, ¿verdad? Y Galder también merece que te enfrentes a él. Y hasta puede que ganes porque a mí me tumbaste. No lo hace cualquiera, ¿sabes? Pero es que me pillaste desprevenido porque eres preciosa. —Acarició su mejilla. —La mujer más bonita que había visto nunca. —Pasó el dorso de su dedo por su labio inferior. —Pero no podía ser, ¿verdad? Tu dolor y mi orgullo no nos dejarían ser felices. —Se le cortó el aliento cuando movió los ojos de un lado a otro bajo los párpados antes de intentar abrirlos. —¿Hela?

Ella le miró a los ojos y susurró —¿Ya estoy muerta?

Kol la abrazó a él con fuerza. —No, estás aquí conmigo.

—¿Padre?

Cerró los ojos sintiendo el latido de su corazón. —Estás viva, preciosa.

—Quiero morir.

—Eso no va a pasar, ¿me oyes? ¡Ni se te ocurra pensar que me vas a

dejar! —La apartó por los hombros para mirarla a los ojos. —¡Vas a vivir! —le gritó perdiendo los nervios—. ¿Quieres matarme? ¿Quieres matar a mi hermano? ¡Pues tienes que vivir!

—Sí —susurró ella antes de cerrar los ojos de nuevo.

Pálido la cogió por la cara. —¿Hela? —Asustado apartó las mantas y puso el oído sobre su pecho, suspirando del alivio cuando escuchó el latido de su corazón. Parecía más firme que esa mañana y escuchó atentamente antes de incorporarse tocando su frente. Cerró los ojos del alivio porque había mejorado. Estaba seguro. Se tumbó a su lado tapándola de nuevo y por primera vez en dos días se quedó dormido.

Kol miró hacia el piso de arriba cuando escuchó las risas de Hela y su tía, que parecían estar pasándoselo en grande con las telas que estaban cortando para hacerle vestidos a su esclava.

Balmung le miró de reojo. —Algún día tendrás que subir, ¿no crees? ¿No estás harto de dormir en el salón? Ya llevas aquí dos semanas.

Le fulminó con la mirada y Balmung carraspeó antes de beber su cerveza. —Me callo.

—Eso pensaba.

Eigil reprimió la risa pasándose la mano por su barba rubia antes de decir —Cualquiera diría que tiene buena estrella. Sobrevive a una puñalada, a un viaje que pondría los pelos de punta a cualquier hombre, a un ataque de Kol, a latigazos y ahora a esto.

—Sí, se ha enfrentado a la muerte unas cuantas veces —dijo Balmung con admiración—. Tiene la fuerza de Thor.

Kol asintió bebiéndose su jarra de golpe. —¿Queréis dejar de hablar de mi esclava? —preguntó molesto porque no le había gustado nada la admiración de su amigo hacia Hela.

Ambos se miraron antes de echarse a reír y Kol gruñó de nuevo gritando —¡Más cerveza!

—No tienes que temer por nosotros, amigo. Yo soy un viejo y Eigil sabe no meterse en terreno ajeno. —Eigil asintió divertido. —Pero puede que los demás no piensen lo mismo porque he oído cosas.

—¿Qué cosas? —preguntó agresivo.

—Nada de importancia. —Parecía que iba a reírse a carcajadas en cualquier momento lo que le tensó más. —Algo sobre la historia de tu bisabuelo… —Kol entrecerró los ojos. —Y sobre como reclamó a su mujer cuando varios la querían antes de ser Jarl. ¿Recuerdas la historia?

Muy tenso siseó —Eso no va a pasar de nuevo.

—¿Ah, no? Casi se ha convertido en una tradición y si lo hizo el antiguo Jarl… Hijo, no puedes negarte.

Eigil se echó a reír a carcajadas al ver su rostro porque sabía que era cierto.

—Pues a ver quién es el primero que se atreve —dijo molesto.

—Sí, a ver quién es el primero.

Escucharon un griterío fuera y Hela se sentó en la cama mirando hacia la ventana cerrada y cubierta con una piel. —¿Qué es eso?

—Oh, nada. Niña quieres seguir escuchando lo que te estoy diciendo. ¿Este verde no es el mismo que te iba a regalar la vieja Brynja?

Miró distraída la tela antes de cogerla. —Es la misma.

—Sí, eso era lo que pensaba, ¿no? Kol ha debido comprársela.

La miró a los ojos sorprendida. —¿Tú crees?

—Sí, seguro que sí. —Se encogió de hombros como si diera igual. —Haremos un vestido maravilloso con esta tela, ya verás.

Los gritos fuera volvieron a distraerla y apartó las mantas. —¿Qué ocurre?

—Han retado al Jarl, eso es todo.

—¿Qué? ¡Si alguien tiene que matarle, esa tengo que ser yo! —gritó indignada haciendo reír a la tía que la vio ir hacia la ventana.

—¡Niña vuelve a la cama de inmediato!

Apartó la piel de la ventana antes de abrir el pestillo de madera para mirar al exterior. Asombrada vio a toda la aldea gritando en un círculo mientras Kol pegaba de puñetazos a un hombre bastante musculoso que no sabían ni por donde le venían los golpes. En cuanto el hombre cayó hacia atrás sobre la nieve todo el mundo vitoreó a su Jarl que levantó los brazos. —¿Quién es el siguiente?

—¡Niña vuelve a la cama! —gritó su tía haciendo que Kol levantara la mirada.

—¡Mujer cierra esa ventana!

Hela frunció el ceño sacando la cabeza. —¿Qué haces?

—¡No es asunto tuyo! ¡Ahora vuelve a la cama!

—¡Si alguien quiere matarte yo estoy primero!

Varios se echaron a reír y Kol gruñó por lo bajo antes de responderle —Se lo diré a mis enemigos.

—¡Eso! —Miró a los de la aldea y forzó una sonrisa. —Buenos días.

—Buenos días —respondieron todos a la vez.

Kol miró a su alrededor. —¿Alguien más?

Varios levantaron la mano y su Jarl señaló al que tenía en frente. —Pues terminemos de una vez.

El chico que no le llegaba ni al hombro no le duró ni dos minutos antes de que otro se tirara sobre la espalda de Kol casi lanzándole al suelo. —¿Qué hacéis? ¿Ejercicios?

—¡Sí! —gritó él agarrando al tipo por la espalda antes de tirarle sobre su hombro—. ¡Vuelve a la cama!

—No, esto es más interesante. ¡Qué alguien le golpee la rodilla! ¡Si le rompéis la pierna es más fácil!

Kol golpeó al del suelo en el estómago haciéndole gemir antes de mirarla exasperado. —No hace falta que les ayudes, preciosa.

—No, si yo es por ponértelo más difícil. A ver si así mejoras.

—Muy atenta. —Uno de sus guerreros golpeó a Kol en el costado y éste se volvió dándole un puñetazo en el rostro que le dejó sin sentido. Kol miró a su alrededor. —¿Alguno más?

—¡Sí, yo! —gritó ella desde arriba levantando la mano.

—¡Tú no puedes participar!

—¿Por qué? ¡No será porque soy mujer! ¡Porque casi te mato una vez!

Varios rieron y él le miró como si quisiera matarlos antes de volverse y gritar —¡A la cama!

—Bueno, en realidad sí que puede participar —dijo un anciano divertido—. Ella también puede luchar por su libertad.

—¿Mi qué?

—No, no puede porque es mi esclava. ¡Estos luchan por quedársela no por su libertad!

Hela se puso como un tomate y miró al viejo que se pasó la mano por la barba. —Es lo mismo, ¿no? ¿Qué diferencia hay entre su libertad o que se la queden ellos?

Todos asintieron. —¡Está enferma! —protestó Kol—. ¡No voy a luchar con una mujer enferma! ¡Sobre todo porque ya es mía!

—Pero ya has aceptado el desafío de tu pueblo y ella ahora vive aquí.

—¡No quiero hacerle daño!

—Pues no luches. Será libre porque habrá ganado ella y podrá elegir al hombre que guste.

—Eso —gritaron varios emocionados sonrojándola aún más.

Kol gruñó mirando hacia arriba y puso los brazos en jarras. —Preciosa, ni se te ocurra bajar.

—¡Ahora voy!

Apretó los puños gruñendo y se volvió hacia Balmung. —Tú y yo ya hablaremos, viejo.

Él soltó una risita. —Será interesante ver lo que ocurre ahora. La niña merece la libertad por su valor.

—Viejo metomentodo. ¡Es mía!

—Tendrás que demostrarlo. —Sonrió malicioso. —Sin dañarla.

Para su sorpresa Hela llegó con su ropa puesta que le quedaba enorme y las botas de su tía. Encima de su camisa llevaba una piel pequeña cubriéndole la espalda y el pecho. Sujetándose los pantalones en la escalera gritó sonriendo de oreja a oreja. —¿Alguien me deja un cinturón? ¿O dos?

Aparecieron ante ella varios y se sonrojó de gusto. —Que amables.

Se colocó primero uno que le sujetara los pantalones y después otro que le sujetara la piel al torso. —¡Te vas a hacer daño en la espalda! —dijo molesto al ver que estaba satisfecha con el resultado.

—No. Ahí ya estoy mucho mejor. Lista. —Bajó los escalones mientras varios la miraban fascinados porque ni se había recogido el cabello.

—Hela, no quiero hacerte daño.

—¿De veras?

—¡Vas a forzar la espalda de nuevo y te volverás a poner enferma!

—¡Yo también quiero mi oportunidad de patearte el trasero!

Varios se echaron a reír y Kol les miró con ganas de que desaparecieran. Hela se agachó sujetándose en las palmas de las manos y le golpeó en la frente con la parte de detrás de las botas. Kol del impacto cayó hacia atrás con ella encima sentada a horcajadas y le sujetó sin piedad de su cabello negro antes de golpearle la cabeza contra el suelo con saña varias veces. —Maldito cabrón. ¡Tenía que haberte matado el primer día! —le gritó a la cara como una desquiciada por toda la rabia que tenía dentro—. ¡Te voy a despellejar vivo! —Le pegó un puñetazo antes de quitarse el cinturón de la cintura tan rápidamente que era obvio que no se lo había atado, rodeando su cuello con él para colocarse tras Kol apoyando los pies sobre sus hombros y apretando con fuerza.

Eigil miró a Balmung. —¿Crees que deberíamos intervenir?

—Esperemos a que se ponga azul.

Kol llevó su mano hacia atrás arrancándole la piel que la cubría, pero Hela estaba tan furiosa que ni se inmutó. Con las dos manos apartó sus pies de sus hombros de golpe y Hela cayó hacia delante al perder el apoyo antes de recibir un cabezazo de Kol. Hela puso los ojos en blanco antes de caer sobre él sin sentido.

Todos suspiraron del alivio como si hubieran temido de verdad por su vida y se levantó apartándola con cuidado. La cogió en brazos delicadamente sonriendo orgulloso. —¿Es mía o no?

Balmung se echó a reír. —Esperemos que puedas disfrutar de tu valkiria unos años porque intentará rebanarte el cuello en cuanto tenga oportunidad.

—Bah, solo tengo que apartar los cuchillos de su alcance.

Las risas le acompañaron hasta su casa y él la miró entre sus brazos. Hizo una mueca al ver la zona sonrojada de la frente. Esperaba que eso no la enfadara más. Al fin y al cabo había sido idea suya.

Su tía hizo una mueca al entrar en la habitación. —Lo sé, no hace falta que me lo digas. ¡Pero no iba a dejar que me ahogara!

—No. Por supuesto que no. —Parecía que se lo estaba pensando y él la miró indignado dejándola sobre la cama. —Vaya, le va a salir otro morado. —Por como lo miró parecía que había matado a su perro por la decepción de su rostro.

—¡Tía! —Se apartó la piel para mostrarle el cuello y ella chasqueó la lengua como si sus marcas no tuvieran importancia.

—Con lo contenta que estaba hoy con sus telas nuevas.

Él gruñó cruzándose de brazos. —¡Eso pasa porque la dejaste mirar por la ventana!

—¿Lo dices en serio cuando casi te mata hace unos minutos? Yo no me pongo en su camino porque me arrastraría.

Kol no pudo evitar sonreír orgulloso. —Sí, ¿verdad?

—No sonrías tanto porque como ha dicho antes, eres el primero en su lista.

—Bah, son cosas que se dicen en combate.

—¿No me digas? Vigila tu espalda, sobrino. Ya lo ha intentado dos veces. Te aseguro que lo intentará de nuevo y a la tercera siempre va la vencida.

Perdió la sonrisa de golpe gruñendo cuando Hela abrió los ojos llevándose la mano a la frente. Fijó la mirada en él apretando los labios y siseando —Perro sarnoso.

—Hela, controla tu lengua —le dijo como si fuera una niña traviesa.

—¡Cabrón!

La tía hizo una mueca. —Uff, todo lo que tengo que hacer.

—Veo que no estás de muy buen humor. Tú te lo buscaste. Has salido muy bien parada teniendo en cuenta que te ordené que no tenías que haber bajado.

—Espero que Odín te meta un rayo por el culo, miserable hijo de…

Le tapó la boca advirtiéndole con la mirada. —Preciosa, ¿se te está yendo la cabeza? No me extraña. Han sido muchas cosas en poco tiempo. Pero como ya te he dicho antes, vuelve a hablarme así y te dejo el trasero en

carne viva.

Le mordió la mano con saña y él la apartó de golpe antes de que Hela se pusiera de pies en la cama de un salto y se tirara sobre él agarrándole de los pelos. Kol la sujetó por el trasero dejándose caer en la cama y ella perdió el aliento por su peso soltando su cabello. Él sonrió —¿Una tregua?

—¡Muérete! —le gritó a la cara.

Las manos en su trasero amasaron sus nalgas por encima del pantalón y ella intentó arañarle. Riendo le cogió las manos a tiempo y Hela le miró asombrada. —¿De qué te ríes, imbécil?

—De que nunca te rindes. Ni siquiera al borde de la muerte —respondió mirándola con deseo. A Hela se le cortó el aliento y su corazón saltó en su pecho—. Pero esto no lo vas a conseguir, mi valkiria. No te vas a librar de mí fácilmente.

—Lo conseguiré. Te mataré a ti y al cabrón de tu hermano.

—Puede que ya esté muerto si no ha llegado a casa. ¿No lo has pensado?

—Odín no puede quitarme esa satisfacción.

—Yo resolveré este asunto —dijo con voz ronca apretando su pelvis contra ella haciendo que su sangre latiera alocada por sus venas—. Y tú, como mi esclava, acatarás mis órdenes.

—Eso jamás. Mátame si quieres, pero no voy a dejar que Galder se libre de esto.

—Lo hablaremos cuando regrese. Si regresa.

Apretó la pelvis contra ella de nuevo y con la respiración agitada ella susurró —¿Vas a tomarme de nuevo? Estoy enferma.

—Hace un momento estabas perfectamente —dijo antes de atrapar sus labios besándolos con pasión. Hela gimió abriendo su boca y él la invadió saboreándola con desesperación. Sin darse cuenta llevó las manos a sus hombros disfrutando de sus besos. Tanto que ni fue consciente de que subía su camisa mostrando sus pechos y acariciándolos con pasión. Hela gimió separando su boca cuando acunó su pecho y Kol agachó la cabeza elevándolo entre su mano para acariciar su pezón con la boca, sobresaltándola por el rayo que la atravesó. Cuando lo metió en su boca y chupó con ansias Hela se arqueó gritando de placer. Sentía que ardía y mareada de necesidad, gimoteó al sentir las caricias de sus labios bajando por su vientre hasta su ombligo. Kol arrastró sus pantalones por sus caderas y acarició con su rasposa mejilla esa suave piel, antes de hundir su boca en su sexo chupando con ansias. Hela gritó de la sorpresa y al verse liberada de sus ropas, abrió las piernas sin darse cuenta queriendo más. Sin dejar de torturarla de placer, Kol subió sus manos acariciando sus pechos antes de que atrapara su clítoris con fuerza, haciendo que Hela sintiera que todo su cuerpo se tensaba de tal manera que pensó que

había llegado al Valhala.

Kol se incorporó viendo el éxtasis en su rostro antes de llevar las manos hacia atrás quitándose la camisa. Ni había abierto los ojos todavía cuando se quitó las botas y dejó caer sus pantalones al suelo. Se tumbó sobre ella y Hela suspiró por el roce de su piel contra ella. Kol se hizo espacio entre sus piernas y besó su cuello. Cuando se apartó vio sus ojos verdes y sonrió acariciando su cabello. —¿Te ha gustado, preciosa?

—Mucho. —Se le cortó el aliento cuando entró en ella lentamente y Kol besó su labio inferior llenándola totalmente. Se apartó para mirar su rostro y preguntó —¿Y esto te gusta?

Ella clavó sus uñas en sus hombros sin ser consciente de ello, desesperada por que se dio cuenta de que le necesitaba. Kol gruñó moviéndose lentamente y Hela gimió apretando su interior como si quisiera retenerle. —Preciosa… —Entró en ella con fuerza y Hela gritó sorprendida por el placer que la traspasó. Y lo repitió una y otra vez de manera lenta. Hela, desesperada por liberarse, abrazó sus caderas con las piernas antes de que entrara en ella de nuevo. Se miraron a los ojos y él susurró —Eres mía, preciosa. Puede que lo niegues hasta el día de tu muerte, pero eres mía. Estás destinada a mí. —Entró en ella con fuerza y aceleró el ritmo, provocando que gritara de placer hasta que su vientre se tensó con fuerza haciendo que todo su ser estallara de éxtasis.

Capítulo 7

Una caricia en el trasero la hizo gemir sobre su pecho y Kol rió por lo bajo dándole una palmadita que la despertó de golpe. Hela parpadeó mirando sus ojos grises. —¿Qué?

—¿Cómo que qué? Debes levantarte.

—¿Para qué?

—Para atenderme en el desayuno. —Acarició su nalga de nuevo.

—¿Es que no sabes desayunar solo?

Kol reprimió una sonrisa al ver su indignación. —Sí, aprendí hace muchos años, pero eres mi esclava y debes encargarte de mi desayuno.

Hela frunció el ceño. —No sé ser esclava.

—Pues tendrás que aprender. —La besó en el labio inferior y Hela se apartó mosqueada. Kol reprimió la risa de nuevo. —¿Qué?

—No soy esclava. No lo soy.

—Sí que lo eres, preciosa. Eres mi enemiga y te he atrapado. Eres esclava. —La cogió por las axilas sentándola a horcajadas sobre él. —Y estoy seguro de que se te dará muy bien. Te asegurarás de que tengo todo lo que necesito en la casa como es tu obligación. No es un trabajo difícil porque solo tienes que ocuparte de mí.

Ella apoyó sus manos sobre su pecho dejando que su melena cayera a un lado. Sonrió maliciosa. —¿Solo eso? —Pasó su sexo por encima del suyo acariciándolo. A Kol se le cortó el aliento por lo rápido que aprendía.

—Solo eso —dijo con voz ronca antes de cerrar los ojos cuando repitió el movimiento. Antes de darse cuenta estaba solo en la cama y sorprendido se apoyó en sus codos para verla vistiéndose con su ropa de nuevo a toda prisa—. ¿A dónde te crees que vas?

—A prepararte el desayuno, amo —dijo con ironía.

—¡Ven aquí y acaba lo que has empezado, Hela!

—Uy, no. Que es muy tarde. Tiene pinta de ser casi mediodía. Menudo Jarl que se levanta a estas horas. ¡Hay que levantarse al alba! —Fue hasta la puerta con las botas en la mano. —Mejor te preparo la comida.

Cerró dejándole con la palabra en la boca y asombrado miró hacia abajo viendo su sexo totalmente erecto. Él hizo una mueca. —Lo ha hecho a

propósito. Pero ya nos vengaremos esta noche.

Hela soltó una risita poniéndose las botas en las escaleras. Las bajó hasta el salón y al mirar a su alrededor vio a su izquierda el hogar donde estaba Gimle hablando con dos mujeres que estaban trabajando. Los que estaban en la mesa la observaron acercarse a la zona de la cocina y Balmung susurró —Los cuchillos.

—Yo no le quito ojo —respondió Eigil sin parpadear.

—Eso si no le ha matado ya —dijo Brander antes de beber de su jarra. Se pasó la mano por su oscura barba castaña—. ¿Deberíamos comprobarlo?

Los tres miraron hacia Hela que sonreía a Gimle cogiendo el pan para ponerlo en la mesa. —Atentos —dijo Eigil mosqueado. Hela cogió el cuchillo que tenía cerca y partió el pan en varios trozos. Dejó el cuchillo sobre la mesa de madera haciéndoles suspirar del alivio. —Falsa alarma.

Fue hasta el hogar y cogió carne del cabrito que estaba al fuego con el cuchillo que estaba allí al lado. —No le matará. Con lo que gozaba esta noche, es imposible que le mate —dijo Eigil más tranquilo.

—Yo creo que deberíamos comprobar que aún está vivo —repitió Brander reteniendo la risa—. Es imposible que un hombre sobreviva a una

noche con esa mujer con la energía que tiene.

Los tres se echaron a reír y Hela se volvió con el plato en la mano. Escucharon pasos en la escalera y las risas se hicieron mayores cuando Kol apareció en el salón. Bajó los tres escalones que le quedaban y un cuchillo se clavó en la barandilla justo cuando la soltaba. Todos miraron hacia Hela que chasqueó la lengua. —Tienes razón, amo. Debo practicar más.

—Yo no te he dicho eso, preciosa.

—Me dijiste que me asegurara de dar en el blanco. Para eso tengo que practicar.

—Pues practica con otro. —Como si nada fue hasta la mesa sentándose a la cabecera. —¡La comida, mujer!

—Enseguida, amo. ¿Necesitas cuchillo?

Él la miró divertido. —Pues sí. No tengo mi puñal conmigo.

—Ya me había dado cuenta.

—Tienes los días contados —dijo Eigil pasando su dedo por debajo del cuello.

Hela se acercó con el plato casi tirándoselo sobre la mesa con el pan al lado antes de agacharse y sacar de su bota el cuchillo, que debía haber cogido de la cocina, y clavarlo sobre el pan atravesándolo. —¡Listo, amo!

Kol divertido la cogió por la cintura pegándola a su torso. —¿Y la

bebida? Es lo primero que debes poner.

Ella abrió los ojos como platos. —Oh, es verdad. —Cogió la jarra de Brander que estaba llena de nuevo y se la puso delante. —¡Listo, amo!

Los chicos se rieron por lo bajo. —Perfecto. Ahora come tú. Estarás hambrienta. —Le dio una palmadita en el trasero y Hela gruñó volviéndose.

—Esto no tiene buena pinta —dijo Eigil viéndola ir hacia la zona de la cocina.

—Claro que sí. —Cogió el cuchillo desclavándolo de la mesa y mostrándole el pan satisfecho. —No ha intentado clavármelo.

Los cuatro la miraron y estaba con la mano apoyada en la mesa de la cocina mientras que en la otra tenía un pedazo de carne. Lo mordía con una saña aterradora sin dejar de mirarle. Los hombres carraspearon. —Igual está aún algo enfadada. Se le pasará.

—¿Quien se quedará al cargo si nuestro Jarl muere ahora que Galder no está? —preguntó Brander con la boca llena.

Miraron a Kol que se quedó con la jarra a mitad de camino de la boca. —¡Por Odín, no me había dado cuenta de que no tengo heredero! ¡Vivo tan tranquilo desde que Galder no está, que ni me había percatado de ese detalle!

—Bueno… tranquilo, lo que se dice tranquilo…

Todos miraron a Hela de nuevo que desgarraba con los dientes un

pedazo de carne mirándole con inquina. Kol frunció el ceño mirándola de arriba abajo. —No hay problema. Antes de que nos demos cuenta habrá un heredero. Y si muero antes, Eigil se quedará al cargo.

Su amigo le miró sorprendido. —Gracias Jarl, pero procura no morirte.

—Haré lo que pueda. Ahora contadme qué novedades hay. Hace semanas que no me encargo de mis obligaciones. ¿Algún desperfecto con la tormenta de nieve?

Hela les observó hablar y vio que Kol ya tenía el plato vacío. ¿Le habría puesto poco? Cogió un trozo de queso y otro de pan antes de acercarse a la mesa de nuevo golpeando con él la superficie de madera, para luego volverse y regresar a su sitio. Kol levantó una ceja mirando a sus hombres que sonrieron satisfechos.

Ella se preguntó de qué hablarían. Seguramente de por qué no le había intentado matar de nuevo. Pero no era tonta. Podía hacerlo perfectamente en su cama sin gente alrededor.

Se pasó el resto del día de lo más aburrida ayudando a Gimle en tareas domésticas. Las hacía con gusto porque no le gustaba estar parada, pero prefería estar haciendo otra cosa. Después de darle la cena a Kol ayudó a recoger y vio que los hombres se trasladaban a unas sillas cerca del fuego y

por tanto cerca de ella. Le recordó a su casa y más cuando Gimle se puso a bordar. Sin saber qué hacer e intentando olvidar esos tristes pensamientos, fue hacia las escaleras sintiendo la vista de Kol sobre ella.

Se desnudó totalmente metiéndose en la cama y se arropó mirando el fuego, dándose cuenta de que no pertenecía a ese sitio. Ahora no pertenecía a ningún sitio. Ya no tenía hogar. Pensó en sus hermanos y se preguntó si su hermano Ivar ya habría llegado a casa. También pensó en Shelby y en lo que estaría haciendo. Seguro que ya estaría acabando su ajuar, deseando verla o saber de ella. Puede que no volviera a verla nunca.

Se tumbó de costado intentando olvidarse de ello. Aquello era un pasado que no regresaría jamás y era inútil recordarlo. La risa de su madre fue lo último que recordó antes de quedarse dormida.

Unos brazos la rodearon abrazándola por la espalda y volvió la cabeza sobresaltada para ver a Kol tras ella. —Eh… Soy yo.

—Debe ser por eso.

Él sonrió mientras que se giraba entre sus brazos para pegar la mejilla a su pecho. —Cielo, ¿dónde está el cuchillo?

—¿El qué? —preguntó haciéndose la tonta.

—Falta un cuchillo de la cocina.

—No sé. ¿Estás seguro?

—Está debajo del colchón, ¿verdad?

—Puede. —Suspiró cerrando sus ojos. —Estoy cansada.

—Es que no has parado y aún estás convaleciente.

—Aquí me aburro.

Kol apretó los labios acariciándole el cabello. —Los inviernos son largos.

—En casa tenía a mis hermanos…

—Lo sé. Pero aquí vas a hacer amigos. Ya verás.

—¿Para qué? No me voy a quedar mucho tiempo —susurró antes de quedarse dormida.

Él miró el techo durante muchos minutos pensando en su situación. Una esclava que había sido desterrada de su hogar y que solo tenía un objetivo en la vida, que era vengarse de él y de su hermano. No querría ligarse a nada de lo que tuviera alrededor y él tendría que hacer que no fuera así, porque sino la perdería tarde o temprano. La mano de Hela bajó por su vientre y se le cortó el aliento cuando agarró su miembro con suavidad, acariciándolo de arriba abajo hasta que estuvo duro como una roca. Kol gruñó volviéndola antes de atrapar sus labios desesperado por entrar en ella

hasta hacerla gritar de placer y grabarse en su piel para que no le olvidara jamás.

Hela parpadeó viendo a los dos bebés en brazos de la mujer que acababa de llegar. —¿Perdón?

—Ulla necesita ayuda con los bebés. Ya tiene doce hijos y no puede más. Se los cuidarás unas horas al día para que se dedique a sus otros hijos —dijo Kol desde la cabecera de la mesa.

Impaciente se acercó a la mujer, que era cierto que parecía agotada. Sin aliento miró la carita de uno antes de mirar al otro. —Son iguales.

—Sí —dijo la mujer sonriendo de oreja a oreja—. Del mismo parto.

—¿Eso puede pasar? En mi pueblo no ha pasado nunca.

—Pues yo ya he tenido dos partos de dos. —Le puso en brazos a uno y después al otro. Agobiada vio que se ponían a llorar y la mujer le guiñó uno de sus ojos castaños. —No pasa nada. Lo hacen mucho.

Hela se movió de un lado a otro. —¿Cómo se llaman?

—Oh, aún no tienen nombre. Mi hombre no se decide. Igual para el año que viene… Es que así no hay quien los distinga. —Y sin más se largó.

Asombrada y muerta de miedo miró a Kol que carraspeó girándose.

—¡Sí, ahora olvídate del asunto!

—Mujer, están llorando. Muévete.

No lloraban, berreaban, y nerviosa se movió de un lado a otro. Era difícil tenerlos a los dos en brazos y al cabo de dos horas, se acercó a Kol que seguía hablando con los hombres como siempre y se los puso en brazos antes de gritarle a la cara —¡Me duele la espalda! ¡Muévete tú!

Sin más subió a su habitación y todos escucharon el portazo.

Kol hizo una mueca mirando a los niños que sorprendidos con el grito se le habían quedado mirando con los ojos como platos. —Vete practicando, jefe. No me parece que sea muy niñera —dijo Eigil divertido.

—Es que está cansada.

—No me extraña. No la dejas dormir.

Los chicos se echaron a reír a carcajadas y Kol gruñó mirando a su tía que se hizo la loca. —¡Tía!

—Ni hablar, a mí no me metas.

—Lo he hecho para que esté entretenida.

—Pues ahora sí que la has hecho buena. Ésta no sale más de su habitación. Y encima le acabas de quitar las ganas de tener uno de esos. Eso seguro.

Asombrado miró a sus hombres. —¿Habla en serio?

Sus hombres asintieron y los bebés se echaron a llorar de nuevo. —Que alguien vaya a llamar a Ulla —siseó después de diez minutos.

Brander se levantó en el acto. —Me voy yo. Ya me duele el oído.

Kol miró a Balmung. —¿Alguna sugerencia?

—Que como no te muevas no se van a callar.

—¡Me refiero a Hela, viejo!

—Ah… ¿qué le gusta? Porque está claro que los niños no. Al menos tan pequeños.

Kol entrecerró los ojos. —Es eso. Me he equivocado de edad.

—Jefe, ¿no crees que deberías probar otra cosa? —Eigil bebió de su jarra. Sus ojos brillaron. —Ya lo sé. Deberías enseñarla a tirar al blanco con un puñal. No atina muy bien. Seguro que eso le gusta.

—¡Sí, para que me mate!

—Que se haga ropa, Jarl —dijo Balmung divertido—. Así se entretendrá.

—Eso tampoco la divierte. Cuando cose se nota que lo hace sin ganas.

—¿Y para qué quieres que se divierta?

Sus amigos parecían asombrados y Kol gruñó mirando atónito a los niños, que se habían quedado dormidos. Sonrió encantado.

Balmung sonrió. —Vas a ser un padre magnífico. Es una pena que no te cases.

—Ya tengo mujer, no necesito esposa.

—Es una esclava. No es tu mujer —dijo Eigil asombrado—. Si tú mueres, la heredaré yo.

Kol levantó la vista de los niños fulminándole con la mirada y Eigil carraspeó. —Voy a dar una vuelta. A ver si ha dejado de nevar y pesco un poco.

Balmung suspiró. —Ha tenido poco tacto, pero ha dicho una verdad enorme.

—No necesito esposa. La tengo a ella. Me dará hijos.

—No es una Solberg. No querrás problemas en el futuro. Los hijos de una esclava no tienen apellido. —Apretó los labios. —Y debes ser razonable. O te casas con ella o asumes que sus hijos serán bastardos tuyos. Y dudo que ella te acepte en matrimonio.

—Es una desterrada. ¡Si yo dijera que es mi esposa, sería mi esposa y no hay más que hablar!

En ese momento entró Ulla resignada. —No ha aguantado mucho. Pensaba que tenía la piel más dura. —Miró con sorpresa a sus hijos. —¡Se han dormido! Esta mujer tiene un don divino, no hay duda.

—He sido yo.

Ulla le miró sin creerse una palabra, cogiendo a sus hijos encantada. Kol gruñó viéndola irse. —La adoran.

—¿Te extraña? Se ha ganado la admiración de todos. Incluso la tuya. No sería mala esposa. Siempre que no te mate, claro.

—¿Quieres dejar de decir eso? Se le ha pasado ya. —Se levantó molesto mirando hacia la escalera.

—Ánimo Jarl. No puede ser para tanto.

Salió del salón y subió las escaleras. Estaba abriendo la puerta cuando algo cayó sobre ella. Asombrado vio el filo de un hacha que había atravesado la puerta. Estaba furiosa, eso estaba claro. —¡Preciosa, voy a entrar!

—¡Atrévete!

Él abrió la puerta y vio como tiraba un cuchillo al aire cogiéndolo por el filo. Se apartó justo a tiempo de que se clavara en el marco de la puerta. Kol levantó una ceja. —¿Ya te has desahogado?

Le miró frustrada. —¡Te odio!

—¿Por qué? —preguntó asombrado cerrando de un portazo.

—¡Yo no soy como ellas! —gritó desgañitada. A Kol se le cortó el aliento al ver que sus ojos verdes se llenaban de lágrimas—. ¡No sé hacer esas cosas!

—Sí que sabes. Todas las mujeres saben.

Negó con la cabeza volviéndose para ocultar las lágrimas y Kol suspiró acercándose y abrazándola. La besó en la sien. —No llores. Es que son dos de golpe y te has puesto nerviosa.

—No me gustan. —Hipó pasándose las manos por los ojos.

—Cuando los viste sonreíste.

—Es que me apetecía cogerlos, pero después no me gustó.

—Porque no son tuyos.

—Me han crispado los nervios. —Kol rió tras ella y se volvió indignada. —¡No tiene gracia!

—A mí también me crisparon los nervios, te lo aseguro.

—¿De verdad?

Kol la besó en los labios. —Repito, es porque no son nuestros.

Le miró a los ojos. —¿Has dicho nuestros? —Negó con la cabeza asustada. —No podemos…

—Claro que sí. Cuando los envíen los dioses, tendremos hijos. Porque eres mi esposa.

Palideció dando un paso atrás. —¿Qué dices Kol?

—Me he acostumbrado a ti. Eres mi esposa. Lo dice tu Jarl.

—No. —Negó con la cabeza horrorizada y Kol se tensó con fuerza. —No puedes hacer eso.

—Eres mi esposa. No hay más que hablar. —Se volvió y salió de la habitación cerrando de un portazo.

—Ni hablar, ¿me oyes? ¡No seré tu esposa! ¡Debería haberte matado el primer día! ¡Maldito Eigil! Maldito Galder y… —Apretó los puños con fuerza. —¡No eres mi marido! ¡Me niego!

Todos miraron hacia arriba mientras Kol atravesaba el salón furioso. Gimle sonrió. —Ya se le pasará.

Su sobrino gruñó saliendo de la casa con ganas de matar a alguien. Su tía chasqueó la lengua. —Ha herido su orgullo al rechazarle.

—Y él el de ella —dijo Balmung levantándose—. Ella tiene una misión y siente que traiciona a su familia. Esto no va a acabar muy bien, te lo digo yo.

Gimle apretó las manos acercándose. —¿Tú crees? ¿Qué debemos hacer?

—No podemos hacer mucho. Esperemos que su relación sea mucho más fuerte cuando regrese Galder.

—¿Crees que regresará?

—Uy, seguro que regresa. Mala hierba nunca muere.

Hela estaba sentada en la cama en camisón mirando el fuego frente a ella pensando en todo lo que había ocurrido en unos meses. Estaba tan confundida respecto a Kol. Adoraba dormir con él, pero algo en su interior le impedía ser feliz, porque el sentimiento de culpa por compartir lecho con el hermano del asesino de su padre, la torturaba continuamente.

La puerta se abrió lentamente y Kol metió la cabeza como si esperara que le lanzara algo que se la partiera. Cuando sus ojos se encontraron, Kol frunció el ceño antes de acercarse sentándose a su lado. —¿Qué pasa, preciosa?

—Nada.

Él la cogió en brazos sentándola sobre sus rodillas y apartó su cabello para mirarle bien la cara. —A mí no me mientas. Estás triste. ¿Tan malo es ser mi esposa? —Sorprendiéndole le abrazó y Kol la pegó a él. —Dímelo. Los matrimonios se lo cuentan todo.

—No somos matrimonio —susurró contra su cuello.

—Sí que lo somos porque lo he dicho yo. —La cogió por el cabello apartando su cara para mirarla a los ojos. —¿No puedes olvidarlo todo? ¿Empezar aquí conmigo una nueva vida?

—No. —A Kol se le rompió el alma al ver como sufría mientras una lágrima caía por su mejilla. —No puedo hacerlo.

—¿Es por el castigo que te infligí? Por cómo me comporté contigo aquella noche.

—Intenté matarte. Soy tu enemiga. Deberías haberme matado.

—Entonces…

—¿Por qué no lo hiciste?

Kol retuvo el aliento. —¿Qué quieres decir?

—Deberías haberme matado. Cualquiera lo habría hecho, pero tú no. ¿Por qué?

—Te entendí. Yo hice lo mismo. Me vengué de la muerte de mi padre.

—¿Me entiendes? —preguntó angustiada.

—Claro que sí, preciosa. Pero debes olvidarlo para seguir adelante.

—¿Tú lo harías?

Kol se tensó con fuerza. —No. Me dejaría la vida para matar a quien nos ha dañado.

Ella le miró a los ojos. —Tú nos has dañado. Puede que no le ordenaras a Galder que matara a mi padre, pero ibas a hacerlo.

—Preciosa yo... —Sorprendido sintió un dolor lacerante en la espalda y ella le miró con los ojos como platos levantándose de un salto. Kol levantó la mano pasándosela por el hombro y se sacó el cuchillo lleno de sangre de la espalda. —¡Estás loca, mujer! —gritó furioso levantándose y asustada dio un paso atrás mientras él dejaba caer el cuchillo al suelo. Se tambaleó a su derecha mirándola aún con asombro y a Hela se le retorció el corazón porque era obvio que no se lo esperaba. —Hela…

Con los ojos llenos de lágrimas le vio desplomarse ante ella. —Lo siento, lo siento mucho pero no podía ser.

A toda prisa se volvió cogiendo la ropa de él que había llevado durante el día y se vistió sin querer mirarle. Pero cuando estuvo lista se agachó para coger el cuchillo y no pudo evitar girar la cabeza hacia él. Siguiendo un impulso se arrodilló al lado de su cara y susurró acariciando su mejilla con la suya —Si hubiera sido libre para amar a un hombre, ese hombre hubieras sido tú. —Besó su sien con ternura y una lágrima rodó por su mejilla hasta él antes de levantarse y salir de la habitación.

Escuchó si había alguien en el salón y llegó hasta ella un murmullo. Juró por lo bajo preguntándose quién sería porque seguro que las mujeres que atendían al Jarl ya se habían retirado. Bajó la mitad de la escalera sin hacer ruido y aprovechando que estaba entre sombras agachó la mirada para ver que Balmung y Eigil estaban charlando con unas jarras delante. Se pasó las

manos por las mejillas borrando las lágrimas y miró hacia arriba. Sabía que Eigil dormía en la habitación de al lado de la suya. No había mucha distancia hasta el suelo desde su ventana. Si es que la tenía, pero por mirar no perdía nada. Corrió escaleras arriba y abrió la puerta suspirando del alivio cuando vio la piel en la pared de piedra. Corrió hacia ella y la arrancó abriéndola a toda prisa. Nevaba con fuerza, pero ya no había marcha atrás. Sacó una pierna y después la otra sentándose en el alféizar de la ventana. Sin pensárselo mucho porque no tenía ni idea de lo que había debajo de la nieve se tiró. Al caer rodó hasta el camino. La puerta se abrió de repente iluminándola y escuchó —Se lo diremos maña… ¿Hela?

Se levantó lo más rápido que pudo y salió corriendo. —¡Hela! ¡Eigil da la alarma! ¡Se escapa!

—¡Kol! —gritó su amigo.

Hela se mordió el labio inferior angustiada porque no le respondería.

Capítulo 8

Principios de la primavera

Hela corrió lanzando el cuchillo que traspasó a la liebre por el vientre. Suspiró del alivio acercándose porque cada vez se le hacía más difícil cazar y estaba harta de tanto pescado. Cogió la pieza arrancando el cuchillo y lo limpió en la hierba que empezaba a brotar entre los restos de nieve, metiéndoselo en la bota. Caminó hasta su cueva subiendo la colina, asegurándose de que no dejaba rastro, y al llegar se sentó ante la gruta para despellejarlo. Hizo una mueca mirando la piel. Le serviría para algo. Escuchó el sonido de un cuerno y se tensó levantándose mirando hacia el fiordo. Apartó su cabello de la frente mirando de un lado a otro, pero no veía ningún barco. Se subió a una roca y como tampoco veía nada, siguió escalando hasta subir la montaña. Entonces lo vio. Una barca llegaba al embarcadero. Se

cubrió los ojos porque solo esperaba ver una cosa y en cuanto vio el cabello moreno, entrecerró los ojos antes de sonreír. Galder había regresado a casa. Había llegado la hora. Al fin.

Bajó las rocas con agilidad sintiendo sus fuerzas renovadas y siguió limpiando la liebre. Esperaría un par de días. Esa noche seguro que habría alboroto por su regreso como cuando sus guerreros llegaban a casa. Pensar en su familia le volvió a dar fuerzas como durante todo ese duro invierno. Hubo días sin comer nada por la falta de caza y por su miedo a bajar al fiordo para pescar y ser vista, pero lo había conseguido. Miró su arco apoyado en la pared de piedra y en las flechas que había tardado semanas en hacer. Las puntas estaban hechas de piedra que había raspado una y otra vez hasta conseguir el filo cortante y se había pasado días trenzando su cabello para asegurarlas a las varillas que había cortado de los árboles. Apretó los labios insertando la liebre en el palo que pondría sobre el fuego del interior de la cueva. Era un alivio que ya hubiera llegado porque más adelante en el tiempo la hubieran descubierto. Debido al inicio de la primavera se veía mucho más movimiento en la aldea y enseguida saldrían a cazar. Seguro que estaban hartos de pescado salado y querrían carne fresca. Casi había perdido la esperanza de que Galder llegara a tiempo, pero había ocurrido. Odín no le había dado la espalda.

Se preguntó cómo se tomaría la muerte de Kol. Cerró los ojos

apoyando los codos sobre las rodillas y dejando caer la liebre al suelo, respirando hondo para no llorar porque no podía evitarlo… Sus ojos antes de desplomarse ante ella no los podía olvidar. La torturaban a diario, pero lo peor eran las noches. Los sueños la acosaban recordando las pocas noches que habían pasado juntos. No recordaba cuando él la castigó con el látigo que había marcado su espalda para siempre. No, solo recordaba sus caricias y sus besos. Las horas que gozaron juntos y sus ojos al hacerle el amor. Y era una auténtica tortura. Pero ese era parte de su castigo por entregar su corazón a un enemigo.

Se pasó la mano por la mejilla para limpiar las lágrimas, sin darse cuenta de que la manchaba de sangre, y recogió la liebre levantándose para entrar en la cueva. Tenía que olvidarle. Tenía que seguir adelante. Al menos hasta haber matado a Galder. Ese cabrón dejaría de respirar dentro de poco.

Distraída girando la liebre sobre el fuego, miró su reserva de leña y asintió porque tenía suficiente. En un par de días iniciaría el regreso a casa si todo iba bien. Dejaría aquella cueva para siempre.

Después de alimentarse, se tumbó sobre las pequeñas pieles que había ido recopilando desde que se había escapado, que le hacían de colchón, y se tapó con la piel del lobo muerto que había encontrado en la misma cueva la noche en que escapó. Fue una suerte encontrarla. Cuando escapó varios hombres la siguieron y como iban hacia el fiordo, ella decidió subir la colina.

Cayó prácticamente en el interior de la cueva y gritó de miedo al ver la cara del lobo ante ella. Pero al darse cuenta de que no se movía, se echó a llorar del alivio. Para huir del frío despellejó el lobo en la oscuridad y se cubrió con su piel casi al amanecer. Cuando la luz inundó la cueva, vio que alguien que debía haberse refugiado allí en el pasado, había dejado unas ramas. Muerta de frío y con las manos temblorosas consiguió hacer fuego. Esa fue su peor noche porque pensó que moriría de frío, pero consiguió entrar en calor y empezó a organizarse. De día recogía leña que se secaba junto al fuego de noche y cazaba lo que podía o pescaba. Afortunadamente la pesca no faltaba, pero había días demasiado duros para bajar y tampoco quería arriesgarse. Pero ahora todo aquello ya quedaba atrás. Debía prepararse para descender la colina y enfrentarse a su enemigo.

Hela miró el cielo. Estaba a punto de oscurecer. Escondida tras un árbol vio que no había movimiento en la aldea. Ya se habían retirado porque se había puesto a llover con fuerza. Se había pasado dos días espiando la aldea de Kol para intentar descubrir donde estaban sus vigías, pero solo había encontrado a uno fiordo abajo. Muy cerca de donde Kol la había encontrado. Pero el cuerno había sonado cerca de la aldea, lo que indicaba que había otro apostado por allí. No había conseguido encontrar su casa, pero de todas

maneras daba igual porque había conseguido llegar hasta allí sin ser vista.

Giró la cabeza para ver luz dentro de la casa de Gimle. Mil veces se había preguntado que habría pensado ella de lo que había hecho. Seguramente la había maldecido una y otra vez por arrebatarle a su sobrino. Cerró los ojos girándose para apoyar la espalda en el tronco del árbol y respiró hondo. Un rayo atravesó el cielo encapotado y sonrió. —Sí, Odín… esta es la noche.

Se volvió para seguir espiando y vio como Eigil en camisa caminaba hacia la casa del Jarl con los labios apretados. Tenía la barba más larga y parecía cansado, pero ella no miró eso. Sino él hacha que tenía sujeto a la argolla de la cintura y el puñal de la espalda. Entrecerró los ojos. ¿Vendría de caza? No llevaba las piezas con él, pero eso no significaba nada. Aunque no se salía a cazar con el hacha a no ser que se esperara un ataque enemigo. Estaba preparado. Sonrió maliciosa. Estaba preparado para ella. No era estúpido y sabía que había una mínima posibilidad de que ella hubiera sobrevivido al invierno. Estaba claro que la llegada de Galder le había puesto alerta. No la intimidaba. En realidad, ya no la intimidaba nada.

Escuchó como se cerraba la puerta de la casa del Jarl y sin poder evitarlo miró hacia el embarcadero donde el cuerpo de Kol fue quemado al amanecer hacía meses. Ella lo había visto desde la colina mientras nevaba, sintiendo que se le rompía el corazón en mil pedazos. Había sobrevivido dos

días desde que ella le había apuñalado. Vio como la aldea rodeaba la balsa antes de que un hombre que no llegó a distinguir desde allí le prendiera fuego dejando que la barca se la llevara la corriente. Las lágrimas corrieron por sus mejillas viendo la barca pasar ante ella. En ese momento sintió lo mismo que hacía meses y se dijo que era estúpida. Furiosa consigo misma, se pasó el dorso de la mano por la mejilla antes de mirar hacia la aldea de nuevo.

Se hizo noche cerrada sin darse cuenta ni de que estaba empapada. No iba a cometer el mismo error. Hasta que no viera salir a Balmung de la casa, no pensaba moverse de allí. Minutos después se le cortó el aliento al ver la luz salir de la casa antes de cerrar la puerta. Las siluetas de dos personas pasaron en dirección a la aldea. Era un hombre y una mujer que hablaban en voz baja. Parpadeó asombrada al ver que entraban en la casita de Gimle. No quiso pensar demasiado en ello porque se quedó mirando la casa del Jarl varios minutos más. Había llegado la hora. Sacó el cuchillo de la bota y caminó lentamente hacia la puerta. Subió los escalones y tomó aire girando el cierre de madera. Apenas abrió una ranura que dejó ver el fuego casi extinguido del hogar, pero no escuchó voces en su interior. Metió la cabeza un poco solo para echar un vistazo y vio que el salón estaba vacío. Arrimó la puerta después de entrar, pero no la cerró por si tenía que escapar, para no perder el tiempo. Atravesó el salón pendiente de cada sonido y subió el primer escalón empuñando su cuchillo. Su corazón parecía que se iba a salir

de su pecho mientras seguía subiendo. Entrecerró los ojos al llegar arriba y ver una antorcha encendida en el pasillo. Antes eso no estaba allí. Bueno, al menos le facilitaba el trabajo. Miró las cinco puertas e ignoró la de Kol porque dudaba que Galder durmiera allí. También ignoró la de Eigil. Así que solo le quedaban tres. Miró la del otro lado de Kol. ¿No sería lógico que su hermano viviera a su lado? Caminó hacia allí y escuchó tras la puerta cerrada. La abrió lentamente tomándose mucho tiempo, recordando que la puerta de Kol chirriaba. El fuego estaba encendido lo que indicaba que la habitación estaba ocupada. Sigilosa entró en la estancia y caminó sobre las pieles para amortiguar sus pasos reteniendo el aliento. Había alguien durmiendo bajo las pieles y se dijo que debía tener mucho frío. Al ver el cabello negro entrecerró los ojos acercando el cuchillo a su cuello. La persona se volvió mirando hacia ella y juró por lo bajo al ver que no era Galder. Tenía su edad y su cabello negro, pero no era él.

Entrecerró los ojos y teniendo un presentimiento, se volvió para ver a Kol en la puerta solo vestido con sus pantalones de cuero y con una espada en la mano. La miraba de una manera heladora. La sorpresa la recorrió provocando que jadeara retrocediendo un paso y cayendo sobre la cama. El chico la agarró por el cabello poniéndole una daga en la garganta mientras aún asombrada perdió todo el color de la cara viendo como Kol se acercaba. —Hola, preciosa —dijo con voz grave—. No puedo decir que sea una

sorpresa.

—Me has tendido una trampa.

—Sabía que si estabas viva no podrías resistirte a esperarle. Después del invierno deberías estar impaciente por acabar tu misión. ¿No es cierto?

Le miró con rabia por lo cerca que había estado y levantó la barbilla. —Al parecer tengo un problema al apuñalarte. Nunca atino.

—No, preciosa. Esta vez lo hiciste muy bien —dijo rabioso levantando su espada y colocándosela en la barbilla. —Casi muero por la herida, pero al parecer yo también tengo el aprecio de Odín y a ti se te ha acabado la suerte.

—¿Estás seguro? —Sin poder evitarlo sonrió sintiendo una alegría increíble por verle tan bien.

—¿De qué te ríes, zorra? —vociferó furioso. Hela no dudó que la mataría en cualquier momento. Ella tiró el cuchillo sobre la cama y lentamente levantó la piel que cubría su vientre hinchado.

—¿Matarás a tu hijo?

Kol la miró furioso y apartó la espada para agarrarla por la melena acercándola a su rostro. —No creas que no podría matarte.

—Kol…

El Jarl miró hacia atrás y ella vio a Eigil en la puerta con la espada en

la mano. —Piensa lo que haces. Puedes dañar al niño.

En ese momento un chico moreno se puso tras Eigil y ella perdió todo el color de la cara al ver a Galder mirándola con una sonrisa espeluznante en la cara. Hela perdió la cordura y gritó soltándose de Kol que se quedó con su cabello en la mano y la vio correr hacia Galder desarmada. Eigil reaccionó tirando la espada al suelo para sujetarla por la cintura intentando apartarla de él. El hermano de Kol levantó una daga cortándole en el brazo que le quería agarrar.

—¡Galder! —gritó Kol furioso acercándose y agarrando a Hela por la cintura atrayéndola a él.

—Esta zorra casi consigue que me maten —dijo con desprecio antes de alejarse—. Espero que le des su merecido, hermano.

Se alejó como si nada y Hela gritó de dolor por no poder matarle con sus propias manos antes de que todo empezara a darle vueltas. Kol se dio cuenta de que no se resistía y la miró antes de que se desmayara. Sin creerse una palabra le tendió su espada a su amigo que la cogió de inmediato y la sujetó por la barbilla para mirar su rostro.

—Se ha desvanecido —dijo Eigil molesto.

—Está fingiendo.

Eigil señaló su brazo que sangraba muchísimo. —Como no la cures

no verás la cara de tu hijo.

Juró por lo bajo cogiéndola en brazos y le dijo al hijo de Askel que todavía estaba en la cama sin moverse —Vete a llamar a mi tía.

—Sí, Jarl. —El chico saltó de la cama mientras él la tumbaba.

Eigil se acercó. —¿Qué piensas hacer?

—Trae unas cadenas. No se va a mover de esta cama hasta traer a mi hijo al mundo.

—¿Y después?

—Después morirá —dijo fríamente—. Es hora de terminar con esto.

Eigil apretó los puños, pero no era su decisión ni la madre de su hijo. Pero pensar en que una mujer tan valiente muriera le revolvía las entrañas y sabía que su Jarl pensaba lo mismo porque por muy dolido que estuviera, esa mujer era su esposa.

Se despertó desnuda bajo las mantas de piel y miró a su derecha para ver que su muñeca estaba sujeta a la cama con un grillete. Su antebrazo estaba fuertemente vendado y gimió tocando las cadenas. Tiró de su pie con rabia y cerró los ojos derrotada. Estaba claro lo que Kol quería, pero eso le daba tiempo. Vio un movimiento al lado de la chimenea y vio que Gimle se

incorporaba. Se volvió sonriendo y eso la sorprendió. —Niña, tienes más vidas que un gato.

—¿No estás enfadada? —preguntó sorprendida.

—Sabía que ese dolor tenía que salir por algún sitio. Era inevitable. Todos se lo advertimos a Kol, pero estaba cegado por lo que sentía por ti y eso no podía terminar bien. —Se acercó a la cama y acarició su vientre. —Pero algo bueno va a salir de todo esto. Eres tan valiente y fuerte que será un bebé precioso.

—Espero que sí —susurró mirando hacia el techo intentando retener las lágrimas por su ternura. Era una mujer maravillosa.

—Estarás hambrienta. Estás mucho más delgada y es lógico después de tanto tiempo en la montaña.

No salía de su asombro. —¿Cómo sabías que estaba allí?

—Los vigías te hubieran visto si te hubieras movido por agua. —Se acercó a ella y vio que cogía un vaso de madera. Sedienta levantó la cabeza y bebió ansiosa. —Tranquila, no quiero que te atragantes…

Cuando terminó la miró a los ojos. —Quiero más, por favor.

—Enseguida te la traigo.

—Gracias.

Gimle le acarició la frente asintiendo. —No tienes que preocuparte

por nada. Al menos hasta…

—Que le traiga al mundo.

—Intentaré ayudarte para que tenga piedad.

—Gracias. —Una lágrima corrió por su sien y miró al techo de nuevo tomando aire.

La tía le apretó el brazo antes de alejarse y salir de la habitación. La escuchó hablar con alguien que había fuera, así que supuso que había un guardia vigilando la entrada. Eso la preocupó porque ella no podía escaparse de sus amarres. Frunció el ceño mirando hacia la puerta y se le pusieron los pelos de punta por la razón que había tenido Kol para colocar un guardia en su puerta. La mirada de Galder cuando la apuñaló acudió a su mente. Estaba segura de que él no querría que tuviera un hijo de su Jarl porque era el probable heredero de Kol. Juró por lo bajo tirando de sus cadenas y miró hacia ellas. En esa posición era imposible soltarse y estaba totalmente a su merced. Solo podía rogar porque la vigilancia continuara hasta que diera a luz.

Kol no la visitó durante los días siguientes y empezó a volverse loca por no poder hacer nada en todo el día allí tirada. Gimle le daba las comidas y

la aseaba, pero por órdenes de Kol debía salir de la habitación en cuanto terminara. La mujer le soltaba una mano y las piernas para que hiciera sus necesidades tres veces al día, advirtiéndola que no hiciera tonterías porque la matarían antes de que se diera cuenta. Eso era realmente humillante porque Gimle no le quitaba ojo. En cuanto terminaba volvía a ponerle los grilletes, asegurándose siempre de que estaban bien cerrados antes de darle de comer.

Se pasaba las horas mirando hacia el techo porque si se incorporaba un poco terminaban doliéndole los brazos. Había veces que ni los sentía y su espalda y su trasero empezaron a resentirse. Le dolía todo. Cinco días después ya no lo soportaba más y cuando Gimle apareció se la encontró llorando por el dolor que la recorría después de toda la noche sin dormir.

—¿Qué ocurre, niña? —preguntó acercándose y dejando la bandeja sobre la mesa que estaba al lado de la cama.

Ella volvió su rostro porque la mujer no podría hacer nada. —No ocurre nada.

Vio que estaba pálida y le pasó la mano por la frente. —¿Es el bebé? ¿Te duele el vientre?

—No. —Sorbió por la nariz y forzó una sonrisa. —¿Me has traído el desayuno?

Gimle no se creyó una palabra. —Dime lo que te ocurre. Intentaré

ayudarte, ya lo sabes.

Emocionada por su preocupación apartó la vista avergonzada. —No me soltará, así que da igual.

—¿Soltarte? —Gimle negó con la cabeza. —Claro que no. ¿Cómo se te ocurre?

La miró a los ojos. —Me duele.

—¿Qué te duele, niña? —Asustada se sentó a su lado.

—Los brazos y la espalda. Me duele mucho. —Gimoteó sin poder evitarlo y Gimle palideció. —Es una tortura continua. Dile que me deje levantarme, por favor. —Apretó los ojos con fuerza y un espasmo recorrió su espalda haciéndola gemir.

Gimle asustada salió de la habitación y pasó ante Brander que lo había escuchado todo. Bajó las escaleras lo más rápido que pudo, viendo a su Jarl ante su desayuno sin tocar mirando pensativo su jarra de cerveza. Cuando se acercó levantó la vista hacia ella y al ver su rostro se tensó. —¿Qué ocurre, tía?

Miró de reojo a los demás, sobre todo a Galder que parecía esperar noticias a punto de reírse. —¿Puedo hablar contigo a solas un momento?

—¿Le ocurre algo a mi hijo? —Negó con la cabeza asustada por su tono. —Entonces no me interesa. Solo dime cuando llega al mundo y lo

demás no importa.

—Es que…

Balmung frunció el ceño por su expresión preocupada. —¿Le ocurre algo a la madre?

Kol golpeó la mesa. —¡Eso no es importante!

—Jarl no quiero contradecirte, pero sí que es importante —dijo el anciano—. Si a la madre le ocurre algo, el niño puede morir.

Su Jarl la miró como si esperara noticias y Gimle se apretó las manos. —Le duele mucho el cuerpo después de estar tantos días en la misma posición. Se nota que no ha dormido y tiene peor aspecto que cuando llegó.

—Si la madre no descansa, terminará perdiendo el niño —dijo Eigil muy serio.

—Se ha pasado el invierno en las montañas. Es más dura de lo que parece —dijo Galder con desprecio.

Todos se tensaron. —Eso sería cuando quería rebanarte el pescuezo y tenía un motivo para vivir —replicó Balmung con rabia.

—¿Y qué si se muere? Y ese bastardo puede morirse con ella. —Kol le cogió por la pechera de la camisa levantándole del asiento antes de tirarle contra la pared. Miró asombrado a su hermano, que furioso ante él apretaba los puños como si estuviera conteniéndose. —¡Hermano!

—¡Ella no estaría ahí si no hubiera sido por ti! —gritó furioso—. ¡Esa mujer tiene más valor en un solo dedo del que tú tendrás jamás! Vuelve a desear la muerte de mi hijo y serás tú quien encuentre la muerte.

Kol se volvió yendo hacia las escaleras y ninguno de los de la mesa miró siquiera Galder, que furioso se levantó saliendo de la casa. Balmung observó como Gimle seguía a su Jarl al piso superior y susurró —Vigila al chico, Eigil. Sabes como es y la niña corre peligro.

—Kol también es consciente. Por eso ni Brander ni yo nos movemos de su puerta.

—Espero que tengas razón. Pero esto va a acabar en derramamiento de sangre y temo que sea la de nuestra chica.

Eigil levantó una de sus cejas rubias. —¿Nuestra chica?

—Será la mujer del Jarl si Galder no se cruza en su camino. Acabas de ver como la ha defendido.

—Su orgullo le impedirá perdonarla.

—Ya veremos. Tú por si acaso no pierdas de vista al chico.

Eigil asintió antes de beber de su jarra. —Voy a hablar con mi hermano. Es un chiquillo de lo más inquieto que se esconde en los sitios más recónditos para no ser visto.

—Perfecto.

Kol empujó con fuerza la puerta que se golpeó contra la pared sobresaltándola. Al moverse un músculo de su espalda se tensó y perdió todo el color de la cara viendo como se acercaba.

—¿Qué te duele?

—La espalda. ¡Debe ser que no me he recuperado de los latigazos que me metiste! —dijo con rabia al verle tan apuesto mientras que a ella le dolía todo.

—Te recuperaste perfectamente. —Miró sus agarres y por su rostro era evidente que le dolía. Se volvió hacia su tía que la observaba como si estuviera regañándola. —Que se levante en cuanto lleguen los grilletes nuevos.

Su tía sonrió. —Sí, Jarl.

—Caminará por la habitación, pero sus manos siempre estarán atadas, ¿me oyes?

—Sí, Jarl.

Volvió a mirarla y ella gruñó de rabia volviendo la cara. Kol rodeó la cama y la cogió por la barbilla con fuerza. —Haz algo que dañe a mi tía y te juro por Odín que te rajo de arriba abajo.

Simplemente le miró a los ojos fríamente disimulando lo que le agradaba verle y él la soltó como si le diera asco. —Tía lávala, huele que apesta.

Gimle le vio salir de la habitación y se volvió hacia Hela que tenía los ojos cerrados con fuerza llorando en silencio. Rodeó la cama y la abrazó. —Está enfadado. No lo ha dicho de verdad.

—Me odia.

—Se le pasará. Le conozco. Si no fuera así ni se habría molestado en subir. —Acarició su mejilla borrando sus lágrimas. Sonrió intentando animarla. —Aún quedan muchas lunas para que el niño nazca. Todo saldrá bien.

Los grilletes nuevos tardaban mucho en llegar y se quedó medio adormilada después de comer, cuando la puerta se abrió de golpe. Kol entró con las cadenas en las manos y sin mirarla se acercó a la muñeca que tenía más cerca abriendo el grillete. El brazo cayó sobre la cama como si no tuviera vida y Hela gimió cerrando los ojos con fuerza cuando la sangre empezó a circular de nuevo, provocándole unos pinchazos insoportables. Kol rodeó la cama haciendo lo mismo con el otro brazo y para su sorpresa se puso sobre

ella cogiendo ambas muñecas para colocarlas sobre su pecho. El dolor era horrible y ni sintió que la engrilletaba de nuevo. Kol simplemente tiró de la cadena sentándola en la cama. Hela gritó de dolor sin darse cuenta de que su cintura quedaba al descubierto mostrando su vientre. Kol apretó los labios apartando las mantas del todo y soltó sus tobillos que estaban despellejados por intentar moverse. —¡Levanta! —Tiró de su cadena tumbándola en la cama de costado. —¿No querías levantarte? ¡Muévete!

Apoyándose en sus codos se arrastró a su lado de la cama porque sabía que si no lo hacía no la dejaría levantarse nunca más. Bajó las piernas al suelo y aunque las sentía débiles se levantó tambaleándose a su derecha. Kol la cogió por el brazo rozando su seno con el pulgar, pero ella estaba tan dolorida que ni se dio cuenta enderezándose. Abrió y cerró los puños suspirando de alivio cuando dejaron de doler. Levantó la vista hasta sus ojos viendo cómo se tensaba. —¿No se me permite vestirme?

—No —siseó él volviéndose para cerrar la argolla del final de la cadena en la argolla que hacía unos segundos sujetaba su muñeca.

Se sonrojó porque era evidente que para él no tenía derecho a nada. E igual era así. Ya no sabía qué pensar. Alegrarse porque estuviera bien después de haber intentado matarle, sintiendo todo lo que sentía a su lado, era algo que no se esperaba. Agachó la mirada mirando sus manos porque lo prefería al dolor que sentía por su desprecio.

—Después de la cena te atarán de nuevo a la cama.

Kol pasó ante ella para ir hacia la puerta y Hela sabiendo que no tenía por qué haber hecho nada por ella susurró —Gracias.

Él se tensó saliendo de la habitación dando un portazo.

Capítulo 9

Esa misma noche Gimle le puso un camisón y sorprendida la miró a los ojos. —El Jarl lo ha ordenado por si quieres acercarte a la ventana para que te dé el aire puro. Dice que tu hijo lo necesita.

Se sonrojó de gusto y dejó que se lo pusiera encantada. Esa noche lo cenó todo y durmió mucho mejor. Y así estuvo las siguientes semanas mientras su vientre crecía día a día. A veces sus patadas eran bastante fuertes y necesitaba dormir de costado, pero no se atrevía a pedirlo. Le parecía que si pedía algo más sería humillarse. Aún quedaban muchos días de encierro y el aburrimiento hizo que se volviera muy callada, incluso cuando Gimle le llevaba la comida. No tenía nada que decir porque siempre era lo mismo y la tía del Jarl empezó a preocuparse.

La anciana bajó las escaleras pensativa y Kol levantó la vista hacia ella desde su asiento ante el fuego. Su tía fue hasta la mesa de la cocina y

dejó el plato de Hela que estaba casi vacío. Él asintió, pero al ver el rostro de su tía se levantó del asiento. —¿Qué te ocurre, tía? ¿Estás cansada de cuidarla? Puede ayudarte otra de las mujeres.

—No, no es eso. —Cogió un vaso de madera y fue hasta el barril para llenarlo de cerveza.

—¿Hela no está bien? —Se encogió de hombros asombrándola. —¡Tía!

Se volvió sorprendida. —¿Qué?

—¿Que si está bien?

Entonces Gimle le miró con rabia y le tiró el vaso de madera a la cabeza poniéndole perdido de cerveza. —¿Y a ti qué te importa? —gritó furiosa dejándole atónito—. ¿Es que no tienes ni un poco de piedad por la madre de tu hijo? ¡Se pasa todo el maldito día sola sabiendo que en cuanto dé a luz la matarás! ¡Una hora tras otra esperando ese horrible momento! —Le señaló con el dedo. —¡Tienen razón! ¡Eres despiadado!

—Tía, ¿te encuentras bien?

—¡No pongas esa cara de sorpresa! ¡Todos pensamos lo mismo!

Atónito miró a los demás en la mesa que agacharon la cabeza. Todos menos Galder que sonreía irónico. Kol se tensó. —¿Así que todos pensáis eso? ¡Intentó matarme! ¡Dos veces! —Nadie dijo una palabra. —¡Así que la

justificáis!

—Tú hubieras hecho lo mismo —dijo Eigil muy serio.

Kol se tensó y más aún cuando su tía dijo —¡Lo que pasa es que esperabas que se enamorara de ti, olvidara a su familia y lo que tu hermano había hecho!

—¡A mí no me metas, tía! —protestó Galder—. ¡Yo solo hice lo que nuestro Jarl hubiera aprobado si esa mujer no se hubiera presentado aquí! —Los presentes se quedaron en silencio porque todos sabían que tenía razón. Antes de conocerla hubiera estado orgulloso de la hazaña de su hermano. Pero ahora todo era distinto porque habían visto el rostro de su víctima y era digna de ser admirada.

Kol miró a su tía fríamente. —Seguirás atendiéndola y no quiero que me hables de ella hasta que dé a luz a mi hijo.

—¡Espero que sea niña y que su rostro te recuerde el resto de tu vida a la mujer que le dio la vida!

Su sobrino palideció viendo a su tía irse de su casa furiosa. Sin ser capaz de decir una palabra, fue muy tenso hacia la escalera diciéndose que lo que necesitaba era una noche de descanso. Al llegar arriba vio a Brander ante la puerta de Hela y le hizo un gesto con la cabeza. —Vete a cenar.

—Sí, Jarl.

Su amigo bajó las escaleras impaciente y él fue hacia la puerta de su habitación. Apretó los labios mirando hacia la puerta de Hela, resistiendo la tentación de ir a verla. Entró en su habitación y escuchó un sonido al otro lado. Como un quejido. Frunció el ceño acercándose a la pared. Otro quejido le tensó y salió de la habitación a toda prisa para entrar en la suya. Hela estaba pálida con los ojos cerrados respirando hondo. Los abrió sorprendida para verle allí.

—¿Qué te duele?

—¡Nada!

—¡No me mientas! ¡Te he escuchado! Si intentas algo que le haga daño a mi hijo…

—¡Me ha dado una patada! —gritó liberándose después de semanas sin levantar la voz—. ¡Lleva toda la tarde así! —Asombrado miró su vientre. —¿Puedes apartar las pieles? Tengo calor.

Él apretó los labios porque era lógico que ni pudiera dormir cómoda sin poder destaparse según su necesidad. Estaba acalorada. Kol se acercó y apartó las pieles mostrando su vientre cubierto por el camisón. —¿Y si por la noche tienes frío?

—Déjame así.

Cerró los ojos como si fuera un alivio y separó los labios conteniendo

el aire cuando sintió su mano sobre su vientre. Le miró sorprendida y vio su fascinación en su rostro sintiendo que se le retorcía el corazón.

—Se mueve.

—Sí.

Él la miró a los ojos y acarició su vientre sin darse cuenta. Hela sonrió. —Le cuidarás, ¿verdad? No le rechazarás por ser hijo mío.

—¿Por qué piensas eso?

—Si se parece a mí, puede que le odies.

A Kol se le cortó el aliento porque parecía que había escuchado las palabras de su tía. —Es hijo mío también.

—Otro podía haberlo ignorado o dudado.

—Yo no. Sé que solo fuiste mía.

Hela asintió moviendo las caderas para estar más cómoda y Kol se dio cuenta de que prefería estar de costado. Miró las cadenas que usaba de día y se dijo que por qué no. De todas maneras, no podría salir. Se levantó y abrió uno de los grilletes. Hela le miró asustada. —¿Qué haces?

Kol la miró a los ojos y ver el miedo en su rostro le cortó la respiración porque nunca la había visto así de asustada. —Es para que duermas más cómoda. Así podrás taparte.

Sin hablar de la impresión vio como la soltaba para amarrar solo sus

manos a la cadena. Se tumbó de costado y le miró a los ojos. —Gracias.

Él asintió y salió de la habitación. De la rabia y la frustración golpeó la pared de piedra con el puño antes de meterse en su alcoba.

Hela se quedó mirando la pared de enfrente varios minutos sintiendo aún su tacto en su barriga. Se la acarició ella misma para sentir esa sensación de nuevo y cerró los ojos. Soñó con sus caricias y sus besos hasta que un pinchazo en la barriga la despertó. Se asustó cuando le pusieron una mano en la boca y Hela intentó gritar al ver la cara de Galder sobre ella. —Debería haberte matado aquel día. —Inclinó la cabeza a un lado. —¿Lo recuerdas? Tu problema es que te arrepientes de tus acciones mientras que yo no soy así. Me gustó hundir el cuchillo en la garganta de tu padre y ver como su sangre salpicaba a tu madre sin que se despertara siquiera. Él puso los ojos igual que tú en este momento antes de sentir la hoja de mi cuchillo en su cuello. —Sonrió malicioso. —Y tú me miras así porque sabes lo que voy a hacer, ¿verdad? Voy a rajar esa barriga de arriba abajo y ambos veremos como el hijo de mi hermano muere mientras tú te desangras sin poder hacer nada. Nunca he visto el interior de una mujer. De hombres sí. De hecho alguno era amigo tuyo. —Los ojos de Hela se llenaron de lágrimas. —Mira que intentar engañarme a mí en la venta de las pieles. —Negó con la cabeza. —Eso no se hace. Si ese estúpido que los dirigía no hubiera sido tan ambicioso, los dos hubiéramos sacado una buena tajada, pero no. Protestó al vendedor y

Balmung se dio cuenta de que las que estaban vendiendo eran nuestras pieles. Estúpidos. Por supuesto tuve que ponerme de parte de los míos o me hubieran descubierto. Pero Ragnar sabía nuestro trato y no podía dejar que Kol se enterara. —Abrió los ojos sorprendida. —Sí, cuando mi hermano fuera a tu pueblo para arrasarlo en venganza por el robo del ganado, podría llegar a enterarse por tu hermano de quienes estaban compinchados con ellos y no podía consentirlo. Por eso me pegó cuando llegué a vuestra aldea. Yo le dije que quería hablar con él del asunto antes de que se complicara más, pero él me respondió que me mataría por no dar la cara por sus amigos. Casi creía que no iba a salir con vida de eso, pero llegaste tú. —Una lágrima corrió por su mejilla mirando esos ojos enloquecidos de satisfacción por haberse burlado de todos. —Maté a tu padre solo para justificar mi presencia allí y de esa manera Ragnar no diría la verdad, porque sería el responsable de la muerte de su padre, de su Jarl, al haberles engañado a todos con la muerte de sus hombres. Y todo por avaricia. Pero te echaron la culpa a ti, ¿verdad? A veces la solución más sencilla no es la correcta cuando todo fue responsabilidad suya. Aunque tú deberías estar muerta. La verdad es que tienes valor para enfrentarte a mi hermano y presentarte aquí. —Soltó una risita. —Menos mal que se me ocurrió quedarme en casa de los primos que te mencioné el día en que te conocí. Tenía una excusa estupenda. El tiempo. Imagínate mi sorpresa cuando llegué y me contaron lo que había ocurrido

mientras mi hermano se debatía entre la vida y la muerte.

Hela abrió los ojos como platos porque llevaba allí casi todo el tiempo mientras ella estaba en la montaña. —Sí, estaba aquí. Al parecer mi hermano sabía que no te darías por vencida e hicimos esa representación solo para ti. Pero como siempre volviste a sorprendernos con este bastardo. —El cuchillo llegó a su vientre de nuevo y Hela angustiada gimió bajo su mano golpeándole con sus manos atadas. Se revolvió en la cama y él se tiró sobre ella colocándole otra vez el cuchillo en el cuello. —Puta. No te vas a librar de esta. Entiéndelo, no puedo dejar que sobreviva. Ya no sería el Jarl y Kol no vivirá mucho. —A Hela se le heló la sangre porque también pensaba matarle. Estaba loco. Tenía que hacer algo o morirían los tres. Le golpeó con el grillete en la nariz con tal fuerza que cayó hacia atrás sentado en el suelo. Hela saltó de la cama antes de que pudiera incorporarse y rodeó su cuello con la cadena tirando con fuerza. La puerta se abrió de golpe y vio a Kol ante ella, desnudo con la espada en la mano. Asustada le miró a los ojos sin soltarle mientras Galder se revolvía sujetando las cadenas de su cuello.

—Preciosa, suéltale —susurró Kol pálido levantando la otra mano mientras Eigil se ponía tras él.

—¡Quería matarnos! —Apretó con fuerza. —¡Este cabrón quería matar a mi niño! —Le miró a los ojos. —Y a ti también.

—Hela déjale libre.

—Mató a mi padre para que no descubrieras que te robaba. —Kol dio un paso hacia ella. —¡Es un maldito ladrón! ¡Lo perdí todo por él! —gritó desgarrada.

Eigil entró en la habitación. —Ahora que lo sabemos todo, nosotros nos encargaremos.

—¡Mató a mi padre!

—Hazlo por tu hijo. Esto tiene que acabar en algún momento. Yo me encargaré de él. Te lo juro.

Miró a Eigil sorprendida. —¿Me lo juras por Odín? ¿No dejarás que viva?

Eigil miró a su Jarl que muy tenso asintió. —Te lo juro por Odín. Que no sobreviva a esta noche si él llega al amanecer.

Miró la cabeza de Galder y vio que se estaba quedando sin respiración. Su hijo y lo que pensaría de todas las mentiras, las traiciones y las muertes la hicieron aflojar las cadenas y Galder tosió arrastrándose por el suelo como la serpiente que era. Sus ojos se llenaron de lágrimas porque no sabía si hacía lo correcto. ¿Y si les convencía de que todo era mentira? Miró a Kol a los ojos. —No he mentido, lo juro.

—Lo sé, preciosa. Su presencia aquí le hace culpable. Eigil llévatelo.

—¡No! —gritó Galder—. ¡Miente! ¡Es una puta mentirosa que solo

quiere mi muerte!

Eigil le cogió por la camisa levantándole y Galder intentó soltarse desgarrando la tela, cayendo al suelo ante Hela. Chilló cuando le vio coger el cuchillo con intención de matarla, pero la espada de Eigil traspasó su espalda sorprendiéndole. Hela se dejó caer en la cama viendo la sorpresa en su rostro y se dio cuenta que hasta ese momento pensaba que iba a librarse de lo que había hecho.

—¡Llévatelo, Eigil! —ordenó Kol furioso.

Su amigo arrancó la espada, cogiéndolo por el cabello y tirando de él fuera de la habitación. Sin darse cuenta de que temblaba miró a Kol que se acercó a ella tirando la espada al suelo antes de sentarse a su lado y abrazarla con fuerza. Lloró sobre su hombro sin poder evitarlo porque al fin se había acabado. Todo había sido una mentira y al fin se había acabado. Kol la besó en la sien y susurró —Lo siento, preciosa.

Sorprendida se apartó para mirar su rostro. —¿Por qué?

—Por no ver lo que veía todo el mundo. Su maldad y tu verdad. —Acarició su mejilla y Hela dejó caer su frente sobre su hombro agotada. —Se ha acabado.

—No, no se ha acabado. —Levantó la vista. —Aún queda tu venganza y tienes derecho a tomártela. No eras responsable de lo que ocurrió.

Kol sonrió. —¿Y quedarme sin ver ese precioso rostro lo que me queda de vida?

Se le cortó el aliento. —¿Qué?

Él se levantó y sorprendiéndola salió de la habitación. ¿Qué había querido decir? Miró hacia la puerta abierta por si le escuchaba bajar las escaleras, pero al contrario, regresó a la habitación con los pantalones puestos y una llave en la mano. Parpadeó asombrada. —¿Me vas a soltar? ¿No temes que te mate?

—Como ha dicho Eigil, esto tiene que terminar en algún momento. —Abrió sus grilletes dejándolos caer al suelo y se acuclilló ante ella cogiéndola en brazos para tumbarla en la cama. —Ahora descansa. Mi hijo necesita descansar.

Le miró a los ojos. —No te mataría de nuevo, ¿sabes?

Kol sonrió. —¿Te arrepentiste?

Asintió emocionada y él juró por lo bajo sujetándola por las mejillas con ambas manos. —No me gusta que llores. Con lo fuerte que eres, no puedes llorar.

—Estoy cansada de ser fuerte.

La besó suavemente en los labios como si disfrutara de su contacto más que nada en el mundo y ella suspiró. —Yo también, cielo. Pero ahora

nos tenemos el uno al otro.

—¿De verdad?

Kol asintió. —¿Serás mi esposa?

Frunció el ceño. —¿Me lo estás pidiendo?

Se echó a reír. —Sí, creo que sí te lo estoy pidiendo.

—¿Acaso no lo era ya? —preguntó indignada—. ¿Me mentiste?

—No, preciosa. No te he mentido nunca.

Hela sonrió volviéndose de costado. —Entonces acuéstate a mi lado, esposo. Te he echado de menos. —Lo hizo pegándose a su espalda y acarició su vientre como si quisiera protegerles. Se quedó dormida entre sus brazos sintiéndose feliz de verdad por primera vez en muchos meses y sin el peso de la muerte de su padre sobre su conciencia. Al fin se había liberado.

Se despertó entre sus brazos y al volverse vio sorprendida que estaba despierto. —¿No duermes?

—Todavía no me puedo creer que Galder intentara robarme. Fue con las pieles, ¿verdad? Iba en ese viaje. Como en otros muchos, pero yo creía que quería divertirse con los hombres.

—Estaba de acuerdo con los hombres de mi padre. Mi hermano Ragnar también estaba implicado y se calló cuando mataron a sus compañeros. —Apretó los labios. —Te hicieron a ti responsable cuando él sabía la verdad. Nos engañó a todos. Los dos lo hicieron.

Kol asintió y acarició su cabello. —Pero la que más has pagado has sido tú.

—Tú casi pierdes la vida por esto. —Acarició su pecho recordando todo lo que le había echado de menos. —¿Qué vas a hacer?

—Nada.

Le miró sorprendida. —¿Cómo que nada? Te robaron a ti y tú eres el perjudicado.

Kol levantó una ceja divertido. —Al final me he llevado lo mejor.

—¿De veras? ¿El qué? —preguntó confundida.

Él se echó a reír. —Tú, preciosa… tú eres lo mejor. —Se puso como un tomate y él rió con más fuerza tumbándola de espaldas en la cama—No estás acostumbrada a que te halaguen, ¿verdad?

—No se atreverían.

Rió con más fuerza y Hela no pudo evitar sonreír acariciando sus hombros, sintiendo que el deseo la recorría. Kol la miró a los ojos perdiendo la sonrisa poco a poco hasta mirarla con tal intensidad que le robó el aliento.

—No podemos… —dijo con voz ronca excitándola aún más.

—¿Por qué?

—Estás en estado, preciosa.

—Te he echado de menos. ¿Tú a mí no?

Él gruñó mirando el escote de su camisón donde se veían el inicio de sus pechos. Hela le cogió por la barbilla levantando su rostro y le gritó —¿Tú a mí no?

Kol carraspeó. —¿Qué quieres decir?

Hela jadeó pegándole un puñetazo que le tiró de espaldas sobre la cama. Kol gruñó pasándose la mano por debajo de la nariz. —Preciosa, ya me la rompiste una vez, ¿recuerdas?

—¿No me has echado de menos? —gritó poniéndose de pie—. ¿Quién es?

—¿Quién es quién?

—¡La zorra con la que has compartido la cama! —chilló a los cuatro vientos. Señaló la ventana—. ¿Yo pasando un frío del carajo y tú compartiendo cama con otras? ¡Te juro por Odín que te la corto como te vea con otra!

La risa al otro lado del pasillo la mosqueó y saltó de la cama para abrir la puerta donde encontró a Brander justo antes de que bajara las

escaleras. —¿Qué haces ahí, cotilla?

—Venía a avisar al Jarl sobre que un aldeano quería verle. Pero mejor regreso luego.

—¡Sí, será lo mejor! ¡Estoy discutiendo con mi marido!

Cerró de un portazo y se dio la vuelta dispuesta a la carga cuando vio que Kol se había quitado los pantalones y estaba desnudo sobre la cama con el miembro erecto mirándola con deseo. Parecía divertido, lo que la hizo fruncir aún más el ceño. —Ven, preciosa. Yo también te he echado de menos.

Bueno, después de haberle intentado matar y de que estuviera furioso con ella, tampoco podía exigir fidelidad. Pero ya se enteraría de quién había sido. Cuando la encontrara, la destriparía y colocaría su cabeza en una pica para avisar de las consecuencias de lo que podía ocurrir si tocaban lo que era suyo.

Kol al ver su cara de sanguinaria se apoyó en su codo incorporándose preocupado. —Hela, ¿no estarás pensando en apuñalarme de nuevo? Cielo, tenemos que empezar a discutir de otro modo.

—Tienes razón.

Se quitó el camisón tirándolo al suelo y Kol la miró con deseo, lo que inflamó el suyo. Caminó hacia él y se arrodilló sobre la cama antes de pasar una pierna sobre él sentándose a horcajadas. Kol se tensó con fuerza

agarrándola de la cintura para colocarla sobre su sexo y gimió al sentir su humedad. —¿Estás preparada?

Acarició su fuerte torso. —Para ti siempre. —Se apoyó en su torso levantándose lentamente y sintió como su sexo entraba poco a poco en ella mientras se miraban a los ojos. Suspiró de placer al sentirle en su interior y sujetándose en sus manos entrelazando sus dedos, se elevó lentamente antes de dejarse caer. Kol gimió de placer al igual que ella, que volvió a elevarse queriendo sentirle más. Pero después de repetir el movimiento una y otra vez apretó las uñas en el dorso de sus manos necesitando más. Kol la cogió por las axilas apartándola y ella protestó de frustración aún de rodillas y con la mejilla sobre la cama. Él se levantó susurrando —Tranquila, preciosa. —La cogió por las caderas acercándola al borde de la cama y sorprendida se apoyó sobre las pieles con las palmas de las manos mirando sobre su hombro para ver a Kol tras ella con la respiración agitada. Entró en ella de un solo empellón, haciéndola gritar de placer y dándole lo que necesitaba. La cogió por el hombro para que no se deslizara y repitió el movimiento una y otra vez, proporcionándole un placer exquisito que la hizo estallar de felicidad.

Sonrió con la mejilla de nuevo sobre las pieles y Kol le acarició el trasero subiendo las manos hasta su vientre de manera posesiva. —Nuestro hijo se mueve —dijo con voz ronca. —Eso es que está bien, ¿verdad?

—Sí.

—Estupendo, porque aún no he acabado, cielo. Necesito más de ti.

Capítulo 10

—Hela, ¿qué rayos estás haciendo, mujer?

Gimió volviéndose con el arco en la mano, mostrando su enorme vientre bajo su vestido verde. —¿No te apetece ave para cenar?

—¿Crees que no tengo bastantes arqueros para conseguir ave?

Los veinte hombres que tenía detrás disimularon una sonrisa y Hela entrecerró los ojos. —Supongo que sí. Pero no será como la mía. —Sin mirar lanzó la flecha que atravesó la perdiz que estaba en el árbol a veinte metros.

Kol reprimió la risa mientras los demás suspiraban admirándola. —Muy bien. Ya tengo ave para cenar. Ahora a casa.

—Pero…

—¡Hela! ¡Estás a punto de dar a luz! ¿Quieres mover el trasero a casa de una buena vez?

Gruñó arrastrando los pies para salir del bosque en dirección a la aldea cuando sonó un cuerno a lo lejos. Se volvió sorprendida mirando a Kol que gritó —¡Dispersaos! ¡Eigil llévate a mi esposa y que no se mueva de la casa! —Sacó su espada y el terror la recorrió.

—¡No! ¿Y si son mi familia?

Kol apretó los labios. —Tu familia es ésta ahora. ¡Si son ellos no deberían tener el atrevimiento de venir a mis tierras! ¡No pueden esperar que les reciba con los brazos abiertos! ¡Vienen a la batalla en busca de venganza y debo proteger a mi pueblo!

Hela palideció porque tenía razón y cuando Eigil la cogió por el brazo intentó resistirse. —¡No! ¡Yo puedo hablar con ellos!

—¡No voy a ponerte en peligro! —Se acercó a ella y la cogió del brazo. —¿Qué crees que pensarán cuando te vean embarazada del enemigo? ¡Creerán que ahora estás de nuestra parte y que les has vuelto a traicionar! ¡Te atravesarán con una flecha antes de preguntar! ¡Vete con Eigil y protege a mi hijo como es tu obligación!

Sus ojos se llenaron de lágrimas porque perdería a alguien que amaba en esa lucha. —Por favor. Deja que hable con ellos.

—No, preciosa. Te protegeré incluso en contra de tus deseos. ¡Ahora llévatela!

Eigil la cogió por encima del vientre tirando de ella hacia la aldea y Hela gritó desgarrada pataleando. —¡Te vas a hacer daño Hela! ¡Estate quieta! —dijo Eigil con esfuerzo—. Haré lo que haga falta para protegerte como me ha ordenado mi Jarl.

Al llegar a la aldea ya no se resistía mientras lloraba porque casi no tenía fuerzas. Preocupada por Kol y los suyos, miró hacia Gimle que corría hacia ellos. Eigil la soltó para que la abrazara. —¡Llévatela dentro y no la pierdas de vista! Encerraos en la habitación del Jarl.

El cuerno volvió a sonar más cerca y a Hela se le pusieron los pelos de punta mientras Eigil gritaba dando órdenes a los demás. Los hombres armados se acercaron a él mientras las mujeres corrían hacia la casa del Jarl con los niños. Se oían gritos y pálida miró a Gimle. —Si pudiera hablar con ellos… Se derramará sangre de los míos y dará igual el bando porque lloraré por los dos.

Gimle asintió. —Te entiendo. Te juro que te entiendo, pero debes pensar en ti y en el bebé. Esa es tu mayor obligación. Pensar en el hijo que vas a tener. —Le pasó la mano por los hombros. —Ahora vamos a hacer lo que nos han dicho. Allí estarás segura.

Escuchó el sonido de un cuerno y sorprendida se volvió mirando el agua. —Ivar… ¡Es Ivar! —gritó desgarrada antes de salir corriendo.

—¡Hela!

Eigil juró por lo bajo cuando la vio subirse a un caballo. —¡Hela! ¡No lo hagas! —Miró a su alrededor y gritó —¡Corred a la casa! —Corrió hasta su caballo y se subió tirando de las riendas para salir a galope tras ella, que ya cabalgaba a la orilla del fiordo en dirección del barco.

Hela azuzó a su caballo y vio el barco a lo lejos. Los hombres se cubrían con sus escudos mientras remaban con vigor para llegar a su objetivo. —¡Ivar! —gritó levantando el brazo—. ¡Ivar, no lo hagas!

—¡Hela! —gritó Kol corriendo tras ella.

Sin escucharle por su afán de acercarse al barco volvió a gritar —¡Ivar! ¡Soy yo, Hela!

Vio una cabeza pelirroja que se elevaba un segundo antes de resguardarse de nuevo. Entonces vio cómo se encendían las flechas apuntando hacia el barco. —¡No! ¡No lo hagáis! ¡Ivar, fue mentira! ¡Todo era mentira! ¡Ragnar lo sabía!

Dos de sus hombres se levantaron cubiertos por sus escudos, agachándose de repente para ver dos arqueros apuntándola antes de que lanzaran rápidamente para que sus compañeros les cubrieran de nuevo. Sorprendida sintió como una de las flechas rasgaba el vestido por su espalda y Kol gritaba que se cubriera. No se podía creer que Ivar le hiciera aquello.

Su compañero de juegos y su mejor amigo. Su protector. Una lágrima cayó por su mejilla deteniendo el caballo ante el barco y gritó —¡Malditos cobardes! ¡Puede que me matéis, pero la verdad solo tiene un camino! ¡Da la cara si quieres matarme! ¡A vuestra sangre!

Oleif se levantó mirándola con rencor. —Debí suponer que estarías aquí. —Miró su vientre con desprecio. —Te veo muy bien, hermana.

—¡Según tú ya no soy tu hermana! —Miró a su alrededor. —¿Dónde está Ivar?

Ivar se incorporó a la proa del barco y ella miró sus ojos azules. —Hermano, estáis cometiendo un error.

—No hay error. —Apretó los labios como si le hubiera decepcionado. —Shelby me dijo que tenías un propósito al venir aquí. ¿Lo has cumplido?

Kol salió del bosque tras su esposa con la espada en la mano. —Mi hermano está muerto. Pero yo sigo muy vivo.

Oleif le miró con odio. —Al parecer no has cumplido tu misión del todo, hermana.

—¡Debe ser porque todo era una farsa encubierta por Ragnar! —gritó levantando la barbilla.

Sus hermanos la miraron furiosos. —¿Qué estás diciendo? ¿Es que te has vuelto loca?

Que Ivar no la creyera después de todo lo que habían pasado juntos, le dolió tanto como cuando su madre la rechazó. Dolida se dio cuenta de que era su palabra contra la de Ragnar y él no confesaría para no delatar su delito. —¿Crees que te mentiría? ¿Acaso lo he hecho alguna vez? —preguntó sin poder evitarlo haciendo que Ivar palideciera como si le hubiera golpeado—. Regresad a casa antes de que mi marido os destroce. No quiero más muertes.

—¡Serás puta! —gritó Oleif fuera de sí arrancándole el corazón—. ¡Matadla!

Hela, que ya estaba preparada, se dejó caer al otro lado del caballo y Kol la agarró de la muñeca poniéndola a su espalda y cubriéndolos con el escudo que le lanzó Brander. Un grito de Kol le puso los pelos de punta mientras retrocedían y las flechas se cruzaron de un lado a otro. Los suyos no sobrevivirían porque arqueros en los árboles lanzaban las flechas ardiendo al barco que se había acercado demasiado a la orilla. Angustiada se cubrió con el tronco de un árbol y Kol la miró a los ojos preocupado. —Vete, cielo. No quiero que veas esto.

—Deja que se vayan, por favor. —Le agarró de la mano apretándosela desesperada y suplicándole con sus preciosos ojos verdes llenos de lágrimas. —Por favor.

Kol apretó los labios. —Volverán. Y regresarán una y otra vez porque ese cobarde no confesará.

—Ellos han sido engañados como nosotros.

—No entrarán en razón. Ahora vete. —Le hizo una seña a Eigil y se acercó cubriéndose con un escudo hasta llegar hasta ella. —Esta vez espero que se quede en casa, amigo. No vuelvas a fallarme.

Eigil asintió cogiéndola por el brazo. Sin esperanzas se agachó tras el escudo a su lado y retrocedieron hasta que los árboles les cubrieron de la orilla. Aprisa Eigil sin soltarle el brazo corrió lo que ella le permitía de regreso al pueblo, pero de repente Eigil cayó al suelo con una flecha en la espalda, tirándola sobre la hierba con él.

—¡Eigil! —Asustada vio que estaba sin sentido y escuchó un crujido tras ella. Se volvió sorprendida para ver a Ragnar con seis de sus hombres armados con hachas y espadas. Le miró con desprecio. —Así que tú venías por tierra para matar a los de la aldea. Ellos son la distracción, ¿verdad?

—Siempre has sido muy lista —dijo con desprecio mirando su abultado vientre—. ¿Quién te ha preñado, hermana? Madre se va a llevar un disgusto.

—¡Púdrete! ¡Me desterrasteis! ¡Y tú fuiste el responsable!

Ragnar perdió la sonrisa. —No sé de qué me hablas.

—¡Maldito cobarde! —gritó desgarrada—. ¡Mataron a padre por tu culpa!

Los hombres le miraron sorprendidos. —Tú sabías que Galder y los demás robaban a Kol con las pieles. ¡Te llevabas un buen dinero de ello y Galder fue a nuestra aldea para hablar contigo y llegar a un acuerdo porque no protegió a los nuestros en la venta!

—¡Estás loca! ¡No dices más que disparates!

—¡Galder me lo confesó antes de morir! ¡Él recibía el dinero por pasaros las pieles de su hermano y vosotros las vendíais! ¡Pero en ese viaje descubrieron el engaño y les mataron a todos! En lugar de decir que robabais a Kol y que los nuestros habían recibido su merecido, alimentaste el odio de padre sobre los Solberg para que no se descubriera tu delito. ¡Me das asco! Pegaste a Galder esa noche por no haber protegido el negocio y él se vengó matando a padre para que así tuvieras la boca cerrada y que Kol no se enterara de lo que su hermano había hecho. ¡No podías confesar ni aquí, porque te matarían por ladrón, ni allí porque por tu culpa había muerto nuestro Jarl!

—Te han contado una historia muy interesante —dijo con desprecio —. Y al parecer te la has creído.

—Por supuesto que me la he creído porque durante años nunca ha habido problemas entre nuestros pueblos hasta ese viaje. —Sonrió maliciosa. —Fue una pena que padre no te dejara ir en el último momento, porque yo me había puesto enferma y todos creían que moría, ¿verdad? —Ragnar apretó

los labios. —Antes nunca habías fallado en la venta de las pieles. Siempre te encargabas tú de ello.

Los hombres murmuraron y Ragnar gritó— ¡Silencio!

—¡No! ¡Por tu culpa me desterraron porque eres un maldito cobarde! ¡Si hubieras dicho la verdad desde el principio padre seguiría vivo!

—¡Padre seguiría vivo si tú no hubieras liberado a su asesino! —gritó con rabia.

Hela perdió el color de la cara porque tenía razón. Seguramente Ragnar hubiera matado a Galder esa misma noche para que nadie se enterara de su secreto y ella lo había impedido. —Y es algo con lo que tendré que vivir el resto de mi vida.

—Que será poco tiempo, puta traidora —dijo con desprecio—. Apresadla.

Vio que la mano de Eigil se movía, pero ella le cubrió con su vestido. —No. No quiero más muertes.

—Pues te vas a llevar una sorpresa porque tú serás la primera en morir. —Su hermano les hizo un gesto a sus hombres.

—Solo Oleif puede tomar esa decisión como hija del Jarl. —Levantó la barbilla. —Así que llévame hasta él.

Ragnar apretó los labios mirándola como si no la conociera. —Es

increíble cómo has cambiado.

—Es que ha habido muchas cosas que me han abierto los ojos, como por ejemplo el destierro y que toda mi familia me diera la espalda.

—Acabas de demostrar que te lo merecías. ¡Llevadla a la barca! —Señaló a cuatro. —Vamos.

Al ver que seguían hacia la aldea para matar inocentes gritó —¡No, dejadles! ¡Ellos no tienen ninguna culpa! ¡Solo hay niños y mujeres!

Ragnar le pegó un tortazo que la hubiera tirado si no hubiera estado agarrada por los hombres. Hela giró la cabeza mirándole con odio. —Esto lo vas a pagar con tu vida, hermano. —Escupió la sangre en sus botas antes de recibir otro fuerte bofetón.

Hela sonrió con desprecio y él gritó —¡Llevárosla!

Tiraron de ella con fuerza y miró sobre su hombro suspirando de alivio cuando no remataron a Eigil, que no se movió. Esperaba que cuando se fueran, tuviera fuerzas para avisar a Kol.

Se dejó llevar y miró de reojo a Enar y a Lagmann que la conocían de toda la vida. —Sabéis que no miento.

—¡Cierra la boca! —gritó Enar que era uno de los mejores amigos de Ragnar—. Esto lo decidirá el Jarl.

—¿Qué crees que hará el despiadado cuando encuentre los cadáveres

en la aldea? Nos arrasará.

Lagmann le apretó el brazo con fuerza. —Al parecer le conoces muy bien.

—Claro que sí —dijo orgullosa—. Es mi marido.

Ambos la miraron asombrados como si no se pudiera caer más bajo y ella rió. —Ya podéis suplicar a Odín piedad. La piedad que nadie tuvo conmigo.

—¡Cállate! —Lagmann tiró de ella con fuerza. —Vuelve a abrir la boca y puede que te la rompa.

En su estado no podía enfrentarse a los dos, así que decidió callarse. Para su sorpresa la barca no estaba demasiado lejos, lo que indicaba que el primer barco había matado al vigía para que no pudiera avisar de su llegada. Todo había sido una trampa y temió por Kol. Seguro que ellos mismos habían hecho sonar el cuerno para llevarlos hacia el fiordo desatendiendo el bosque. La subieron a la barca y se sentaron a esperar. Inquieta miró a su alrededor esperando que el barco pasara ante ellos, pero como querían distraer a Kol, seguramente aguantarían lo que pudieran antes de irse, sabiendo que Ragnar haría su trabajo. Temió por Balmung y por Gimle. Temió por los niños y recordó a los gemelos. Sus ojos se llenaron de lágrimas y acarició su vientre. Enar la miró con odio porque era el hijo de su enemigo,

pero Hela sonrió con orgullo haciéndole jurar por lo bajo.

—Ya te quitara Oleif esa sonrisa, puta.

—Tenía que haber dejado que te ahogaras en el río cuando eras pequeño, cobarde de mierda.

Enar palideció apretando los puños como si quisiera estrangularla. Sin mostrar temor volvió a mirar el río y vio el barco acercándose. Tenía desperfectos, pero nada que le impidiera navegar. Las velas estaban quemadas y había zonas oscuras en el casco de las flechas en llamas, pero al parecer habían salido bien parados. Las palabras deja que se vayan pasaron por su mente y una lágrima cayó por su mejilla porque sabía que por una vez su marido no se había desquitado. Y lo había hecho por ella demostrándole todo lo que la amaba. Puede que no se lo hubiera dicho nunca, pero después de ver ese barco ya no tenía dudas.

Pasaron ante ellos y Oleif la miró desde la cubierta mientras sus hombres remaban todo lo que podían al unísono. —¡Traedla viva! —gritó furioso haciendo sonreír a los hombres que la acompañaban—. ¡Os esperamos al final del fiordo!

—Sí, Jarl —respondió Enar satisfecho.

Sin dejar de mirar el barco vio como Ivar salía a la cubierta con una herida en el brazo y la miraba pensativo antes de agachar la cabeza como si

supiera cuál sería su destino y no lo soportara. Hela apretó los labios asintiendo, dándose cuenta de que ahora la única familia que tenía era Kol. Y lucharía por él hasta su último aliento. Acarició su vientre porque su hijo estaba muy inquieto. Podría intentar acabar con uno de ellos, pero no sabía si podría con los dos. Kol le había dicho que debía pensar en el bebé, pero si no hacía nada él iría a buscarla y puede que murieran muchos más. Él entre ellos. Miró a Enar a los ojos fríamente. —Tengo que orinar.

—Pues háztelo encima, perra.

Estaba claro que no iba a tener su colaboración en nada. Aunque no sabía de qué se extrañaba. Frunció el ceño mirándole fijamente. —Tú fuiste a algún viaje con Ragnar, ¿verdad?

Lagmann miró a su amigo esperando su respuesta y Enar asintió perdiendo algo del color de la cara. —¿Y no sabías nada de esto? —preguntó divertida.

Lagmann entrecerró los ojos al ver que no contestaba. —¡Responde a la pregunta!

—¡Yo no sé nada! Es mentira. ¿No has oído a Ragnar?

—¡Mírame a los ojos! —Lagmann le cogió por la pechera de la camisa acercándole a él. —¡Mírame a los ojos y dime que tú no sabías nada de esto! ¡Hela no ha mentido nunca! ¡Incluso asumió su culpa por la muerte

de su padre! ¡Si sabes algo que pueda afectar a nuestro pueblo, debes decirlo ahora!

—Yo no sé nada —dijo asustado por la furia de su amigo.

Lagmann dejó a Enar, pero Hela supo que no confiaba en que le hubiera dicho la verdad. —Está bien. Si no sabes nada, es que debe ser mentira.

—¡Y así es! —Enar miró con odio a Hela. —Es una puta mentirosa.

—Yo no miento. Puede que me matéis, pero sé la verdad y saldrá a la luz tarde o temprano. No podréis evitar la justicia de Odín.

Enar perdió todo el color de la cara y en ese momento los cinco hombres llegaron corriendo empuñando las espadas ensangrentadas. Hela cerró los ojos por el dolor que la recorrió. Al parecer lo habían conseguido. Ragnar saltó a la barca con los demás. —Daos prisa. Nos siguen.

Asustada miró hacia el bosque y gritó al ver a Brander correr hacia la barca con varios hombres detrás. Aterrada porque no veía a Kol se levantó y Ragnar le golpeó en la sien haciéndola caer sin sentido dentro de la barca. Brander lanzó un grito de guerra desde la orilla antes de señalarles. —¡Dañadla más y mataremos hasta el último de los vuestros! ¡Los ojos del despiadado será lo último que veáis, ratas apestosas! ¡Devolvedla ahora que podéis!

Ragnar se echó a reír y cogió la melena de su hermana levantando su cabeza para que la vieran antes de ponerle una daga bajo la barbilla. —¡Es nuestra para hacer lo que queramos con ella!

—Lleva al hijo de Solberg en sus entrañas —dijo Enar con inquina haciendo que Ragnar mirara a su hermana sorprendido.

—Mientes, mi hermana nunca haría eso.

Lagmann asintió. —Y está orgullosa de ello, amigo. Es su hijo. De hecho, Solberg es su marido.

Ragnar no se lo podía creer y era obvio por su expresión. —Jamás traicionaría así la memoria de padre.

Su amigo asintió entrecerrando los ojos. —Exacto.

—¿Qué quieres decir?

—Que la Hela que conocía se hubiera dejado la vida para vengar a su padre y solo una razón poderosa haría que cambiara de opinión. —Ragnar palideció. —Espero que no tengas nada que ocultar, porque entonces será tu cabeza la que se ponga sobre una pica al regresar a casa porque tu hermana tendría razón. Tú serías el responsable de la muerte del Jarl con tus mentiras.

—¡No miento! —Le agarró por la camisa y siseó —Vuelve a llamarme mentiroso si tienes valor.

—No tengo que tener valor. El valor debes tenerlo tú para enfrentarte

a Oleif cuando se entere de esto. Espero que tengas respuestas.

—¡No tengo que tener respuestas! ¡Miente!

—Eso es lo que Oleif decidirá.

Capítulo 11

Cuando se despertó estaba en una cama y miró sorprendida a su alrededor para ver que era la habitación que siempre había compartido con sus hermanas. Se llevó una mano a la sien donde tenía un buen chichón. Podría haberla matado. Entrecerró los ojos furiosa y se tocó el vientre suspirando del alivio cuando sintió que su hijo se movía. ¿Cuántos días llevaba inconsciente? En esa época y remando día y noche podían llegar a casa en unos tres o cuatro días. Se llevó la mano a los labios y no los tenía agrietados, lo que indicaba que le habían dado agua. Pero estaba hambrienta. Miró a un lado mareándose un poco y gimiendo se sentó en la cama.

La puerta se abrió de golpe y sorprendida vio que su madre entraba con una jarra de agua. No le dirigió la palabra ni la miró. Simplemente dejó la jarra sobre la mesa al lado de su cama llenando una copa de plata que le tendió. —Bebe.

—Madre…

—Tú ya no eres mi hija —dijo fríamente rompiéndole el corazón—. Bebe. En cuanto puedas levantarte mi Jarl te juzgará.

Confundida la miró. —¿Me juzgará? ¿Y cuáles son los cargos?

—Traición.

—¿A quién?

—¡A nosotros! ¡A la sangre que corre por tus venas y la memoria de tu padre! —Salió de la habitación dando un portazo y Hela apretó los labios antes de beber de su copa. Bueno, podía ser peor. Podría estar ya muerta. Al menos tendría la oportunidad de defenderse.

La comida se la llevó su esclava Liv que sin mirarla siquiera dejó el plato sobre la mesa antes de irse sin decir una sola palabra. Al parecer no debía hablar con nadie. Se tiró sobre el plato comiendo la carne con ansia. Tuvo un par de arcadas, pero las reprimió porque su hijo necesitaba alimentarse. Se lo terminó todo y bebió más agua de la jarra. Fue hasta el orinal y se alivió apoyándose en la pared con una mano porque aún se mareaba. No se quiso tumbar de nuevo y se quedó sentada en una silla mirando hacia la puerta. No sabía dónde estaba Frikka, pero seguramente tampoco iría a visitarla. Y a Shelby no la dejarían aparecer por allí. Eso le hizo recordar la reacción de Ivar al verla y la decepción posterior.

La puerta se abrió sin avisar y Lagmann le hizo un gesto. —Te esperan abajo.

Asintió levantándose con esfuerzo y al caminar hasta él se ladeó. Lagmann la cogió por el brazo y la sacó de la habitación susurrando —No sé si dices la verdad, pero abajo están muy enfadados. Di lo imprescindible si no quieres que alguien te mate antes de que esto se resuelva. Saber que llevas en tus entrañas al hijo de ese hombre les ha exaltado más.

Le miró sorprendida. —¿Por qué me ayudas?

—Creo que dices la verdad y si es así, no va a ser fácil que lo demuestres.

—No espero que me crean.

Bajó las escaleras con él detrás que la sujetaba por el brazo para impedir que se cayera. Al llegar abajo le dio las gracias en un susurro y levantó la barbilla al ver a toda su gente alrededor de la mesa del Jarl que esperaba sentado a la cabecera hablando con su madre. Ella se tensó al verla quedándose en silencio y enderezando la espalda mientras su hermano mayor apretaba los puños como si se sintiera impotente por no poder matarla de inmediato. Sonrió mirando a su alrededor para ver a la gente con la que se había criado. Shelby levantó la barbilla apoyándola con la mirada como había hecho siempre y su padre a su lado cogió su mano sonriéndole antes de

saludarla imperceptiblemente con la cabeza. Ella no le respondió para no ponerle en contra de su gente y caminó hasta la mesa del Jarl viendo como sus hermanas miraban al suelo. Apretó las mandíbulas pues dejaban clara su postura. Ella no era nada para su familia.

Se colocó ante el Jarl y su madre acariciando su vientre. —Se te juzga por traición.

—¿Traición a quién? —preguntó con voz firme.

—¡A tu clan! ¡A tu familia y a tu sangre!

—¿Qué familia? —Todos murmuraron. —La única familia que tengo es mi marido. Kol Solberg.

Varios jadearon indignados y ella se volvió. —¿De qué os escandalizáis? ¡Yo no tengo familia! Soy una repudiada, ¿recordáis?

—En eso tiene razón. Al repudiarla tenía derecho a vivir como quisiera. Era libre para hacer lo que creyera conveniente —dijo Shelby haciendo que varios asintieran.

El Jarl golpeó la mesa con fuerza. —¡Silencio! ¡Traicionó una vez a esta familia y lo ha vuelto a hacer al unirse a nuestro enemigo! Es una puta que ha ensuciado la memoria de su padre. ¡Del padre de todos!

—¿Tú eres mi juez? —preguntó divertida haciendo que el Jarl se levantara de golpe—. Creo que ya tienes clara tu posición y que da igual lo

que yo diga. Ya me has juzgado sin escucharme.

Los rumores de los del pueblo hicieron que el Jarl se tensara mirando a su alrededor. —¡Silencio!

—¿Por qué no lo dejamos aquí? Sería perder el tiempo si no se va a escuchar mi versión de la historia.

—Siéntate hijo —susurró su madre cogiéndole de la mano—. Tu padre la escucharía. Lo sabes.

—Gracias, madre —dijo irónica—. Oh perdón, que ya no soy tu hija. —Se acarició el vientre. —Como éste no será tu nieto y no soy nada tuyo para que juzguéis mi conducta con mi marido.

—¡Es una provocación tras otra! —gritó Ragnar empujando al herrero para pasar—. ¡No hace más que provocarnos desde que la encontramos!

Levantó una ceja. —¿Escondiéndote, hermano? ¿Acaso temías que me tirara sobre ti cuando te viera?

Varios rieron por lo bajo y Ragnar la miró furioso. —Tienes la lengua muy larga, hermana. Eso no ha cambiado.

—Es que antes la utilizaba para defenderte y no te molestaba tanto. Ahora la uso para acusarte y es lo que te altera. Que se enteren de tus secretos.

—¡No se juzga a Ragnar de nada! —gritó el Jarl.

—Pero se le juzgará. —Fríamente miró a su hermano mayor a los ojos. —Lo harás si eres un hombre justo. —Sonrió con ironía. —Antes lo eras o al menos eso creía.

—¡Intenta justificar tu comportamiento si eres capaz o si no tomaré una resolución! ¡Estoy harto de ti!

Reprimiendo el dolor asintió. —Sí, ya me había dado cuenta cuando ordenaste que me mataran. Pero has sido tú quien me ha traído. Yo estaba muy a gusto con mi marido.

Varias risas recorrieron el salón y el Jarl gritó —¡Silencio!

—Cálmate, hermano —dijo Ivar tras ella sorprendiéndola, pero no se volvió aún dolida—. Hela tiene derecho a explicarse.

Todos se quedaron en silencio y Oleif se sentó. Esperaban su relato y Hela tomó aire. —Solo pido que no se me interrumpa hasta el final.

Su hermano asintió y eso la alivió. —El día que encontré a Galder vi a un chico asustado que creía que quería robar. Cuando le llevé hasta padre, estaba orgullosa de mí por haber atrapado al hermano del despiadado y después de la muerte de los nuestros, creía que hacía lo correcto. Pero después de escuchar los planes que tenían para él y de ver que Ragnar le había golpeado, empecé a tener remordimientos. Fui débil, lo reconozco. Creí su historia sobre que se había perdido, aunque al principio tenía mis dudas y

supongo que los remordimientos de que alguien tan joven muriera por lo que habían hecho otros, pudo conmigo contradiciendo las órdenes de mi Jarl y soltándole. Me dio las gracias y después me apuñaló con una fría mirada en los ojos. Me di cuenta de mi error, pero ya era tarde. Le encontré cuando salía de la casa después de cometer su crimen. Acepté mi castigo. Se me desterró. El odio que sentí por mi enemigo me dio fuerzas para recorrer los fiordos y llegar hasta su hogar buscando venganza. —Apretó los labios y se miró las manos que estaba apretando con fuerza. —Y allí le conocí. Era un hombre hermoso que trataba bien a los suyos. Al principio no supe quién era, pero en cuanto me dijo que se llamaba Kol y que aquellas eran sus tierras intenté matarle. —La gente murmuró, pero se detuvieron esperando a que continuara. —Recibí mi castigo por su parte y mi espalda es muestra de ello. Intenté que la tortura terminara y conté por qué estaba allí. Él lo entendió. Entendió mi odio y aun así quiso convertirme en su esposa. —Sus ojos se llenaron de lágrimas. —Pero la culpa por traicionar a mi familia no me dejaba vivir, así que una noche le apuñalé creyendo que había matado a mi marido. Hui a las montañas y esperé.

—¿Cómo que esperaste? —preguntó Shelby sorprendida—. ¿En pleno invierno?

—Sí. Me refugié en una cueva y esperé. Sabía que Galder regresaría y quería matarle como le había jurado a Odín que haría. —Todos asintieron

dándole la razón. —Y cuando la nieve empezó a desaparecer vi llegar una barca. Pensé que era él y les ataqué en plena noche. Fue una sorpresa para mí que mi marido siguiera con vida, pero aún más descubrir que Galder llevaba allí semanas.

—Te tendieron una trampa —dijo su hermano.

Asintió. —Sí y recibí mi castigo. Pero Galder no podía dejar que tuviera un hijo de su hermano porque esperaba ocupar su lugar algún día, así que entró en mi habitación para intentar matarme y no lo tenía difícil porque estaba atada. —Los suyos murmuraron de nuevo. —Dicen en mi nueva familia que soy afortunada por Odín y puede que tengan razón, porque esa noche me enteré de la verdadera causa por la que había ocurrido todo. Seguramente porque pensaba que no iba a salir con vida para contárselo a nadie y quería regodearse en mi dolor. —Señaló a Ragnar. —Galder me contó que mi propio hermano nos había traicionado. Que robaban las pieles de Kol con la ayuda de Galder y después se repartían las ganancias. Que sus hombres habían cometido un error y un hombre de Kol se dio cuenta de que habían robado sus piezas porque estaban marcadas. ¡Por eso les mataron! ¡Sabían lo que hacían y Ragnar era su jefe! Por eso Galder se acercó a la aldea, para hablar con él porque Kol había jurado que se vengaría por el robo del ganado y tenía que impedir que él hablara de alguna manera sobre Galder, descubriéndole ante su hermano en venganza por la muerte de sus amigos.

Oleif miró a Ragnar que movió la cabeza de un lado a otro palideciendo. —Miente.

—¡Silencio! —ordenó el Jarl.

—Ragnar estaba furioso porque sus amigos habían muerto y Galder no había protegido el negocio. ¡Por eso le golpeó cuando fue a encerrarle! ¡El hermano de Kol estaba convencido de que no saldría vivo esa noche! Pero cuando yo le liberé, vio la oportunidad matando a padre. ¡Sabía que eso impediría a Ragnar confesar en el futuro porque implicaría que él lo había sabido todo desde el principio y había provocado lo que vino después, como el robo del ganado y la muerte de padre! ¡Por eso no dice la verdad! Pero yo la sé y ahora todos también. —Miró a Ragnar con odio.

El Jarl sonrió. —¿Puedes responderme a una pregunta?

Miró a los ojos a su hermano y asintió. —Si Galder no quería que se descubriera lo que había ocurrido, ¿por qué no matar a Ragnar? —Hela palideció sabiendo que tenía razón. —Si quería que Kol Solberg no se enterara de que su hermano era un ladrón, ¿por qué no matar a Ragnar para deshacerse del único testigo?

Alguien detrás de ella dio un paso al frente y Hela se volvió asustada para ver a Ivar tras ella que apartó su cabello antes de desgarrar la espalda de su vestido y ver su espalda llena de cicatrices. La miró a los ojos muy tenso.

—Mi hermana siempre ha dicho la verdad. Y estoy seguro de que ahora también lo hace.

—Ese monstruo mató al Jarl para que si alguien más lo sabía no abriera la boca —dijo Shelby dando un paso al frente sorprendiéndoles—. Poniéndome en su lugar, yo no sabría quien estaba enterado del asunto de las pieles. No sabría con quién Ragnar se habría sincerado sobre lo que ocurría entre ellos, así que, ¿quién abriría la boca después de que el hombre que nos daba las pieles para vender, hubiera matado a mi Jarl y yo supiera que la razón es esa? No diría ni pío porque me jugaría el cuello, que era precisamente el propósito de Galder al matar al Jarl.

Todos se miraron los unos a los otros antes de mirar a Enar que dio un paso atrás negando con la cabeza. —Yo no sé nada.

—Mientes —dijo Lagmann—. Es obvio que encubres a Ragnar.

—Es mentira. ¡Todo es mentira! —gritó su hermano antes de mirar a Oleif—. ¡Intenta justificar su comportamiento perjudicándome a mí!

—¿Por qué Ragnar? —preguntó el Jarl fríamente—. Nadie podría poner en duda el amor que Hela sentía por ti. Por todos nosotros. ¿Por qué elegirte a ti cuando yo tomé la decisión de desterrarla?

Ragnar palideció. —No lo sé. No le he hecho nada.

—¡Me desterraron por tu culpa! ¡Lo perdí todo! ¡Si no hubieras

robado esas piezas de piel, los nuestros no habrían muerto y jamás hubiéramos entrado en guerra con Kol! ¡Tú y Galder sois los responsables de esa guerra por mentir por codicia!

Todos se volvieron hacia Ragnar que negó con la cabeza. —Es mentira. Lo juro.

Oleif se levantó. —Entonces no te importará que registremos vuestras posesiones para comprobar vuestras riquezas. Seguro que en estos años que has tenido la misión de vender esas pieles, alguien culpable tendría mucho oro escondido.

Enar perdió todo el color de la cara e intentó salir huyendo, pero dos de los suyos le cogieron. Su madre se echó a llorar levantándose de la mesa corriendo escaleras arriba mientras Ragnar gritaba que todo era mentira.

—¡Prendedlo!

Hela levantó la barbilla al ver como se lo llevaban entre varios antes de mirar a su Jarl que se había sentado de nuevo y tenía agachada la cabeza como si estuviera derrotado. —Puedes volver a tu habitación.

—Quiero saber cuál es mi castigo o si soy libre para irme junto a mi esposo.

—Tengo que pensar en ello. Vete a tu habitación.

—Ya no eres mi Jarl para darme órdenes —dijo furiosa—. ¡Dime o

déjame ir!

—¡Vete a tu habitación, Hela! ¡No te lo digo más!

Ivar la cogió por el brazo tirando de ella hacia la escalera. —Por favor sube. Deja que se calme. Se acaba de llevar un duro golpe.

Jadeó asombrada soltando su brazo. —¿Un duro golpe? —gritó desquiciada asombrándolos—. ¡Un duro golpe es que por un error toda la gente que conoces te dé la espalda y te echen de tu hogar enferma en pleno invierno! —le gritó a la cara desgarrada—. ¡Un duro golpe es que en quien confiabas, como la mujer que te dio la vida y tus hermanos, no tengan un asomo de piedad por ti! ¡Eso es un duro golpe! ¡Lo que Oleif ha recibido es una bofetada de realidad y se siente avergonzado por echar a su hermana pequeña a la muerte! —Se volvió furiosa hacia su hermano mayor. —¿Pero sabes qué? ¡No te necesito! ¡No os necesito a ninguno! —gritó con lágrimas en los ojos—. ¡He sobrevivido y soy más fuerte! ¡Y tengo un hombre que me ama y que dará la vida por sacarme de aquí! ¡Así que os aconsejo que me liberéis de una maldita vez si no quieres tener sobre tu conciencia un montón de cadáveres!

Oleif golpeó la mesa de nuevo levantándose furioso. —¿Ahora eres suya? —vociferó dando un paso hacia ella tirando la silla del Jarl.

Levantó la barbilla orgullosa. —¡Sí!

—¡Pues no le importará pagar por ti un rescate!

Sus conocidos murmuraron y sin sentirse intimidada siseó —Estás cometiendo un error, Oleif. Libérame antes de que se derrame más sangre.

—Eres la esposa de nuestro enemigo. Sabías a lo que te exponías cuando te abrías de piernas para él. ¡Ahora asume las consecuencias!

Sus ojos se llenaron de lágrimas porque lo que menos quería era que su familia sufriera las consecuencias, pero Oleif no atendía a razones cuando quería salirse con la suya. —Te he advertido. Y los que pagarán las consecuencias serán los tuyos.

—¡Encerradla en la habitación! ¡No quiero ni verla! ¡Me asquea que lleve a su hijo en sus entrañas!

—¡Kol no ha hecho nada! ¡Y si sigues con esto, serás tan culpable como Ragnar! —Ivar la cogió del brazo tirando de ella hacia la escalera. —¡Sobre ti recaerá la responsabilidad de sus muertes! ¡Tu orgullo os matará a todos!

—Si muere alguien de los míos la primera sangre que se derramará será la tuya y la de tu hijo —dijo su hermano helándole la sangre.

—¿Qué esperabas que hiciera? ¿Ignorarlo todo para darte la razón? ¡No la tienes! ¡Ni la tendrás nunca! —Ivar juró por lo bajo tirando de ella escaleras arriba. —¡Kol Solberg vendrá a por mí! ¡Huid mientras podáis!

Ivar la cogió en brazos y la metió en la habitación cerrando la puerta con el pie tumbándola en la cama. —¿Estás loca? ¿Por qué le provocas?

Le miró asombrada al ver que estaba furioso. —¿Y a ti qué más te da?

—¿Por qué crees que fui con ellos? ¡En mi barco! No se fiaban de mí, Hela. ¡Tuve que ofrecer el barco para que pensaran que quería ayudarles! Oleif ya no es el hermano que conocías. Desde que es Jarl ha cambiado. ¡No estaba preparado para asumir el mando y el poder se le ha subido a la cabeza!

—¿Y por qué fuiste?

La miró a los ojos. —Porque te conozco mejor que nadie y si había una oportunidad de encontrarte, tenía que aprovecharla. Oleif no me permitió salir antes a por ti. Decía que era una pérdida de tiempo porque habías muerto hacía meses. Cuando te vi te advertí con la mirada, pero ni te diste cuenta intentando que nos alejáramos cuando Oleif y Ragnar llevaban ideando el ataque durante todo el invierno.

—¿Por qué? ¿Acaso Ragnar es estúpido para ir hasta allí y enfrentarse a Kol?

—Oleif se creyó totalmente sus mentiras. Querían matar al responsable de la muerte de nuestro padre. Como tú. Por eso cuando te vio preñada por Solberg ni se pensó matarte. Y ahora acaba de quedar como un inútil ante su pueblo. Le has dejado en ridículo, hermana. En este momento te

mataría solo por cerrarte la boca.

Levantó la barbilla. —Pero si se retractara…

—¡No digas tonterías, Hela! ¡Han matado a gente en esa aldea! —Hela palideció. —¡Ahora te necesita más que nunca! ¡Por eso cuando te vio de nuevo en el fiordo te capturó en lugar de matarte como era su intención desde el principio, porque sabe que Solberg vendrá en busca de venganza! ¡Si te tiene a ti, aún tiene una oportunidad de que no quemen este sitio hasta que no quede nada! ¡Ha iniciado una guerra que creía que ya había empezado y ahora no sabe cómo detenerse sin quedar en ridículo!

Hela pálida se le quedó mirando sentada en la cama. —¿Qué vamos a hacer?

—Tú de momento quédate aquí.

—Mi marido no tardará en llegar.

—Me lo imagino. Estoy seguro de que han salido detrás de nosotros.

Entrecerró los ojos. —Entonces debería haber llegado ya, ¿no crees?

—No, a no ser que quiera negociar por ti. Eso si no cree que le has traicionado porque tu familia te ha perdonado.

Se le encogió el corazón. —¿Y por qué iba a pensar eso?

Su hermano se pasó la mano por su cabello pelirrojo muy preocupado. —¡No lo sé! ¡Ya tendría que estar aquí y ya hemos pensado en todas las

posibilidades! Mi esposa es de lo más insistente con el tema.

—¿Shelby cree que mi marido piensa eso?

—Y te aseguro que después de escuchar tu historia y cómo te trató, lo piensa todavía más. Mi esposa no podría entender que le perdonaras algo así.

Se le cortó el aliento y miró sus manos. Kol también la conocía bien. Se lo había demostrado la noche en la que le había apuñalado. ¿Y si creía que no le había perdonado? ¿Y si tenía dudas sobre lo que sentía después de todo lo que había ocurrido? Incluso le había pedido que les dejara marchar. Podía verlo como una manera de intentar irse con su familia y si Eigil había muerto, puede que pensara que lo había hecho ella para huir. Se mordió el labio inferior sin poder dejar de pensar en ello, pero recordó que la habían golpeado cuando los hombres de Kol corrían tras ellos antes de que perdiera el sentido. Levantó la cabeza y miró a su hermano a los ojos. —Kol vendrá a por mí y a por mi hijo. Y no dejará piedra sobre piedra hasta que me haya encontrado.

—Y vengará a los suyos.

—Eso también. Si no quieres que muera más gente, déjame ir.

—¿Y que me destierren como a ti? —preguntó furioso—. Yo tengo que pensar en mi esposa y en el hijo que viene en camino.

Le miró sorprendida. —¿Vas a tener un hijo con Shelby? —Sonrió de

oreja a oreja y su hermano suspiró sentándose a su lado.

Ella le abrazó sin poder evitarlo y su hermano la abrazó a él susurrando —Pequeña, ¿qué has hecho? Has destrozado tu vida.

Se apartó sin perder la sonrisa. —He encontrado a mi hombre. He perdido a mi familia, pero a su lado me siento feliz de nuevo.

Ivar le acarició la mejilla y sonrió apretando los labios. —Debe ser un hombre increíble.

Los ojos de Hela brillaron. —Lo es. Me ha perdonado. —Soltó una risita. —Y eso que he intentado matarle dos veces.

—¿Y tú le has perdonado a él?

—No tenía nada que perdonarle, Ivar. Él no hizo nada y mis heridas me las gané con mis acciones. Merecía el castigo. Y Galder está muerto, así que entre nosotros ya está todo solucionado.

—¿Te ama? —preguntó con ternura.

Se sonrojó ligeramente. —¿Tú perdonarías a una mujer que te ha herido dos veces y que está cargada de odio si no la amaras? Puede que no me lo haya dicho nunca, pero sé que soy muy importante para él.

Su hermano asintió y acarició su cabello pensando en ello. —Temo por Shelby. No puedo dejarte ir.

Hela cogió su mano. —Lo entiendo. No te preocupes. Conseguiré

escapar para intentar retener su venganza.

—No creo que puedas. Debe vengar a los suyos, aunque te encuentre sana y salva.

—Lo sé.

Se pasó la mano por los ojos porque aún le dolía la cabeza e Ivar le dio un beso en la frente. —Descansa un rato. Lo necesitas.

—Casi me mata mi propio hermano. —Pensando en su familia sus ojos se llenaron de lágrimas. —Todavía no me lo puedo creer. Madre me ha dicho que no soy hija suya y mis hermanas ni me miraban.

—Cuando llegué del viaje, Shelby me explicó lo que había ocurrido porque Oleif les había prohibido hablar de ti. Solo me dijeron que habías sido desterrada por ser responsable de la muerte de padre. Imagínate mi cara al enterarme de que había muerto y que te habían echado. No me lo podía creer. Afortunadamente Shelby llegó de inmediato y llevándome aparte, me lo contó todo. Hacía varias lunas que te habías ido y aunque quise ir a buscarte, me lo prohibieron. —Hela sonrió con tristeza. —Creíamos que habías muerto. Es increíble todo lo que has hecho para sobrevivir y vengar a padre.

Una lágrima cayó por su mejilla. —¿Qué crees que le hará a Ragnar?

—No lo sé. Si tú por soltar a su asesino has sido desterrada, a él debería matarle, pero después de la reacción de madre no sé lo que hará. Igual

le castiga. Madre ha sufrido mucho en estos meses. Puede que no lo demuestre, pero sé que te ha echado de menos al igual que los demás. Sobre todo Frikka que desde el casamiento de nuestra hermana se ha sentido muy sola en las noches de invierno.

Le miró sorprendida. —¿Frikka? —Recordó lo dura que había sido con ella antes de ser desterrada por lo que había dicho de Ivar.

—La casa se ha quedado sin alegría. La verdad es que desde que me fui con Shelby vengo poco, porque parece que padre acaba de morir cuando han pasado meses.

—¿Eres feliz con Shelby?

Ivar sonrió. —Más que nunca. Solo me faltas tú y todo sería perfecto.

Cogió sus manos. —Venid conmigo.

Su hermano la miró sorprendido. —Eso es traición.

—Tenemos derecho a ser felices y Kol es un buen Jarl, te lo prometo. Es un hombre justo.

Su hermano se levantó apartándose. —¿Y traicionar a la familia que me ha criado? ¿A quien me lo ha dado todo cuando no tenía ni para comer? —Salió de la habitación dando un portazo, demostrando que estaba tan furioso que no quería hablar con ella.

Hela se echó a llorar porque acababa de ponerse en su contra a la

única persona que parecía estar de su parte. Se tumbó de costado dejando que saliera el dolor que llevaba meses intentando retener. Esa no era la bienvenida que esperaba cuando volviera a ver a su familia. Había esperado volver triunfante después de haber matado a sus enemigos y que todos la recibieran con los brazos abiertos. Los ojos de Kol aparecieron en su mente y sonrió con tristeza. Tenía que conseguir regresar a su lado y se acarició el vientre preocupada por su bebé. Le parecía raro que él no hubiera llegado ya si habían salido inmediatamente después. Entonces se le heló la sangre. Ivar no se lo había dicho, pero existía la posibilidad de que estuviera herido o muerto. Se sentó en la cama preocupada. Ella no le había visto siguiendo a Ragnar antes de perder el sentido. Un estremecimiento la recorrió de arriba abajo porque no lo había recordado hasta ese momento. ¿Y si estaba malherido? ¿Si no le era posible ir a buscarla? Se levantó de la cama y fue hasta la ventana abriéndola para ver las aguas del fiordo a lo lejos. Si Kol pudiera ya estaría allí, ya fuera por venganza o por ir a buscarla. Le había pasado algo.

Capítulo 12

Ya había oscurecido cuando se abrió la puerta lentamente y la cabeza de Frikka atravesó la rendija mirando hacia la cama, sonriendo al ver que se había puesto un vestido suyo de abrigo. Ella tumbada de costado la miró a los ojos esperando sus reproches por robarle la ropa y su hermana entró en silencio con una bandeja y susurrando —Solo me han dejado venir porque he traído esto. —Dejó la bandeja sobre la mesa y se acercó a la cama sentándose a su lado, iluminada por el fuego que había encendido para no quedarse a oscuras. Sonrió tímidamente y Hela la miró sin moverse sin saber cómo reaccionar. Su hermana se sonrojó. —¿También estás enfadada conmigo? Deberías estarlo. Fui muy cobarde para no enfrentarme a Oleif defendiéndote. Tú lo hubieras hecho por mí. Pero yo nunca he sido como tú. —Se miró las manos. —Me gustaría haber sido más como tú y no parecerme tanto a Sigrid. Siento todo lo que te ha ocurrido y…

Hela se levantó abrazándola con fuerza y Frikka se aferró a ella. —Hela llévame contigo. No me dejes aquí, por favor. Llévame contigo donde pueda alejarme de Ivar.

Se apartó ligeramente para mirar sus ojos llenos de lágrimas. —Ya no soporto ver su felicidad día tras día. Sé que es mezquino y soy una persona horrible, pero le amo tanto… Por favor. Haré lo que sea por salir de aquí.

Hela se tensó. —¿Por eso quieres ayudarme?

Frikka se echó a llorar. —Lo siento. Siempre he sido una egoísta. No te ayudé en su momento y no merezco tu ayuda ahora. Lo siento. —Salió corriendo de su habitación y Hela cerró los ojos reteniendo las lágrimas. Había ido a ella buscando ayuda y se sentía mal por haberle fallado.

Comió lo de la bandeja por su hijo y esperó a que Frikka regresara, pero no lo hizo. Una esclava fue a recoger la bandeja y cuando se volvía la cogió por la muñeca deteniéndola. Se llamaba Bera. Era una de las más jóvenes y siempre se habían llevado bien. Asustada la miró con sus ojos azules como platos. —Hela, suéltame —susurró —. Hay guardias fuera.

—¿Cuántos?

—Dos.

Apretó los labios sin soltarla. —Dile a Frikka que quiero verla.

Negó con la cabeza. —A mí no me metas en líos.

Entonces los ojos verdes de Hela brillaron. —¿Quieres ser libre?

Bera dejó la bandeja sobre la mesa y susurró —¿Qué tengo que hacer?

—Llama a Frikka y a partir de ahora tú me traerás la comida. Dile que venga en cuanto pueda.

—Igual no puede. Ahora duerme con su madre para dejar esta habitación libre.

—Pues que diga que necesita algo de la habitación. Que se rompa el vestido o algo así.

Bera asintió moviendo sus rizos castaños. —Bien.

—Sé discreta.

—Si me sacas de aquí, haré lo que sea.

Al parecer había muchas que querían largarse de allí y levantó una ceja rubia interrogante. —Desde que murió el Jarl Arneot esto es horrible. Y no sabes lo peor. —Hela se tensó mientras se acercaba. —Creo que tu madre ha perdido el juicio.

Hela palideció. —¿Qué estás diciendo?

—Hace cosas muy extrañas. Ayer se bañó vestida porque decía que solo su marido podía verla desnuda —dijo angustiada—. No me gusta vivir aquí, Hela. Tu hermano mayor me ha pegado varias veces cuando estaba

borracho y quiso abusar de mí. Me libré porque apareció tu madre, pero ella no se dio ni cuenta. Tu padre no lo hubiera consentido. Desde entonces evito a Oleif todo lo que puedo. —Sin poder creérselo se la quedó mirando y Bera se sonrojó. —Lo juro por Odín, Hela.

—Todo es culpa mía…

—No digas tonterías, Hela. Nunca has visto esa parte de la personalidad de Oleif porque te adoraba. Te adoraba como ahora te odia. Siempre ha sido un hombre de extremos que se retenía por los límites de tu padre, pero ahora él ya no está y puede hacer lo que le plazca. ¿Acaso crees que él no sabía lo que hacía Ragnar en sus viajes? Se hizo el tonto, pero claro que lo sabía. Como todo el servicio porque les escuchamos hablar muchas veces. El único que no lo sabía era tu padre.

—Ivar…

Negó con la cabeza. —No. Él no lo sabía. Era fiel a tu padre hasta la muerte y se lo hubiera contado. ¿Qué crees que le pasará a Ragnar? Nada. Le golpeará ante todos para que vean su indignación, pero le dejará vivir cuando otro ya estaría en esas profundas aguas sin poder respirar. —Se sentó a su lado. —¿No lo entiendes? A ti solo te dejaron ver lo bueno que tenían. Te protegían como la hermana que eres, pero te han ocultado muchas cosas.

—De eso ya me he dado cuenta. Pero me niego a creer que mi madre

haya perdido la cabeza.

Bera apretó los labios, pero sus ojos azules le dijeron que no mentía. —Y no es de ahora, Hela. Empecé a ver cosas extrañas antes de que muriera tu padre.

—¿Cómo qué? —preguntó desesperada.

—Tú no lo recuerdas, pero cuando te pusiste enferma el verano pasado… —Hela asintió. —No fue ella quien te cuidó. Fueron tus hermanas porque ella decía que no podía dejar de atender a su marido. Ahí me di cuenta de que había algo que no funcionaba bien porque un hijo es lo más importante que existe.

—Pero me trajo la comida antes y… Parecía la de siempre.

—Implacable contigo supongo. Como era implacable con todos sus hijos respecto a ser fieles a su Jarl. ¿Qué madre echaría a una hija de casa o le daría una paliza a otra simplemente porque se ha enamorado y ha cometido un error que no había llegado a dañar a nadie? Gyda siempre ha protegido a su esposo con uñas y dientes, incluso por encima de sus propios hijos. ¿Si ese hijo comete un error, tú te comportarías así?

No sabía qué contestar. Si su hijo cometiera un error como el que ella cometió sin intención de hacer daño y Kol muriera por él… No, seguramente no se comportaría como lo había hecho su madre. Pero ella no se comportaría

así tampoco con sus hermanos y ellos también lo habían hecho. Ninguno la había ayudado. —Mis hermanos tampoco me ayudaron.

Bera sonrió. —Pero es que ellos no son como tú. —Se levantó cogiendo la bandeja.

—¿Qué quieres decir?

—Tú hubieras dado la vida por todos y cada uno de ellos. Ahora sabes con quién puedes contar y con quién no. ¿Con quién puedes contar, Hela? Porque ahora es el momento de demostrar que quieren ayudarte. Yo no veo a nadie aquí.

—Frikka quiere irse conmigo.

—Por huir de lo que ve todos los días.

Esa muchacha era muy lista. —¿Y qué es lo que ve?

—Lo que veo yo. Que aquí no se casará jamás porque despreció a todos los hombres que podían haberla pretendido, esperando que Ivar se fijara en ella. Y ahora está sola. Sin ti, sin Sigrid que no le hace todo el caso que le hacía antes porque ahora tiene otras obligaciones y con tu madre que la ignora… —Negó con la cabeza. —Ella también ha pasado lo suyo durante estos meses porque se ha dado cuenta de la vida que le espera hasta su muerte. Y no es agradable si no haces nada en todo el día para entretenerte. Las dos sabemos que Frikka no es demasiado trabajadora.

Hela suspiró. —Pues si quiere venir conmigo, tendrá que cambiar.

—Estoy segura de que ahora es capaz de trabajar de sol a sol con tal de tener otra oportunidad. Y cuando has llegado, ha visto el cielo abierto. Por eso te trajo la bandeja hace un rato. Porque está desesperada por salir de esta aldea y empezar de nuevo.

—¿Shelby ha venido a verme?

—Oleif le ha prohibido subir como a su padre. Hauk tuvo que sacarla del brazo, temiendo la reacción del Jarl cuando ella con descaro le preguntó por qué no podía subir. Oleif últimamente bebe mucho, Hela. Enciérrate por dentro porque puede que si bebe de más, te haga una visita por dejarle en ridículo. Y no creo que en tu estado soportes muchos golpes.

Hela apretó los labios. —Está bien. Puedes irte. Hablaremos mañana de cómo salir de aquí.

Bera asintió y fue hasta la puerta. —Si me preguntan diré que he tardado porque no habías terminado de cenar. Vengo enseguida a traerte más agua.

—Bien. —Entrecerró los ojos. —Bera… tráeme un puñal.

A la esclava se le cortó el aliento volviéndose y apretó las mandíbulas antes de susurrar —¿Ahora?

—Cuanto antes mejor para que no sospechen porque vienes mucho.

La chica tomó aire saliendo de la habitación. Esperaba que tuviera el valor.

Se levantó y caminó hacia la ventana. Miró la luna y pensó en Kol. En si estaría bien o si estaría cerca observando. Observó la otra orilla del fiordo viendo la luna al otro lado de las montañas y se le cortó el aliento. No había llegado porque no vendrían por las aguas del fiordo. Cruzaría las montañas para atacarles por detrás. Eso les llevaría algo más de tiempo. Por eso no habían llegado.

La puerta se abrió y sobresaltándose se dio la vuelta para ver a Frikka con el vestido manchado. —Vengo a por ropa.

—Es tu habitación, hermana —dijo irónica antes de que cerrara la puerta.

Se acercó a toda prisa mirándola esperanzada. —¿Querías verme?

—Shusss —La cogió por el brazo y susurró —¿Seguro que quieres venir conmigo?

Le rogó con la mirada. —Por favor, no me dejes aquí.

—Quítate el vestido, rápido.

Frikka lo hizo con su ayuda y a toda prisa fue hasta el arcón para coger el primero que pilló. —¿Qué tengo que hacer?

—Nos vamos esta noche.

—¿Esta noche? —La miró sorprendida. —¿Cómo?

—Por las montañas. ¿Duermes con madre?

Frikka asintió. —Bien. Antes de acostarte coges su botellita de los dolores y le echas unas gotas en la leche que se toma antes de dormir.

—Ya no lo hace. Está muy rara. —Se puso el vestido a toda prisa.

—¿Ahora está abajo?

—Sí.

—¿Bebe algo?

—Está cenando como todos.

—Antes de sentarte coges una jarra y la llenas de cerveza. Echas las gotas y como despistada coges su jarra para beber colocándola en el otro lado después de hacerlo.

—Para que piense que la mía es la suya.

—Exacto. Cuando se duerma esperas un rato y después me harás una señal por la ventana cuando escuches que los demás se han acostado. Solo puedes hacerlo tú porque yo no puedo abrir la puerta para comprobar que no hay movimiento en la casa. ¿Entendido?

—Sí.

—Bera irá a por Témpano y lo dejará debajo de mi ventana.

—¿Cómo vas a bajar hasta él? Estás en estado.

—Tú no te preocupes por mí. Bajarás al salón como si fueras a buscar algo y te subirás a tu montura llevándote a Bera. No me esperéis. En cuanto salgas de la casa, vete hacia las montañas.

—¿Hacia las montañas?

—Kol vendrá por allí, estoy segura. No va a venir por esas aguas para que les vea cualquiera antes de llegar y que estén prevenidos. Vendrá por las montañas y atacará de noche para tomarles por sorpresa.

—Tu marido es algo retorcido.

Hela sonrió encantada acariciándose el vientre. —Sí. Ahora vete.

En ese momento se abrió la puerta y Bera entró con la jarra de agua. —Aquí tienes, Hela.

—Cierra la puerta. Ayúdame a desvestirme. Me duele el vientre.

Cerró la puerta y ambas la miraron sorprendidas. —Es mentira —susurró.

Suspiraron del alivio y Bera dejó la jarra antes de levantarse la falda hasta las rodillas mostrando un cuchillo de la cocina. Lo metió bajo el colchón. Frikka levantó una ceja antes de acercarse al otro lado del colchón, levantándolo para mostrar debajo varias armas. Se acercaron sorprendidas.

—Vaya —dijo Bera bufando al ver un pequeño hacha.

—Cuando te vi llegar, las cogí con el revuelo que se montó. Sabía que las ibas a necesitar.

Hela soltó una risita. —Qué bien me conoces, hermana.

Frikka hizo una mueca. —No pude coger un arco.

—No lo necesitaremos. Ahora iros. Frikka te explicará qué hacer —le dijo a la esclava.

Bera asintió y salió sin más. Frikka se apretó las manos nerviosa. —¿Lo conseguirás? ¿Y si te haces daño?

—Eso no va a pasar. Y si me cogen, vete hacia las montañas sin detenerte y en cuanto les encuentres les dices lo que ocurre. —Frikka asustada asintió y Hela sonrió dándole ánimos. —No te preocupes. Todo saldrá bien.

Frikka la abrazó con fuerza. —Te veo luego.

Se alejó saliendo de la habitación a toda prisa. Esperaba que la estratagema de las jarras saliera bien, porque si su madre no se dormía, Frikka no podría vigilar que Oleif se acostara y su hermana no podría salir de la casa.

Se acercó a la puerta y cogió la tabla que la trancaba, pasándola por las agarraderas de hierro muy lentamente para que no la escucharan al otro lado. Eso les retendría si intentaban entrar. Cuando la colocó fue hasta la

cama y cogió las pieles antes de sacar el cuchillo de debajo del colchón. Hizo tiras gruesas lo más lentamente que pudo para que del otro lado no se escuchara nada al rasgar la piel. Hizo nudos para apoyar los pies mientras descendía y no resbalar por el pelo. Se aseguró de que aguantaba su peso tirando de cada nudo con fuerza varias veces. Y cuando terminó tenía una vía de escape bastante decente. Ahora a ver dónde la sujetaba. La cama estaba demasiado lejos de la ventana. Se mordió el labio inferior y gruñó por lo bajo porque no había nada donde sujetar la escala. Entonces miró la ventana de madera y se preguntó si soportaría su peso. Pasó la piel entre la hoja y el marco y con el ceño fruncido miró las bisagras mientras tiraba con fuerza. Los clavos no se movieron. Pero no sabía si soportaría su peso al bajar. Bueno, tendría que arriesgarse.

Regresó a la cama y cogió una cinta de piel que se puso por encima de su vientre rodeándolo y la ató. Cogió la daga de debajo del colchón, colocándosela en la bota antes de recoger el cuchillo que le había llevado Bera, metiéndoselo en su improvisado cinturón en el costado. Se lo pensó mejor no fuera a ser que cayera mal y se lo clavara en el costado. Decidió ponérselo a la espalda. Ahora solo quedaba esperar y cruzar los dedos a que Frikka y Bera tuvieran suerte.

Vio salir a varios hombres de la casa y por su manera de caminar parecía que iban hacia la guerra. Se escondió cerrando la hoja de la ventana

lo suficiente para que no se la viera y les observó ir hacia los establos. Minutos después salieron a caballo en dirección al fiordo y suspiró del alivio. Iban a vigilar las aguas. Sonrió abriendo la ventana de nuevo en cuanto se alejaron. Vio como la luna se desplazaba durante horas y cuando escuchó un golpe en la puerta se sobresaltó. —Que descanses, hermana —dijo Oleif riéndose después a carcajadas—. Puede que mañana no tengas oportunidad.

—¡Te deseo lo mismo! —gritó para que la oyera con ganas de matar a alguien por ser tan estúpido para creer que podía jugar con ella. Su risa se alejó y miró por la ventana. Unos minutos después vio el brazo de su hermana moviéndose de un lado a otro. Dejó caer la escala y miró a su alrededor asegurándose de que nadie la viera. Le costó un poco con la barriga encaramarse a la ventana y se sujetó bien a la piel esperando que sus manos no sudaran demasiado porque el pelo mojado podía resbalar. Gimió cuando al dejarse caer su barriga se golpeó con la piedra de la fachada. Respiró hondo varias veces antes de empezar a bajar.

—¡Ten cuidado!

Asombrada miró hacia abajo para ver a Shelby y a Ivar que estaban al lado de Bera con Témpano a su lado. Abrió los ojos como platos cuando vio a Hauk acercándose con otro caballo cargado de provisiones. Bufó porque solo faltaba que fuera media aldea a darle ánimos. Era imposible que nadie les estuviera viendo. Sintió unas manos en el trasero y al mirar hacia abajo

vio a su hermano sujetándola. —Déjate caer —susurró.

Ella lo hizo sin pensar e Ivar gimió cuando recibió su peso. —Hermana has engordado.

—¿No me digas? —gruñó antes de que la dejara de pie—. ¿Qué hacéis aquí? —siseó furiosa.

—Lo hemos pensado mejor.

Los tres asintieron y Shelby susurró —Nos vamos contigo. Tú eres nuestra familia. Solo debemos ser fiel a ti.

Se emocionó al escucharles y en ese momento salió Frikka de la casa con un hatillo parpadeando al verles. —Nos van a pillar.

—Todos a los caballos. ¡Rápido! —Se sujetó la barriga yendo hacia Témpano y se subió con agilidad. Estiró el brazo cogiendo el brazo de Frikka, tirando de ella para subirla mientras que Bera se subió con Hauk. Ivar y Shelby iban en su montura. Le hizo un gesto a su hermano hacia las montañas y aunque frunció el ceño asintió. Uno detrás de otro, rodearon la casa del Jarl para ir hacia las montañas y cuando se alejaron Ivar susurró —Esto no me gusta.

—A mí tampoco. ¿Nadie vigilando la casa del Jarl en un momento así? —preguntó Shelby nerviosa.

—Vigilan el fiordo —dijo Hauk—. Son demasiado confiados.

—No, Ivar tiene razón. Es una trampa para saber quién está de mi lado. Por eso nadie ha salido de sus casas. Estaban advertidos por sus familiares que son los encargados de la vigilancia.

Miró a su alrededor mientras Ivar sacaba su espada. —¿Qué hacemos? Ya nos han descubierto. ¿Por qué no nos han detenido ya?

—No lo sé. —Miró a su alrededor con desconfianza. A pesar de ser de noche se tenía buena visibilidad, pero podían estar escondidos en los árboles. No veía monturas y tenían que intentar despistarlos. —Iver. La cascada.

Su hermano asintió y miró a su suegro. —Sígueme. No te alejes.

—Iré detrás de ti.

—¡Ja! —Su hermano inició el galope a través de la noche y Hauk le siguió de cerca.

Hela azuzó a su caballo y Frikka se sujetó en sus hombros. Entonces escucharon los cuernos dando el aviso y Frikka gritó —¡Nos siguen!

Juró por lo bajo agitando las riendas preocupada por si su caballo tropezaba con una piedra. Aunque conocía el camino, nunca había cabalgado por esa parte del terreno. —Vamos, hermoso. Tienes que sacarnos de aquí. —Sintió un fuerte dolor en el costado, pero lo ignoró mirando hacia atrás. Cinco hombres a caballos les seguían, pero estaban algo alejados. Miró a Hauk que

estaba a unos metros de ellas y gritó —Seguid. ¡Iré hacia el bosque para despistarles! Me necesitan a mí.

—¡No, Hela! —gritó Shelby.

—¡Seguid! Os veré allí. —Tiró de las riendas para que Témpano cruzar entre los árboles antes de llegar al valle y su caballo lo atravesó a galope tendido. Tres de los jinetes la siguieron a ella, pero su caballo era el mejor de la aldea y esa carrera hizo que cogiera ventaja.

—¿A dónde vamos? —preguntó Frikka histérica.

—Tranquila, hermana. Tengo una idea. —Entonces entraron en el bosque y se dirigieron hacia las montañas aminorando el ritmo yendo cuesta arriba. Las copas de los árboles impedían el paso de la luna y estaba muy oscuro. Llegaron a unos matorrales y le susurró a su hermana. —Baja. —Frikka lo hizo sin protestar y Hela bajó de Témpano con cuidado porque no veía casi nada. Entonces sin soltar las riendas se acercó a la cara de Témpano. —Túmbate, bonito. Tiró de las riendas hacia abajo y su caballo se agachó arrodillando las patas antes de tumbarse de costado. Hela se agachó y Frikka la imitó quedándose en silencio tras los setos cuando los jinetes entraron en el bosque a varios metros, pero se detuvieron casi al entrar. —No se ve nada, Baldur —dijo uno de los hombres de su hermano.

—¡Ella ha entrado aquí! ¡Buscadla! ¡Conoce el bosque como la palma

de su mano!

Témpano bufó y Hela acarició su cuello sin dejar de mirarles. —¿Habéis oído eso?

—Será un ciervo. —Baldur juró por lo bajo adelantando su caballo un poco más —Oleif nos va a matar como no la encontremos.

—Es imposible seguirla por aquí.

—Rodeemos el bosque por la orilla. No tenemos otra opción.

—Acaba en la casa de Hauk.

—Hauk iba con ellos. ¿Y si han quedado en encontrarse allí? ¡Rápido!

Salieron del bosque y Frikka se iba a levantar, pero Hela la cogió por el brazo y susurró —Es una trampa. Saben que Hauk no regresaría a su casa después de traicionar al Jarl. —Frikka asintió. —Lo han dicho para cogernos cuando salgamos para ir en su encuentro.

—¿Y qué hacemos?

—Ir hacia arriba. Es nuestra única salida. —Tiró de las riendas de Témpano que se levantó enseguida y con cuidado empezaron a subir el monte, refugiándose en los árboles y bordeando el valle. Otro dolor atravesó su vientre y se acarició el costado antes de resguardarse tras el árbol mirando el valle a sus pies. Frunció el ceño porque no les veía.

—No están —dijo su hermana asombrada.

—Entonces son más estúpidos de lo que me creía o se han vuelto a internar en el bosque para buscarnos.

—Porque no salimos en aquel momento.

—Exacto. De todas maneras no nos vamos a arriesgar.

—Todavía quedan dos. ¿Crees que han alcanzado a Ivar?

—Más les vale que no, porque les destrozaría. Oleif no ha elegido a sus mejores hombres para este trabajo, lo que nos indica que están en el fiordo esperando a Kol. Continuemos.

—¿Estás bien? Tu voz…

—Estoy bien. Tenemos que seguir caminando hasta el final del valle. Después iremos a caballo.

—Como quieras.

—No quiero hacer esperar a Ivar. Vamos.

Caminaron en silencio atentas a los sonidos de la noche y llegaron a una zona desarbolada que las hacia visibles bajo la luz de la luna, pero nadie dio la voz de alarma. Bajaron con cuidado por la inclinación y cuando llegaron al valle Hela estaba agotada. —Ayúdame a subir.

—Sabía que no estabas bien. —Su hermana la empujó por el trasero para sentarla sobre el caballo y de los nervios casi no tuvo que ayudarla,

porque subió tras ella a toda prisa. —¿Es el bebé?

—Todo está bien. No te preocupes.

Tiró de las riendas haciendo que Témpano se metiera entre los árboles e inició el camino hacia la cascada, atenta por si escuchaba a los dos que les faltaban por despistar. Con alivio llegó a la pequeña laguna y vio la cascada. No había nadie a su alrededor e hincó los talones en Témpano avanzando para rodear la laguna. Pasaron entre unas rocas cubiertas de musgo y tranquilizó a su caballo cuando se inquietó porque el sonido del agua tan cerca le estaba poniendo nervioso.

—¿Hela? —preguntó su hermana nerviosa.

—No te preocupes. —Tapó los ojos de Témpano con las manos y apretó las rodillas para que siguiera avanzando. El agua cayó sobre ellas a medida que iban cruzando al otro lado de la cascada y tuvo que acostumbrarse a la falta de luz cuando llegaron a la gruta.

Alguien cogió las riendas de Témpano asustándola y suspiró de alivio al ver a Ivar sonriendo. Afortunadamente se filtraba a través del agua algo de luz y en cuanto se acostumbró vio a su familia rodeándolas.

—Sabía que lo conseguirías —dijo su hermano.

—¿Estáis bien?

—Sí, pero han pasado por delante hace unos instantes. ¿No les habéis

visto?

—No. —Extendió los brazos y su hermano la cogió para bajarla del caballo. —Estoy de parto.

—No —protestó Shelby preocupadísima—. ¿Precisamente ahora?

Hizo una mueca. —Sabes que siempre soy de lo más inoportuna.

Su amiga se sonrojó. —No quería decir…

Hela sonrió. —No te preocupes. Pariré y continuaremos. —Todos la miraron incrédulos. —¡Eh… que soy capaz!

Hauk soltó una risita. —Estoy seguro, niña. Si alguien es capaz esa eres tú.

—Gracias, padre —dijo Shelby irónica.

—Y tú, hija. Tú también eres capaz. —Carraspeó incómodo. —Voy a preparar la cama.

Shelby soltó una risita acercándose. —No, no sería capaz, pero me encanta que me lo diga. —Preocupada cogió su brazo. —¿Estás bien?

—Sí, solo me duele el costado. —Se lo acarició mirando a su alrededor. La húmeda gruta no era el mejor sitio para parir. —Kol me va a dejar sorda con sus gritos por no hacerle caso.

—¿No sería mejor subir la montaña y alejarnos? —preguntó Frikka —. Puedes tardar horas en dar a luz y al menos estarás en un sitio seco.

Hauk que iba a extender la piel sobre el suelo se detuvo. —No me parece mala idea. Estamos muy cerca de la aldea.

Apretó los labios porque estaba cansada, pero tenían razón. Asintió yendo hacia el caballo y su hermano negó con la cabeza. —No podremos subir los riscos a caballo, hermana. Debemos dejarlos fuera.

Acarició el cuello de Témpano, pero Ivar estaba en lo cierto. Prefería abandonarlos allí que más arriba en la montaña y que les pasara algo al intentar bajar. —Está bien. Vamos. Debemos alejarnos lo máximo posible antes de que traiga al mundo a mi hijo.

Ivar se encargó de salir primero con la espada en la mano. Frikka a un lado y Shelby al otro salieron con ella de la cascada. Dio un respingo porque el agua estaba helada y cuando Hauk sacó su caballo, entre todos cogieron las provisiones. Ella estiró la mano para coger el hatillo de Frikka y su hermana negó con la cabeza. —Déjalo. Son vestidos y…

—¿Vestidos? —Parpadeó asombrada y Frikka se sonrojó. —No me lo puedo creer.

—Es lo que tengo y he dejado muchas cosas.

Miró a Shelby que miraba hacia otro lado haciéndose la loca. —¿Tú también te has llevado los vestidos?

—Solo tengo tres.

Ivar reprimió la risa al igual que Hauk, que se cargó a la espalda una gran saca. —¿Qué es eso?

—Comida.

—Déjalo en el suelo. ¡Dejad todo lo que no sea imprescindible!

Nadie dejó nada en el suelo y furiosa miró la montaña. —No quiero que os agotéis y nos queda mucho camino. Solo cosas irremplazables y de la comida me encargaré yo o Ivar.

—Es cierto. Deshaceros de todo lo que no sea irremplazable. Hauk, deja la comida. Solo agua y algo de pescado salado.

—No, hay agua por toda la montaña —dijo ella exasperada—. Coged las mantas. Es lo único que necesitamos. ¡Y daos prisa! Aquí estamos expuestos.

—Qué mandona se ha vuelto —dijo Frikka dejando el bulto sobre el suelo antes de sacar un brazalete de oro que le había regalado su padre. A Hela se le cortó el aliento porque le había regalado uno a cada hermana, pero ella había tenido que dejar el suyo. Era lo único de valor que tenían. Cuando Frikka sacó el suyo tendiéndoselo con una sonrisa, sus ojos se llenaron de lágrimas. —Te has acordado del mío.

—No. Me lo iba a quedar, pero ya que has vuelto…

Shelby soltó una risita. —Serás mala.

Frikka le guiñó un ojo y Hela lo cogió con cuidado. —Es tuyo. A padre le gustaba vértelo puesto.

—Pues ya no me lo quitaré.

—Ni yo tampoco.

Se lo pusieron en el brazo y se abrazaron antes de mirar a los demás que ya estaban listos. Hauk había enrollado las pieles y las llevaba a la espalda como Ivar, que sacó su espada. —Vamos. Tenemos mucho camino por delante.

Iver y Shelby fueron delante. Miró a Frikka a los ojos. —¿Estás bien?

—Parece que no me voy a librar de él.

Bera se puso a su lado. —Lo siento. En cuanto te tiré la cerveza por encima, Shelby se dio cuenta de que lo había hecho a propósito. No pude evitarlo. Interroga mejor que Oleif.

Su hermana se encogió de hombros. —Bueno, al menos puede que encuentre otro hombre en nuestro nuevo hogar.

—Claro que sí. Tú positiva siempre. Y si te quedas solterona, pues a cuidar a tu sobrino. —Bera se alejó resuelta y Frikka gimió.

—No te vas a quedar soltera. —La cogió por los hombros caminando detrás de los demás. —Se pelearán por ti. Oye, a mí me ha pasado, así que cuando vean mujeres tan hermosas se quedarán de piedra.

—¿Se pelearon por ti? —Su hermana abrió los ojos como platos. —Hala…

—¡Guapa, no hace falta que te sorprendas tanto!

Todos rieron por lo bajo sin dejar de caminar. —¿Crees que yo me casaré? —preguntó Bera tímidamente.

—Claro que sí. Allí hay hombres a puñados.

Las dos rieron como niñas. —Shusss —las regañó Hauk divertido—. Silencio.

Capítulo 13

Estaba amaneciendo cuando Hela ya no pudo más. Se sentó sobre una roca viendo el impresionante paisaje. —Necesito descansar. Los dolores ya son muy a menudo.

Shelby asintió y le hizo un gesto a su marido que se alejó con Hauk a preparar su cama. Entre unas rocas que la resguardaban de la brisa, extendieron una piel y ella asustada se acarició el costado observándolos.

Las tres la miraban nerviosas y agotadas. —¿Cómo estás? ¿Quieres beber algo?

Negó con la cabeza a la pregunta de Frikka. Le dolía tanto que casi no era capaz de hablar. Lo que sí quería era gritar, pero si lo hacía provocaría un eco en el valle y puede que los descubrieran. Un dolor la atravesó y gimió apretando los ojos con fuerza mientras sus amigas palidecían al ver como la tierra que tenía a sus pies se mojaba.

—Ya viene —dijo Shelby cogiéndola del brazo cuando recuperó algo de color—. Deberías tumbarte para estar más cómoda.

—Sí, por favor.

Su hermana la cogió del brazo para ayudarla y las demás la agarraron por donde pudieron. Las miró asombrada. —¿Qué hacéis?

—Disimula un poco, anda. Es para sentirnos mejor —susurró Bera haciéndola reprimir una sonrisa porque era evidente que querían sentirse útiles.

Los hombres la miraron impotentes mientras se tumbaba y Shelby les hizo un gesto. —Id a por algo para comer. Después estará hambrienta.

—¿Tú crees? Yo creo que le va a quitar el hambre y estará agotada —dijo Hauk confuso—. Eso fue lo que le pasó a tu madre.

Hela gimió con fuerza agarrándose el vientre y los hombres salieron disparados como si tuvieran algo urgente que hacer. Las mujeres se arrodillaron a su lado y Bera chasqueó la lengua al ver que nadie se movía. —Vale, miraré yo.

—¿Qué vas a mirar? —preguntó Frikka con los ojos como platos al ver que se ponía entre sus piernas.

—Sale por aquí, ¿sabes? Y hay que sujetarlo.

Le levantó las faldas y las tres miraron entre sus piernas dobladas.

Hela con la respiración agitada y sudando del esfuerzo miró sus caras. —¿Qué?

—Entre tanto pelo rubio yo no veo nada— dijo Frikka sonrojándola—. Tienes el pelo de ahí abajo más oscuro que el de la cabeza, ¿no es raro?

—Debe ser por el sol —dijo Bera analítica.

Cerró las piernas de golpe y siseó —¿Queréis dejar de decir tonterías?

Shelby suspiró. —No se ve nada. Así que a esperar.

—¡No tenéis ni idea de lo que habláis! ¿Alguna ha asistido alguna vez a un parto?

Se miraron las unas a las otras antes de mirarla a ella y negar con la cabeza. Gimió dejando caer la suya sobre la piel mirando el cielo. —No pasa nada. No puede ser tan difícil.

—Claro que no. Lo hace todo el mundo. Bueno, todas las mujeres. Tú parirías diez —dijo su hermana convencida haciéndola sonreír.

Entonces otro dolor la recorrió y gimió agarrándose el vientre con fuerza. Aquello dolía horrores y gimoteó sin darse cuenta preocupándolas. Cuando pasó el dolor miró al cielo de nuevo y susurró —Estoy harta de ser fuerte. Kol iba a acompañarme para no tener que ser fuerte todo el tiempo. Estaríamos unidos.

Las chicas suspiraron y las miró como si estuvieran mal de la cabeza,

cuando vio a Kol tras Bera con los brazos en jarras mirándola con el ceño fruncido como si estuviera muy enfadado con ella. Parpadeó porque no se lo podía creer y sus preciosos ojos verdes se llenaron de lágrimas alargando la mano. —Estás aquí.

Las chicas se volvieron dejando caer la mandíbula al ver a aquel impresionante vikingo. —¿Se puede saber qué haces, mujer? —preguntó furioso.

—¿Parir?

—¿Cómo que parir? ¿Ahora? —Parecía que le había dado la sorpresa de su vida y Hela sonrió mientras una lágrima corría por su mejilla. Él juró por lo bajo acercándose a ella mientras las chicas se apartaban y veían como se arrodillaba a su lado. —Preciosa, siempre tienes que complicarlo todo.

—Estás aquí. Estaba asustada por ti.

—Y yo por ti. —Le cogió la mano y se agachó para besarla en los labios apasionadamente. Se apartó para mirarla fijamente y gruñó antes de besarla de nuevo. Las chicas volvieron a suspirar cuando él le acarició la mejilla alejándose. —Preciosa, ¿no te quedará mucho?

—¿Tienes prisa?

—Bueno, puedo esperar unas horas, pero me urge un poco abrirle la cabeza a tu hermano.

—No lo harás.

—Claro que sí.

—Nos iremos a casa. Estoy bien.

—Pero los míos no.

Palideció mirando sus ojos grises. —¿Cuántos?

—Seis. Mataron a seis y tres eran mujeres, Hela. Los muy cobardes… Han matado a Balmung al proteger a los niños. —Hela reprimió las lágrimas mirando al cielo. Lo sentía muchísimo, era un buen hombre. Gimle tenía que estar destrozada y no podría demostrarlo porque se suponía que nadie sabía que tenían una relación. Se sintió muy culpable. Ella había llevado la muerte a su pueblo. —No es culpa tuya. Ni se te ocurra pensarlo. —Le acarició el cuello. —Ahora trae a mi hijo al mundo porque quiero ver su cara antes de vengar a los míos.

—¿Eigil?

Sonrió. —Está furioso. Pero vivo. Lo escuchó todo y nos avisó. Llegamos a la aldea a tiempo de que la masacre fuera mayor. Se ha tenido que quedar en casa, pero está vivo.

Un dolor la atravesó y Kol palideció del susto al ver su sufrimiento. —¿Preciosa?

—Duele mucho.

Bera volvió a mirar entre sus piernas y dijo —Se ve algo negro.

Kol la miró asombrado. —¿Nunca habéis asistido a un alumbramiento?

Las tres negaron asustadas por la cara que había puesto. Kol juró por lo bajo y corrió alejándose. Hela preguntó confundida. —Cielo, ¿a dónde vas? ¿No querías verle la carita? ¡Kol Solberg! ¡Ni se te ocurra dejarme ahora para vengar a nadie! ¡Voy a parir a tu hijo!

—Oye, ¿hay muchos en la aldea como tu hombre? —preguntó Frikka sonrojándose antes de sonreír.

—¡Esto duele! —gritó sin poder evitarlo porque parecía más interesada en encontrar marido que en ver a su sobrino.

Su hermana se sonrojó aún más. —Sí, lo entiendo. Pero si quiero vivirlo algún día… ¿Hay alguno de ese estilo en rubio? ¿Pelirrojo?

Shelby la miró asombrada. —¡Un poquito de sensibilidad, Frikka! —Miró a Hela interrogante. —¿Lo hay?

—¡Tú ya estás casada!

—No, si es por quitármela de encima. ¡Porque está de lo más pesada con Ivar y es mío!

—Lo que faltaba, pelea de gatas —dijo Bera mientras Frikka se moría de la vergüenza porque Shelby la había pillado. Bera carraspeó—. A mí me

vale de cabello oscuro. El tuyo tiene muy buena pinta.

Hela gruñó. —¡Es mío!

—No, si eso ya lo he visto. Yo me refiero a otro.

De repente llegó Kol de nuevo con Brander detrás. —Una pregunta. ¿Dónde está mi marido? —preguntó Shelby dándose cuenta de que le faltaba algo.

Kol no le hizo ni caso mientras empujaba a Brander hasta su mujer que estaba tumbada. —Eres muy oportuna —dijo el amigo de su hombre.

—Lo sé. —Cuando se agachó ante ella gritó —¿Qué haces?

—Mirar.

—¡Tú no vas a mirar ahí nada!

Brander se puso como un tomate antes de levantar la vista hasta Kol que frunció el ceño. —Jefe…

—Él ha asistido a un parto, preciosa. Deja que mire.

—¡Ni hablar!

—¡Ya te ha visto desnuda, Hela! ¡Deja que mire!

Chilló de la vergüenza. —¿Cuándo me ha visto desnuda?

—¡Cuándo estuviste enferma! ¡Te ha visto desnuda como la mitad de mi pueblo cuando te sacaba a la nieve para bajar la calentura!

Avergonzadísima miró a su marido como si todo fuera culpa suya. —Ahora no podré mirarles a la cara.

—Antes no lo sabías y les mirabas perfectamente. ¡Abre las piernas!

Gimió abriendo las piernas lentamente y Brander muy sonrojado preguntó —¿Te duele?

—¿Tú qué crees? —gritó furiosa.

—Cielo, sigue gritando así y todo tu pueblo se va a dar cuenta de dónde estamos.

—¡Es que me ponéis de los nervios! Lo estaba haciendo muy bien sola.

—Pues yo creo que deberías empujar —dijo Brander sin saber a dónde mirar. Al levantar la vista hacia Bera, ésta le guiñó un ojo sorprendiéndole.

—Cielo, empuja. ¡Mi hijo quiere salir y no le dejas!

—Uy, cuando me levante de aquí…

Gimió sintiendo que el dolor volvía y Brander gritó —¡Empuja no te lo dejes dentro!

—¿Cómo me lo voy a dejar dentro, imbécil? ¡Kol sácalo de aquí antes de que le arranque los ojos!

Su marido hizo una mueca. —Encima que quiere ayudarte…

—Jarl, ordénaselo. Si eres su Jarl tiene que hacerte caso.

—Tienes razón esposa, es estúpido. ¡Cuándo me ha hecho caso mi mujer! Lárgate de aquí.

Shelby soltó una risita. —Siempre ha sido algo rebelde. Ese bebé saldrá cuando ella quiera.

Kol se arrodilló a su lado de nuevo. —¿Estás segura de lo que haces?

—No, pero al parecer tengo más idea que vosotros. El niño me dirá cuando quiere salir. Estoy segura. Por cierto, ¿dónde están los demás?

—A unos pasos de aquí al otro lado de la montaña. Os escuchamos en cuanto llegasteis. Tranquila, todo está bien. Tú concéntrate en traer a mi hijo al mundo.

Era más de mediodía cuando cogió la mano de Kol mirándole a los ojos. —¡Ya!

—¿Ya qué?

—Que ya viene.

—Menos mal —dijo Frikka como si fuera una pesada. Kol furioso y Hela sudando a mares y roja como un tomate, la fulminaron con la mirada y su hermana se sonrojó. —Es que temo porque nos descubran. Es eso. Encima

que miró por nuestra seguridad.

Shelby se arrodilló al lado de Bera y miraron entre sus piernas. —Sí, es moreno. —Sonrió radiante. —Un hijo, Hela. ¡Vas a tener un hijo! ¡Hace unos días pensaba que habías estirado la pata y ahora vas a ser madre!

Kol le acarició la mejilla. —¿Estás segura?

Apretó con fuerza su mano. —Siiiii… —Empujó todo lo que pudo apretando los dientes y cuando terminó, se dejó caer sobre la piel. Kol escuchó un llanto y sorprendido miró entre sus piernas para ver un bultito sobre la piel. Hela suspiró cerrando los ojos. —Ya está.

—Es una niña preciosa —dijo Shelby antes de soltar una risita—. Y tiene tu carácter.

Kol se volvió hacia ella con los ojos como platos como si no se lo pudiera creer y Hela susurró —¿Qué? ¿Qué ocurre? —Levantó la cabeza para mirar al bebé y lo estaban tapando con una piel envolviéndolo. Estiró los brazos. —¿Qué le ocurre?

—Nada. Está muy bien. ¿No ves cómo llora?

Hela vio que de la piel caía algo viscoso y gritó asustada —¿Qué tiene colgando?

—Es el ombligo. —Las mujeres se miraron. —¿Cómo se quitará?

—Id a llamar a Brander. Aprisa. —Kol la sujetó por la espalda para

sentarla y ambos miraron a su bebé. Estaba algo sucia y le limpió la carita y el pelo con la manga de su vestido sin que dejara de llorar. —Es igualita a mí —dijo él orgulloso.

Le miró a los ojos. —¿Estás defraudado porque es una niña?

—No. Vamos a tener muchos, así que alguno será varón. —Ella hizo una mueca y él rió a carcajadas. —Estoy muy contento.

—¿De verdad? —preguntó mirando sus ojos grises.

La besó suavemente en los labios. —Pero la próxima vez parirás en casa.

Brander llegó corriendo con el cuchillo en la mano y Kol se tensó levantándose de golpe, haciéndola caer al suelo porque no se lo esperaba y provocando que la niña que se estaba calmando llorara más aún.

—¿Nos atacan?

Su amigo negó con la cabeza. —No, ¿por qué piensas eso? —Miró al bebé y sonrió. —Una niña. Qué bonito. —Alargó el cuchillo y Hela gritó apartando el bebé.

—Tengo que cortarlo. ¡Sino te vas a desangrar! Dejadme a mí que lo he visto antes.

Kol se tensó cuando su amigo abrió la piel que cubría al bebé y le hizo un corte haciendo un nudo y su amigo sonrió. —Luego eso se seca y se

cae.

Hela suspiró del alivio. —Gracias.

—De nada. Jefe tengo que mirar por si no lo ha echado todo.

—Haz lo que tengas que hacer —dijo cubriendo a su hija de nuevo antes de besar a su mujer en la frente.

—Todo bien, mi Jarl.

Le bajó el vestido con cuidado y Hela sonrió. —Podrás ayudar a tu esposa cuando traiga a tus hijos al mundo.

Brander se sonrojó. —Eso es cosa de mujeres.

Kol sonrió. —Vuelve a tu puesto y deja de flirtear con esa mujer.

Miró asombrada a Kol mientras su hombre se iba. —¿Qué mujer?

—La de cabello castaño.

—Bera. ¿Y mi hermana?

—¿Qué hermana? ¿Alguna es hermana tuya? —preguntó muy tenso.

—Si yo lo he olvidado tú también.

—¡Pues hay cosas que no puedo olvidar! —La niña se puso a llorar de nuevo e hizo una mueca. —Tengo que acostumbrarme a hablar más bajo.

—Si no quieres que nos salga nerviosa… Sobre la venganza…

—Ni se te ocurra pensarlo. Sabes cuál es mi obligación. Como cual

fue la tuya al venir a mis tierras. —Hela apretó los labios porque tenía razón. Ella no podía hablarle de venganzas.

Vio una sombra sobre ella y miró hacia arriba para ver a su lado a su madre con cara de desquiciada y un cuchillo en la mano, mirando al bebé con los ojos cargados de odio. —Hijo de Loki.

Hela se tensó mientras Kol se levantaba lentamente con la espada en la mano. —Madre, tranquilízate. Es tu nieta —dijo mirándola a los ojos intentando que se calmara pues temía por ella. Pero su madre no le quitaba la vista de encima al bebé.

—¡Hijo del mal! —gritó fuera de si levantando el cuchillo.

Una daga le traspasó la garganta y su madre miró sorprendida al frente antes de caer hacia atrás, mientras Hela gritaba desgarrada viendo a Ivar pálido de pie a unos metros. Se echó a llorar intentando levantarse para verla y Kol la cogió en brazos pegándola a él. —Cálmate, cielo —dijo él preocupado—. No quiero que la veas.

—¡Madre! —gritó sin aliento intentando que la soltara sin ser consciente de que tenía a la niña en brazos.

—¡Hela, nuestra hija!

Asustada miró su pecho y al ver su carita lloró pegándola a ella susurrando —Lo siento. Lo siento.

Kol se sentó en una roca mientras que su mujer ni se daba cuenta que todos sus hombres la miraban preocupados. Lloró durante un rato rodeada por los brazos de su marido hasta que se quedó dormida de agotamiento sobre su pecho.

El llanto de su hija la sobresaltó y vio a Kol ante ella con su bebé en brazos. Se sentó sobre la piel donde había dormido y recordó lo que había pasado. Preguntó asustada por perderla también. —¿Está bien?

—Tiene hambre. —Se agachó a su lado y se la tendió.

Un hombre que estaba frente a ellos se dio la vuelta y Hela se abrió el cordón de cuero del pecho y acercó su boquita a su seno. Se agarró enseguida y ambos sonrieron. Kol vio la tristeza en su esposa y de cuclillas a su lado susurró —No puedo evitarlo, preciosa.

—Lo sé.

—Quiero que te vayas a casa con Brander y tu hermano. Yo continuaré con mi misión.

Sin mirarle a los ojos asintió. —Hela mírame. —Ella lo hizo y vio las lágrimas en sus ojos. —He hablado con Iver mientras dormías. Tus hermanos no merecen liderar tu pueblo. Lo sabes. Si queremos vivir en paz en el futuro

debo hacer algo, además de vengar a los míos. No quiero que sufras por alguien que te ha dado la espalda sin importarle si morías. ¿Me oyes?

—¿A ti te importaba? —La miró sin comprender. —Si moría. ¿Te importaba cuando me dabas de latigazos?

Kol se tensó. —Si que me importaba. De otra manera estarías muerta. Lo sabes muy bien.

Ella miró a su hija. —Nunca nos quiso. No nos quería a ninguno.

—Estoy seguro de que eso no es cierto. —Acarició su cabello. —Pero era evidente que no estaba bien.

Levantó la vista hasta sus ojos. —¿Me amas?

—Más que a nada, preciosa. —La besó en la frente abrazándola a él como si quisiera protegerla de todo. —Cuando intentaste matarme por segunda vez, creía que mi corazón se había helado. Pero apareciste de nuevo…

—Yo también te amo. Pero nunca te antepondré a mis hijos.

Kol se tensó alejándose para ver su rostro e hizo una mueca. —Tendré que asumirlo. —La sorpresa en su rostro hizo que él sonriera. —¿No te lo esperabas?

—No, padre era lo primero.

—No, cielo. Lo primero son nuestros hijos porque yo soy mayor para

cuidarme solo. Aunque eso no significa que no te quiera de mi lado.

—Estoy de tu lado. Hasta la muerte.

Kol asintió. —Entonces sabes lo que tengo que hacer. No quiero recriminaciones después. Esto se acabará esta noche.

—No, por favor. —Su marido no entendía nada. —Espera hasta mañana. No quiero que el día del nacimiento de nuestra hija sea recordado como el día en que encontraste venganza. Ya es bastante la muerte de mi madre y…

—Esperaremos hasta mañana. Te lo prometo.

—Gracias. —Miraron a su hija que se había quedado dormida con el pezón en la boca. Su marido levantó una ceja haciéndola reír.

Varios sonrieron al escuchar su risa y Shelby miró a su hombre sentado ante ella comiendo cecina. Estaba meditabundo y muy callado. —Has hecho lo que debías.

—He matado a mi madre. No hay nada que puedas decirme que alivie este momento.

—La hubiera matado. Había perdido el juicio, Ivar. Es normal que te aflijas, pero…

Ivar se levantó apartándose de ella y se alejó a toda prisa del campamento. Impotente miró hacia Hela que lo había visto todo.

—Coge a la niña, Kol.

—Preciosa…

—Estoy bien. Te lo aseguro. Coge a la niña.

Kol hizo lo que le pedía y ella se levantó dolorida de la piel e hizo una mueca al ponerse de pie. Su marido sonrió como si no pudiera con ella. —Sabías con quien te casabas, no te sorprendas tanto.

El Jarl se echó a reír asintiendo y la observó caminar hacia su hermano lentamente. Cuando llegó a él, Ivar se volvió de golpe antes de relajarse al darse cuenta de quién era. —Gracias —susurró simplemente.

Su hermano apretó los labios agachando la mirada y Hela le cogió de la barbilla levantándole el rostro. —Gracias por salvar a mi hija. Ha sido doloroso y terrible, pero te doy las gracias porque sé lo que te ha dolido lo que ha ocurrido.

Iver reprimió las lágrimas asintiendo antes de abrazarla con fuerza. —Puede que no tenga vuestra sangre, pero sois parte de mí.

—Y tú de nosotros.

Frikka estaba sentada ante un fuego mirando al vacío y ambos la miraron. Parecía que no había llorado. —Lleva así desde que se enteró. No se ha movido.

Hela caminó hacia ella y apretó su hombro sobresaltándola. Cuando la

vio sonrió. —¿Cómo te encuentras?

Se sentó a su lado preocupada. —¿Y tú?

Miró el fuego de nuevo. —Era lo mejor. Se había vuelto totalmente loca. A veces hablaba en sueños, ¿sabes? Decía cosas horribles. Parecía que nos odiaba.

—No era ella. La perdimos con padre. —Los tres se sentaron juntos cogiéndose las manos y todos les observaron.

—Tú no tuviste la culpa de lo que ocurrió —dijo Frikka mirándola a los ojos—. Todos sabíamos cómo eres y que tienes un corazón enorme. Todos vieron en la cena como perdías la sonrisa y como empezabas a tener remordimientos.

Iver la miró sorprendido. —¿Tú estabas en la cena? Shelby me dijo que estabas enferma.

Frikka se sonrojó porque era obvio que su mujer no le había contado lo que había hecho para no ponerle en su contra. —Me lo dijo Sigrid al día siguiente cuando le pregunté qué había ocurrido. Ella sabía que ibas a hacer algo. Es más, sintió como te levantabas de la cama y avisó a Oleif para que fuera a buscarte, diciéndole que te ibas a meter en un lío.

Se le cortó el aliento. —¿Lo sabía?

—¿Oleif lo sabía? —preguntó Iver levantándose de golpe—. ¿Y dejó

que mataran a padre? —gritó a los cuatro vientos tensando a los demás.

La mente de Hela empezó a trabajar y se levantó sin aliento mirando a su alrededor. Kol le dio la niña a Bera antes de acercarse muy serio. —¿Qué ocurre?

—Sigrid avisó a Oleif esa noche. —Se pasó una mano temblorosa por la frente. —Podía haberlo evitado. Podía haber evitado su muerte y… —Miró asombrada a su marido. —¿Por qué no lo hizo?

—Para ser el Jarl —dijo Iver con rabia apretando los puños—. A padre aún le quedaba mucha vida por delante y le entró la prisa. Simplemente no hizo nada. Observar que hacía Galder y cuando entró en la habitación del Jarl se frotó las manos.

Bera apretó los labios. —Te había advertido que ante ti mostraba una cara que no era real.

Hela se llevó las manos a la cabeza dándose la vuelta y gritó de la rabia porque había destrozados sus vidas. Sus dos hermanos la habían engañado totalmente y habían destruido a su familia. Ella había cometido un error, pero Oleif podía haberlo subsanado.

—Preciosa….

Enderezó la espalda y se volvió para mirar a su marido fríamente. —Iré contigo.

—¡Ni hablar! —gritó Kol cogiéndola por el brazo—. ¡Yo solucionaré esto y tú regresarás a casa con Brander!

Su amigo se puso a su lado, pero Hela entrecerró sus ojos verdes con furia. —¡Me lo ha quitado todo! —gritó desgarrada soltando su brazo—. Ha roto a mi familia y dejó que mataran a padre. ¡Ha intentado matarme y quería utilizarme para una venganza que no existía porque todo era culpa suya! Y todo para no parecer débil ante su pueblo. —Señaló a su marido con el dedo. —¡Iré contigo!

—¡No! Brander…

—Jefe, es Hela. Se me va a escapar. —Kol miró a su hombre como si fuera estúpido. —Y ahora que ha parido será imposible retenerla. Y le tengo mucho cariño a mi cuello porque tiene muy mala leche.

Él apretó los labios. —¡Bien, me vas a obligar a tomar medidas drásticas, esposa!

Levantó la barbilla poniendo los brazos en jarras. —¿Si? ¿Cuáles?

Atada de las manos y con una mordaza en la boca caminaba casi arrastrada por la soga que rodeaba sus muñecas jurando por lo bajo, mientras el hombre de su marido miraba hacia atrás de vez en cuando para que no

cayera por la ladera. Iver carraspeó cuando le fulminó con la mirada por no ayudarla. —No me mires así, hermana. Tu marido ha tomado la decisión correcta. De esta manera dejaremos el rencor atrás. Ahora empezaremos una nueva vida. —Gruñó haciéndole sonreír. —Me gusta tu hombre. Está claro que sabe cómo tratarte.

Intentó darle una patada e Iver se echó a reír alejándose. Sin poder evitarlo sonrió porque eran las bromas que se hacían antes de que ocurriera todo aquello. La niña se echó a llorar y Shelby la acunó cariñosa, pero tenía hambre y Brander gimió. —No fastidies.

Le dio una patada en el trasero haciendo reír a todos y resignado le desató las manos. —Mejor te dejo la mordaza que tienes una lengua afilada. —Las carcajadas les rodearon y gruñó quitándosela ella misma.

—Ya no querría volver, idiota. Ya llegaría tarde.

—Pues mejor. —Más relajado se sentó sobre una roca. —Además tienes que dar de comer a tu hija.

Fue hasta la niña y la cogió en brazos. —Pues eso. Se alejó de ellos y se sentó en el césped mirando el fiordo. Le puso el pecho cerca de la boquita y su hija empezó a mamar. Le acarició su pelito negro y sonrió porque era cierto que era igual que su padre. Las chicas se sentaron a su lado mientras los hombres hablaban y vio la aldea ante ellos al otro lado del fiordo. Sonrió

sin poder evitarlo y lo señaló. —Mirad, allí está nuestra casa.

Las chicas miraron hacia allí y Bera suspiró. —Es muy bonito desde aquí, ¿verdad?

—Estoy deseando llegar —dijo Frikka masajeándose los riñones porque no estaba acostumbrada a caminar tanto.

—Mañana habremos llegado. —Miró el cielo. —Está oscureciendo. Deberíamos dormir aquí.

Brander negó con la cabeza. —Ni hablar. Seguiremos hasta llegar a casa.

—Pero cruzaremos el fiordo de noche.

—Estoy acostumbrado. No debes preocuparte por eso. El Jarl me ha dicho que te lleve a casa y es lo que voy a hacer.

—Pero acaba de parir —dijo Bera mirándole enfurruñada sonrojándole—. Deberíamos dejarla descansar.

—¡Pues bien que quería caminar hasta el otro lado de la montaña! ¡Aquí doy yo las órdenes, mujer! Seguiremos camino como estaba previsto.

Bera gruñó y él se volvió dándole la espalda antes de recibir una pedrada en la cabeza. Se volvió furioso y las cuatro le miraron con una dulce sonrisa en la boca. Gruñó haciendo reír a Ivar. —Vete acostumbrándote, Brander. Tienen un carácter…

—Uy, qué mentira. Somos fáciles de llevar —dijo Hela convencida haciendo que todos la miraran como si le hubieran salido dos cabezas—. Vale. Ellas son mucho más fáciles de llevar que yo. Pero a mí me lleva mi Kol, que sabe cómo tratarme.

—No tiene ni idea de cómo tratarla —dijo Brander a Hauk por lo bajo haciéndola jadear.

—¡Eso es mentira!

—¡Menos mal que es él y no yo! Menos mal que el Jarl casi nos rompió la crisma para que no la pretendiéramos, porque menuda se nos hubiera caído encima.

—¿Buscas esposa? —Bera sonrió radiante y Brander al ver cómo le guiñaba un ojo lentamente bizqueó asombrado.

—¡No! ¡Y menos una que me lleva la contraria!

Bera se sonrojó haciéndoles reír de nuevo.

Cuando llegaron a las barcas, Hela estaba agotada porque casi estaba amaneciendo. Frikka cogió a la niña en brazos viendo que se quedaba dormida por el movimiento del agua. Ni fue consciente de cuando llegaron porque su hermano la cogió en brazos para llevarla hasta la casa del Jarl como Brander les indicaba. A medida que se acercaban a la aldea los vecinos fueron saliendo de sus casas observándoles y Gimle se acercó corriendo,

chillando de la alegría al ver a la niña. Hela se despertó de golpe y atontada miró a su alrededor para verse rodeada de su nueva familia. Suspiró cerrando los ojos. —Estamos en casa.

—Sí, niña. Estás de nuevo en casa. Descansa —dijo Gimle con la niña en brazos.

Se volvió en la cama gimiendo porque le dolía todo y alguien la abrazó. Gritó del susto sentándose y sorprendida miró a su espalda para ver a Kol. ¿Estaba soñando?

—¿Qué haces aquí?

—Cielo, llevas durmiendo tres días.

Dejó caer la mandíbula sorprendida. —¿Hablas en serio?

Kol asintió preocupado y le apartó el cabello viendo el morado en la sien que empezaba a amarillear. —Preciosa, dime que estás bien.

—La niña… —dijo preocupada.

—Está bien. Mi tía la cuida. Ahora dime que tú estás bien que es lo que me preocupa. He llegado esta mañana y cuando Frikka me dijo que estabas dormida desde que llegaste me preocupé.

Ella sonrió tumbándose en la cama y cogió su mano pasándose el

dorso por la mejilla. —Me duele algo el cuerpo, pero no es nada.

—Ha sido demasiado para ti. La próxima vez cuando vayas a parir, te quedarás en la cama —dijo molesto.

Sonrió porque estaba preocupado. —Cuéntame qué ha ocurrido.

—Hay un nuevo Jarl. Es lo único que voy a decirte.

Apretó los labios. —¿Se ha acabado?

—Sí. No volverás a saber de ellos. De ninguno de los dos.

Tomó aire mirando el techo intentando que no le doliera, pero la pérdida de los años que habían pasado juntos le atravesaba el alma. Kol le acarició la mejilla. —Se ha acabado.

—Sí, preciosa. Se ha terminado. El nuevo Jarl es el marido de tu hermana.

Le miró a los ojos asintiendo. —Asbjom es un buen hombre.

—Eso me pareció. Hemos llegado a un acuerdo.

—¿Confesaron?

—Ante todo su pueblo. —Kol apretó los labios. —Fueron ellos mismos los que aplicaron justicia.

Una lágrima cayó por su sien mirando sus ojos. —Te amo.

Kol sonrió cogiendo su mano. —Y yo a ti, preciosa.

—Lo has hecho por mí.

—No quería que sus muertes estuvieran entre nosotros. Se ha impartido justicia, que era lo que queríamos.

—Cuando te vi por primera vez, supe que tenías un corazón enorme.

—Cuando me conociste intentaste matarme.

Hela soltó una risita. —Cierto y lo volvería a hacer con tal de que te enamoraras de mí y me hicieras tu esposa.

Kol se acercó a sus labios y susurró —Lo haría de nuevo, mi preciosa desterrada.

Epílogo

—Vamos, date prisa —susurró Hela recogiendo las botas de su hermano y acercándose a la puerta para salir.

Iver gimió sentándose en la cama. —¿De veras quieres ir a pescar a estas horas?

Metió la cabeza en la habitación y chistó. —¿Quieres que se entere todo el mundo?

—¡Hela! Mujer, ¿qué haces fuera del lecho? ¿Es que no puedes dejar ese culo inquieto en la cama? —preguntó su marido desde su habitación.

—Jarl, a ver si la atas de nuevo a la cama. ¡Ni ha amanecido y ya ha despertado a toda la casa! —gritó Eigil desde la habitación de su hermana.

Abrió los ojos como platos y Kol solo con los pantalones puestos abrió la puerta de golpe para mirarla antes de mirar al final del pasillo. —

Cielo… —dijo en advertencia poniendo los brazos en jarras.

—Déjame esto a mí.

Descalzo caminó hasta la puerta de su hermana y la abrió de golpe para ver a los dos en la cama sonriendo de oreja a oreja. El Jarl gruñó mirando primero a uno y después a otro mientras Hela veía asombrada que Eigil parecía encantado de la vida.

—¿Queréis una boda o ya os declaro matrimonio? —Ambos se encogieron de hombros y Kol levantó sus cejas negras antes de decir —Pues ya está hecho. —Cerró la puerta de golpe y se volvió hacia su mujer. —Solucionado.

Un carraspeo en la puerta de al lado les hizo mirarse asombrados porque había sonado a mujer en la habitación de Brander. El Jarl abrió la puerta lentamente y bufó al ver a Bera sonriendo de oreja a oreja mientras que Brander con los ojos como platos negaba con la cabeza. —Me ha atado las manos, Jarl. —Tiró de las ligaduras para que se diera cuenta.

—¿De veras?

—Sí, lo juro por Odín.

—¿Nunca te has acostado con ella? —Se puso como un tomate. —El Jarl os une en matrimonio. —Cogió a su mujer de la muñeca para sacarla de la habitación tirando de ella hacia la suya.

—¿Les has casado?

—¿Tú qué crees?

—Ha sido un poco frío, ¿no? Padre hacía una ceremonia y…

Kol entrecerró los ojos. —Cielo, ¿quieres una celebración de nuestro matrimonio?

Se sonrojó con fuerza. —¿Yo? No. Si ya tenemos una hija y…

Su marido se echó a reír cogiéndola por la cintura. —Preciosa, lo has hecho a propósito, ¿verdad? Siempre me despiertas por las mañanas para que te satisfaga, ¿y esta mañana ibas a irte de pesca? Está nevando. Me has despertado a propósito para que les sorprendiera y para que les casara de paso. —Sonrió maliciosa y él riendo la cogió en brazos. —Aunque no se han hecho mucho de rogar. Creo que se lo olían.

—¿Y tú te harías de rogar? —Acarició su nuca mirándole con amor.

—¿Sabiendo que sería tan feliz como lo soy ahora? —La besó suavemente en los labios. —Tienes razón, un amor como el nuestro hay que celebrarlo y el de nuestros amigos también.

—¿De verdad? —Sus ojos brillaron de la alegría.

—Por supuesto. —La besó en el cuello haciéndola reír. —Pero antes celebrémoslo solos tú y yo.

—Como diga mi Jarl.

FIN

Sophie Saint Rose es un prolífica escritora que tiene entre sus éxitos “Esa no soy yo” o “Mi princesa vikinga”. Próximamente publicará “Tu corazón te lo dirá” y “Una segunda oportunidad a tu lado”.

Si quieres conocer todas sus obras publicadas en formato Kindle, sólo tienes que escribir su nombre en el buscador de Amazon o ir a su página de autor. Tienes más de cien novelas para elegir entre distintas categorías dentro del género romántico.

También puedes seguir sus novedades a través de su página de Facebook.